



Sophie Saint Rose

La sé,

Mi amor

Lo sé, mi amor
Sophie Saint Rose

Patricia Hutton es una de las mejores analistas en seguridad informática de la ciudad. Su desagradable encuentro con Matt Butler provocará que ella no se quede con los brazos cruzados. Ese prepotente no sabía con quién se había metido. Pero ella se lo iba a dejar bien clarito.

Capítulo 1

Patricia entró en el restaurante mirándose discretamente en el espejo que había en la entrada, para tener un aspecto impecable con su vestido verde agua y su preciosa melena morena lisa como una tabla. Sonrió al maître acercándose a su atril.

—Me alegra verla, señorita Hutton. Su cita ya ha llegado.

—Gracias, Peter. —Miró el reloj discretamente. —¿Lleva mucho esperando?

—Apenas cinco minutos, pero lo entenderá por lo preciosa que viene.

—Tú siempre tan zalamero.

La llevó a una mesa al lado de la ventana y su cita se levantó con elegancia estirándose las solapas del traje gris que llevaba, sin darse cuenta de que un mechón rubio de su cabello caía ligeramente sobre su frente. Era guapísimo y tenía una sonrisa que era para hacer anuncios de televisión.

—Siento llegar tarde, señor Marshall.

—La esperaría un siglo si hiciera falta.

—Es muy amable. —Halagada se sentó con ayuda de Peter, que acercó su silla a la mesa para que estuviera cómoda. —He tenido que ayudar a una clienta en el último momento y le he hecho esperar. No quiero que piense por eso que no soy profesional.

—Sus referencias la preceden. No debe preocuparse por eso. —Él la miró con sus preciosos ojos azules. —Supongo que ya sabe por qué estamos aquí.

Patricia sonrió al camarero que les estaba sirviendo el agua y esperó a que se retirara. —Por lo que tengo entendido, tiene un hacker que campa a sus anchas por la base de datos. Ha cambiado análisis de sus... —Le miró a los ojos. —Clientes.

—Gracias por la discreción —dijo mirando a su alrededor—. Si alguien se enterara de esto...

—Su consulta se quedaría vacía en una semana. Lo sé. Para evitarlo estoy aquí y para ayudarle en todo lo que pueda.

Miró la carta. Estaba hambrienta. Se comería unos buenos espaguetis. Al mirarle de reojo vio que él la observaba bastante relajado. —Es usted preciosa.

—Nunca salgo con clientes.

Él se echó a reír asintiendo y en ese momento llegaron a tomarles nota. Pareció sorprendido de todo lo que pidió. —Veo que no cuidas tu dieta —dijo tuteándola.

—Y tú tampoco. Has pedido lo mismo.

—Es que es la primera vez que vengo aquí y me ha dado la sensación de que tú vienes mucho.

—Siempre recibo aquí a mis clientes. Pero no te preocupes, que en la factura irá incluida la comida, Steven.

Los ojos de su nuevo cliente brillaron de deseo y Patricia sonrió. —Ahora vayamos al grano. He visto en tus finanzas que puedes pagarme.

—Veo que no tengo secretos para ti —dijo algo molesto—. ¿Sueles investigar a tus clientes?

—Tranquilo. Sólo he mirado la cuenta del consultorio médico que diriges, porque quería asegurarme de que no te habían robado.

—Así que ya te has puesto a trabajar.

—Exacto. Mis honorarios son treinta mil dólares y si quieres puedo blindar tu seguridad. Eso te costará otros treinta mil. —Cogió la copa de vino tinto que le acababan de servir y sin dejar de mirarle a los ojos bebió. Él no perdió detalle de cómo pasaba la lengua por el labio inferior y se dijo que era lo suficientemente atractivo como para saltarse su propia regla.

—¿Esto no volverá a pasar?

—Claro que volvería a pasar, si le interesaras lo suficientemente a alguien para que suceda, porque siempre puede contratar a alguien como yo.

—Me han dicho que tú eres la mejor.

Sonrió encantada y sus ojos negros brillaron por el piropo. —Y es cierto. Lo soy.

Steven respiró hondo. —No eres barata.

—Lo mejor nunca lo es.

—Muy bien. Estoy de acuerdo.

—Perfecto. —Se apartó ligeramente para que le sirvieran la ensalada de endivias con atún que había pedido antes de los espaguetis. —¿Conoces a una tal Katie Morris?

Él la miró sorprendido dejando el tenedor sobre el plato. —¿Perdón?

—Ya me has oído. No te hagas el tonto.

Pareció incómodo. Lo que le demostró que ocultaba algo. —Sí que la conozco. ¿Ella tiene algo que ver en esto?

—¿De qué la conoces?

—Es una amiga con la que estuve una temporada.

—Pues esa amiga te odia.

—¿Ha sido ella?

—No. Lo digo por los mails que te envía —dijo divertida.

—¿Has entrado en mi correo electrónico? —Pareció sorprendido y a ella le hizo gracia. —¿Ha sido una pregunta estúpida?

—Un poco.

—¡Para ti será como un juego de niños, pero está en riesgo mi intachable reputación!

—Tranquilo. No ha sido ella. —Pareció aliviado. —Ha sido tu enfermera.

—¿Perdón?

Ella suspiró al ver su sorpresa. —Vamos a ver cómo te digo esto sin que te pongas nervioso.

—¡Ahora sí que me pongo nervioso!

—Tu enfermera está enamorada de ti. Tenías que ver las fotos que tiene en su ordenador. —Se echó a reír. —Ha cortado tu cara y te ha pegado a cuerpos de tíos en pelotas. —Steven se sonrojó intensamente. —Y le va la dominación. No sé si me entiendes.

—Así que ha sido ella.

—Supongo que está algo harta de que no le hagas caso. O que dejaras de hacerle caso en algún momento.

—¡Eso no ha pasado ni pasará nunca! —dijo furioso—. Podría haber provocado un problema muy grave a alguno de mis pacientes. Menos mal que siempre reviso el nombre del análisis antes de diagnosticar. Al estar todo descolocado, ha formado un caos en la clínica y no solo a mí. He estado a punto de echar a la chica de administración.

Patricia hizo una mueca mientras masticaba, disfrutando de la deliciosa ensalada y cuando terminó preguntó —¿Qué piensas hacer?

—¡Echarla de inmediato!

—Sí, será lo mejor.

—¡Lleva seis años conmigo! —Parecía atónito.

—Demasiados años para esperar. —Se miraron a los ojos y él abrió la boca para decir algo. —No salgo con clientes.

Steven se echó a reír. —De acuerdo. Pero cuando hayas acabado con la seguridad del sistema...

—Puede que me lo piense. —Bebió de su copa prometiendo con los ojos que cuando terminara podían disfrutar muchísimo. No era de tener muchas relaciones, pero a ese tipo no podía dejarle escapar. Guapo, rico e inteligente. Sería interesante ver lo que ocurría.

—Me alegra muchísimo que hayas venido —dijo Steven al otro lado de la mesa cogiendo su mano—. Estás preciosa de rojo.

—Es un vestido nuevo que me he comprado con tu fantástico cheque.

Steven se echó a reír. —Tienes a la de contabilidad loca con tanto cambio de clave.

—Es imprescindible. ¿Y cómo te va con tu enfermera?

—He pedido una orden de alejamiento.

—Eso la pondría furiosa.

—Me imagino que sí, pero estoy harto. No hace más que llamarme. He tenido que cambiar el número de teléfono de nuevo. Te aseguro que para mí y para mis pacientes es un trastorno.

—Me lo imagino.

—Pero hablemos de nosotros y de nuestra primera cita. —Sonrió de tal manera que a Patricia le dio la sensación de que esperaba que esa cita terminaría en la cama. Se iba a llevar una auténtica decepción. —¿De dónde eres? ¿Eres de Nueva York?

—Sí. Nací aquí y no me iría de esta ciudad por nada del mundo. Me encanta. Es excitante y siempre hay algo que hacer.

—Yo también soy neoyorkino y pienso lo mismo.

—Mañana hay una exposición en el Met. Dicen que va a ser maravillosa. Trata de arte chino de la dinastía Qin y Han. Desde el doscientos veintiuno antes de Cristo y abarca cuatrocientos años. Tiene pinta de ser interesantísima. Iré a verla en cuanto abran.

—Tienes suerte de trabajar por tu cuenta.

—Tú también trabajas por tu cuenta.

Steven asintió mirando su solomillo a la manzana. —Pero no es lo mismo. Debo seguir un horario.

—Es cierto, tengo una suerte enorme.

Steven se echó a reír y ella le animó durante toda la cena a hacerlo, porque tenía una risa preciosa. La verdad es que era muy inteligente y no les faltó la conversación. Hablaron de todo, de sus trabajos, de sus gustos y en el postre ya había una complicidad que se conseguía pocas veces en una cita.

Él pidió la cuenta cuando le dijo que no quería café y la miró con deseo cogiendo su mano sobre la mesa. —No me gustaría que esta noche acabara. ¿Quieres que vayamos a tomar una copa a un sitio tranquilo?

—Conozco un club en el que incluso podremos bailar.

Él sonrió y durante un segundo a ella le dio la sensación de que ya se había marcado un tanto. Y eso no le gustó un pelo. Puede que se llevaran bien, pero a Patricia le faltaba algo que no sabía muy bien lo que era. Sonrió al camarero cuando dejó la cuenta sobre la mesa y Steven abrió la caja de cuero sacando la cuenta. Estaba metiendo la mano en el interior de su

chaqueta del traje azul que llevaba, cuando miró sobre su cabeza perdiendo el color de la cara.

—Steven, ¿te encuentras bien? —Alargó la mano rozando la suya y él la apartó como si tuviera la peste, sin dejar de mirar detrás de ella como si le fuera a dar un infarto en cualquier momento. —¿Steven?

—Vaya, vaya...

Una voz de hombre tras ella la sobresaltó y levantó la cabeza para perder el aliento al ver a un hombre moreno guapísimo que sonreía irónico, aunque en realidad estaba furioso. Eso se lo dijeron sus ojos grises cuando la miraron como si fuera una puta en cuanto llegó a su lado. Se quedó mirando a Steven. —¿Se puede saber qué coño haces aquí? ¿No deberías estar en tu casa?

—Steven, ¿quién es este hombre?

El tipo levantó la mano sin mirarla como si no fuera su turno de hablar. Jadeó asombrada por su grosería y Patricia miró bien al desconocido. Llevaba un traje gris que estaba obviamente hecho a medida y el reloj que mostraba bajo el puño de su camisa blanca indicaba que le gustaba lo exclusivo. Tenía las piernas algo separadas y cuando volvió a meter las manos en los bolsillos del pantalón, no pudo evitar ver el culito tan duro que tenía. Madre mía, se mareaba solo de verlo. Sonrojada miró a Steven que no sabía muy bien qué decir.

—¿Steven?

Él la miró. —¡Fue ella!

Parpadeó asombrada porque parecía que le estaba echando la culpa de algo. —¿De qué hablas?

—¡Deberías estar en casa con mi hermana que está a punto de parir! Me ha dicho que tenías una cena de negocios y ya puedes entender mi sorpresa al encontrarte aquí.

Steven se sonrojó. —No ha pasado nada. ¡Es una colega del trabajo!

El moreno la miró con desprecio y al ver su vestido rojo que mostraba casi toda su pierna al estar sentada, le dio la sensación de que iba desnuda. Se volvió como si no fuera importante hacia Steven. —¿Desde cuándo las putas se sacan la licenciatura en medicina?

Puso la mano sobre la mesa y ella le cogió por el brazo para que no le diera la espalda. —Perdona, ¿qué has dicho?

—Mejor cierras la boca. Ya te has llevado la cena.

Se volvió dejándola atónita y volvió a poner la mano sobre la mesa dándole la espalda. —Te aconsejo que muevas tu culo de una puta vez a casa y esto quedará entre nosotros.

—Sí, por supuesto. Pero te juro que no es lo que piensas.

Steven casi se levantó tirando la mesa y el moreno se volvió hacia ella sin preocuparse más por él.

—Y a ti voy a decirte que la próxima vez que quieras un lío, mejor no te buscas a un hombre casado. Y no me vengas diciendo que no lo sabías, porque lo sabe todo el mundo.

—¿Cómo se atreve?

—¿Cómo te atreves tú! —dijo con furia cogiéndola por el hombro para impedir que se levantara. —Está arriesgando a su familia y antes te pego un tiro a que le hagas daño a mi hermana, zorrita. —Se enderezó y con descaro le dio un golpe a la copa de vino que no se había llegado a beber, tirándosela por el vestido. Patricia chilló levantándose y cogiendo la servilleta para limpiarse. El líquido había manchado todo su regazo y el vino tinto corría por sus estilizadas piernas, mojando sus zapatos de Manolo Blahnik. Un camarero se acercó a ayudarla y al levantar la vista furiosa se dio cuenta de que aquel gilipollas se había ido. Se volvió con ganas de matar a alguien y tampoco le encontró. ¡Se habían ido! ¡Los dos!

—Señorita, la cuenta no está abonada —dijo el maître obviamente disgustado.

—¡Encima! Deje que vaya al aseo y...

El hombre negó con la cabeza. —Debe entenderlo. Tiene que abonar la cena y le agradecería que no volviera por aquí.

¡No se lo podía creer! ¡La miraba como si de verdad fuera una puta! Los comensales la observaban murmurando y por las sonrisitas de algunos, se dio cuenta que opinaban que se lo merecía. Nunca se había sentido tan abochornada en la vida.

Cogió su bolsito y lo abrió dándole su Visa platino al maître. —¡Dese

prisa! ¡Tengo las bragas empapadas! —gritó haciendo reír a varios—. ¡Y olvídense de la propina!

Fue hasta la caja detrás de él, queriendo salir de allí cuanto antes. Impaciente esperó a que le pasara la tarjeta y siseó —No sabe con quién se ha metido este imbécil.

—¿Decía? —preguntó el maître.

—No sabrá cómo se llama ese caballero que se ha acercado a la mesa, ¿verdad? Es para ahorrar tiempo porque pienso enterarme.

—¿Se refiere a Matt Butler?

—¿Matt Butler? —Entrecerró sus ojos negros. —¿Y no sabrá en qué trabaja?

Le entregó la tarjeta. —Es el presidente de una empresa de exportación e importación.

—¿No me diga? Qué interesante. —Sacó cien dólares del bolso. —Gracias, majo. —Sonrió radiante. —No soy rencorosa.

—Me alegro, señorita.

—Por cierto. La próxima vez que me veas, vendré del brazo del señor Butler. Y me atenderás tú.

—Eso no lo dudo —dijo guardándose el billete de cien pavos.

Al ver que sí que lo dudaba, se volvió a enfurecer. Caminando como si fuera a la guerra por aquel impecable mármol negro, empujó la puerta con fuerza sabiendo que esa noche no iba a pegar ojo.

Capítulo 2

Al día siguiente a las diez de la mañana entraba con paso firme en Exportaciones e Importaciones Butler. Empujó la puerta giratoria y sonrió al portero, que la miró de arriba abajo admirando su figura cubierta por un vestido blanco totalmente entallado que le quedaba por encima de las rodillas. Sus sandalias negras estilizaban sus piernas y el cinturón negro que llevaba, le acentuaba la cintura. Había recogido su larga melena en una cola alta, que había rematado con una trenza que descansaba sobre su hombro izquierdo. Pasó de ir a la recepción, porque sabía exactamente hacia donde iba. Entró en el ascensor y pulsó el último piso.

Sonrió al tipo que tenía al lado y vio que en la solapa tenía una mancha. —Se ha ensuciado de donut.

—Oh. —Se golpeó la solapa dos veces. —Gracias. Tengo una reunión muy importante. —Se estiró la corbata y al mirársela vio que también tenía glaseado.

Ella se cruzó de brazos divertida y él bufó limpiándose la corbata. —Tranquilo. Parece que vas al patíbulo.

—Casi.

—¿Trabajas aquí?

—Me parece que por poco tiempo. Me ha llamado el jefe.

—¿El jefe, jefe?

—Sí. —Miró al frente y ella pudo ver el brillo de su frente y que el pelo castaño de su nuca se empezaba a empapar.

—¿Quieres un consejo?

—Sí, claro.

—Si has hecho algo mal, reconócelo antes de que te lo eche en cara. Pero si no has hecho nada mal, defiende tu postura y si te echa que le den.

—Eso lo dices tú que... ¿Eres de esta empresa?

Ella se echó a reír saliendo del ascensor. —No. Pero te aseguro que después de hoy, voy a ser una parte muy importante de ella. De hecho, estoy convencida de que sin mí no va a funcionar.

El tipo la vio alejarse hacia la dirección y al darse cuenta de que le miraba el trasero corrió tras ella casi chocándose con su espalda cuando ella tiró de la puerta de caoba hacia afuera para acceder a la zona de presidencia. Patricia caminó hacia una mujer de unos cincuenta años, que estaba tras una mesa escuchando gritos al otro lado de lo que parecía un despacho. Los reconoció en el acto y sonrió al saber que estaba en el sitio indicado.

—¿El señor Butler, por favor?

—En este momento está reunido —dijo la mujer estresada antes de levantar la vista y fruncir el ceño—. ¿Tiene cita? Las amigas del señor Butler deben llamarle a su teléfono personal.

—¿Siempre sacan conclusiones equivocadas en esta empresa? —El tipo del ascensor se puso detrás y la secretaria sonrojada por su atrevimiento, le hizo un gesto para que entrara. —Ánimo, machote. Tampoco será para tanto. —Le siguió con la mirada y el pobre parecía que iba a vomitar en cualquier momento.

Abrió la puerta y se escuchó —¡Wilkinson! ¿Qué mierda significan estos balances?

—El jefe está de uñas. —Se volvió hacia la secretaria. —Esperaré a que termine.

—¡Pero si tiene todo el día saturado de citas! ¡No puede recibirla!

Patricia sonrió. —¿No me diga?

—Después de esta reunión tiene una videoconferencia con Hong Kong y después tiene una comida de negocios.

—Sí, Matt está de lo más ocupado. —Abrió el bolso que llevaba colgado del brazo y dejó unos tickets sobre la mesa. —Para abreviar, le puede llevar estos tickets y le dice que aparte del importe, quiero una disculpa. —Miró el letrero dorado que había sobre la mesa. —¿Me haces el favor, Carol?

La miró con horror. —No hablará en serio. ¡Ni loca voy a entrar ahí!

Tampoco quería poner su trabajo en riesgo, así que sonrió. —Muy bien, entonces esperaré. Cuando salgan, dígame que estoy aquí antes de esa conferencia tan importante.

Sin esperar respuesta fue hasta los sillones de piel negros. Puso los ojos en blanco porque la decoración era tan clásica que no sabía cómo Carol no se moría de aburrimiento.

Decidió hojear unos folletos de la compañía que estaban sobre la mesa y Carol se acercó. —¿Quiere un café?

—¿Tienes cola light?

—Por supuesto.

—Te besaría. Necesito la cafeína.

—Enseguida se lo traigo. —Divertida se volvió.

—No hay prisa.

Cuando le sirvió la cola miró con envidia sus zapatos. —¿Son manolos?

—Sí.

—Me encantaría tener unos.

—Si llevas esos tickets dentro, te regalo los que quieras de la tienda. Palabra.

Carol jadeó corriendo hacia los tickets que seguían sobre el mostrador para ir hacia la puerta del despacho, entrando en su interior como una exhalación. No había mujer que se resistiera a unos zapatos así. Se guardó los folletos en la cartera y bebió algo de su cola mientras cruzaba las piernas sin apartar la vista de la puerta, que en ese momento estaba abierta y se escuchaban los mismos gritos de siempre.

—¿Qué ocurre, Carol?

La voz de ella no pudo escucharla, pero se imaginó lo que decía. Se bebió la cola a toda prisa, no fuera a ser que le estropeara el vestido que llevaba ese día y era blanco. Dejó el vaso sobre la mesa. No tuvo que esperar demasiado para verle salir del despacho en mangas de camisa con los tickets en la mano y ella sonrió pasando la mano por el respaldo del sofá. —¿Qué se

te ha perdido a ti aquí?

—Lo tienes en la mano. Mil doscientos de mi vestido. Setecientos de los zapatos y cuatrocientos de la cena que el infiel de tu cuñado no pagó. Y mi disculpa.

—¿Estás chiflada? ¡Sal de aquí antes de que llame a seguridad!

Patricia sin perder la sonrisa se levantó. —¿Estás seguro de lo que dices?

—¡No he estado más seguro en mi vida! ¡Largo!

Ella abrió el bolsito exterior de su bolso y sacó una tarjeta que sólo ponía su nombre y su número, pero él no la cogía. —Te aconsejo que la cojas.

Matt se la arrebató. —Si así te largas más rápido... ¡Algunos en este mundo trabajamos para vivir!

—Oh, te aseguro que yo trabajo —dijo pasando ante él—. Y por ese trabajo es por lo que me vas a llamar. —Le pasó la mano bajo la barbilla. —Hasta luego, cariño.

—¡Debes creerte la leche en la cama! ¡Mujeres como tú las tengo a patadas!

Patricia se echó a reír. —Como yo no. Eso te lo aseguro. —Miró a Carol. —Gracias por la bebida y por la hospitalidad.

—De nada —dijo muy nerviosa haciéndole un gesto con las manos para que se fuera.

Fue hasta la puerta de madera y la empujó, pero antes de irse le miró sobre su hombro. —Por cierto, no te he cobrado la ropa interior, cielo. Porque no llevaba.

Él entrecerró sus ojos grises apretando los puños como si quisiera matarla y le dio una satisfacción enorme. —Chao.

Cerró la puerta tras de sí y tranquilamente fue hasta el baño. Se metió en el impresionante cuarto de mármol beige y sacó el portátil. Le envió un correo a Carol en el que le decía que se pasara por la tienda de Blahnik

cuando quisiera y que les dijera a las chicas que lo cargaran en su cuenta.

“No te cortes. Elige los que más te gusten. Solo diles que te envía Patricia Hutton y disfruta.”

En asunto puso Blahnik. No se iba a resistir a abrir el correo, pero ese correo no iba solo. Un virus informático que bloquearía las redes y las bases de datos para que solo ella tuviera acceso, le iba a alegrar el día.

Esperó tres minutos y se arregló el cabello pasándose la mano por la nuca para evitar que se le saliera un solo cabello de la coleta. Se pintó los labios de rojo y pasó un labio sobre el otro. Cuando consideró que ya era suficiente, envió el correo a Matt.

No tardó ni dos minutos en sonarle el móvil. Sonriendo de oreja a oreja descolgó apoyando la cadera en el lavabo. —Sabía que me llamarías, cielo —dijo con voz sensual—. ¿Quieres una cita?

—¿Qué es esto? ¿Un secuestro cibernético?

—Uy, uy... qué palabras más feas. —Colgó el teléfono pasándoselo en grande.

Volvió a sonar y tardó varios tonos en cogerlo. —¿Diga?

—¡No tiene gracia!

—Tienes razón. No la tiene. No tiene gracia que acepte una cita con un tipo que parece atractivo y buena persona, para encontrarme en ridículo en medio de un restaurante a rebosar y que un desconocido me llame zorra y me destroce mi vestido nuevo. Eso sin contar unos zapatos que me encantaban. Y encima tuve que pagar yo la cuenta. ¿A que no tiene gracia?

Le escuchó respirar hondo como si se estuviera controlando. —No, no tiene gracia.

—¿Te han gustado mis fotos? La del bikini soy yo. Y la que está dando la conferencia en Stanford también.

—Ya me has demostrado que tienes cerebro aparte de una cara bonita. Ahora dime qué quieres.

—¿Qué quiero? ¿Estás sordo? ¿Cómo puedes ser tu presidente de ninguna empresa si metes tanto la pata?

—No sé, debe ser que llevo trabajando desde los catorce años y no fui a

Stanford.

—Oh, un hombre hecho a sí mismo. Me gusta.

—Me alegro mucho. Ahora si no te importa devolverme mi empresa...

—Lo haría, de verdad, pero no me has pagado mis cositas y cobro por horas. He perdido la mañana contigo y me he perdido una exposición del Met que me interesaba muchísimo.

—¿Y no puedes ir a verla mañana?

—Mañana tengo que hundir tu empresa en bolsa.

—Ah, entonces será mejor que no te entretenga más. ¿Cuánto es lo que has gastado? —siseó entre dientes.

—Esos tiques y la humillación, por supuesto. Si te enviara al juzgado, deberías compensarme por decir que soy una puta delante de toda esa gente tan estirada.

—Por supuesto. ¿Cuánto?

—Medio millón.

—Vaya, la compensación me sale cara.

—Es lo que tiene ir humillando a la gente que no se conoce. Que puedes meter la pata y hacer daño a la persona equivocada.

—Mis disculpas.

—Si te fijas en la braguita del bikini está mi número de cuenta. Tienes cinco minutos.

Colgó el teléfono y se cruzó de brazos suspirando. —Capullo.

Seguro que estaba llamando a sus abogados a gritos y que había grabado la llamada, pero ella no era tonta y no había dicho una sola palabra que la implicara en eso. Siete minutos después recibía la transferencia y por supuesto su llamada. —Gracias, cariño.

—De nada, cielo. —La ironía de su voz la hizo reír a carcajadas y sabía que eso le pondría a mil.

—Por cierto. Si quieres una cita, llámame cuando quieras.

—Lo haré. De eso puedes estar segura, hija de...

Ella colgó dejándole con la palabra en la boca y metió su portátil en el bolso antes de salir del baño.

Estaba tomando un café en el Starbucks que estaba cerca de Times Square sentada en una mesa y se comía un bollo de chocolate mientras leía el periódico, cuando alguien se sentó ante ella. Distraída levantó la vista y volvió a mirar el reportaje que estaba leyendo. Le dio otro mordisco al bollo.

—¿Está bueno? —preguntó Matt quitándose las gafas de sol que llevaba.

—Pues sí.

—Te preguntarás qué hago aquí.

—No. —Pasó la hoja del periódico y miró las acciones.

—Quiero contratarte.

Suspiró cerrando el periódico para meterlo en su bolso. Le dio otro mordisco al bollo mirando sus preciosos ojitos grises. —Tú dirás.

Él entrecerró los ojos. —Necesito reforzar la seguridad de la empresa.

—Costará caro. —Se echó a reír. —Es un desastre.

Matt juró por lo bajo. —¿Cómo de caro? Ahora no puedo gastar una fortuna en algo así. Estoy en medio de una fusión con una empresa asiática.

—Lo sé. Por eso te pedí medio millón por daños y perjuicios, porque era lo que tenías en tu cuenta privada.

—¿Haces esto a menudo?

—Sólo con gilipollas prepotentes. ¿Quieres mis servicios o no?

—¿Cuánto?

—Un millón.

Pareció sorprendido. —¿Un millón? ¿Y estará blindada toda la información?

—Mira, esto va así. Te pongo la empresa a punto y si quieres que haga un seguimiento cada tres meses, son doscientos mil al año.

—¿Te dedicas a todo tipo de trabajos?

Le miró con desconfianza. Esa pregunta tenía pinta de trampa. —Solo a los legales, guapo.

—Hablo en serio.

—Y yo.

Él no se creyó una palabra, pero apretó los labios asintiendo. —¿Cuándo empiezas?

—Ya he empezado, idiota. Sabía que me llamarías. —Se levantó cogiendo su bolso y colocándoselo en el brazo.

Fue a coger su café cuando él la agarró por la muñeca. A Patricia se le cortó el aliento por el estremecimiento que la recorrió y miró sus ojos. —Esa fusión es el futuro de mi empresa. Si hay filtraciones, se verán perjudicadas muchas personas. No solo yo.

—Lo sé. —Soltó su mano. —Tranquilo. Soy una profesional.

—Me han dicho que eres la mejor de la ciudad.

—Lo soy. No te preocupes, tu empresa será infranqueable.

Él se levantó siguiéndola a la calle y para su sorpresa empujó la puerta de cristal para que pasara.

—¿A dónde vas? ¿Quieres que te lleve?

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Te he seguido desde tu casa.

Sonrió maliciosa. —Todos somos transparentes, ¿verdad?

—Creo que tú muestras algo que no es real del todo —dijo mirando sus vaqueros cortos y su camiseta de tirantes roja.

—Eres más listo de lo que parecías al principio. —Se volvió caminando calle abajo. —Ponte a trabajar.

Matt sonrió metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón, observándola caminar hasta que se perdió entre la gente.

Se volvió para regresar a la limusina y cuando se sentó en el asiento de cuero, miró al detective que había contratado. —¿Lo has escuchado todo?

El hombre, que era un veterano que había trabajado en el servicio secreto, asintió. —Pero deberá sacarle mucho más para emplumarla. Es lista. No dice una sola palabra que pueda implicarla en la extorsión.

—Ya hablará. De eso me encargo yo.

—Tenga cuidado. Le está dando la empresa y tengo la sensación de que cabreada es capaz de todo.

—Esta puta acaba en la cárcel como me llamo Butler. —Apretó los puños furioso.

—En las cárceles también hay ordenadores.

—Esa no va a poder acceder a otro ordenador en muchos años. Solo necesito tiempo y se hundirá sola. Tú grábalo todo.

—Muy bien. Usted manda.

Sentada ante sus ordenadores miraba la pantalla central, observando la cara de Matt. La foto había sido sacada en una cena de empresarios de Nueva York y esa noche le habían dado un premio por su impresionada carrera. Y realmente era impresionante, porque sin recursos y sin estudios había trabajado desde los catorce años. Primero en los muelles y poco a poco fue entrando en el mundo de la importación y exportación por los contactos que había ido conociendo a lo largo de su adolescencia. Con veinte años había fundado su empresa y había llegado a ser una de las más importantes de los Estados Unidos. Eso la hizo sospechar que había algo oculto detrás de su empresa. ¿Un hombre tan importante solo tenía medio millón de dólares en su cuenta privada? ¿Y solo tenía una cuenta? Allí había algo raro. Y lo encontró. Su liquidez privada no estaba en sus manos, sino que era transferida a una cuenta a nombre de su hermana, que disponía de una cuenta bancaria con más de setenta millones de dólares. Indagando un poco más, vio que su hermana no tenía movimientos en esa cuenta. O no sabía que tenía una cuenta a su nombre o no tocaba el dinero de su hermano por alguna razón. Todo muy intrigante. Y si sumaba que el marido de su hermana le era infiel y que ese dinero sería suyo a un cincuenta por ciento si llegaban a divorciarse, era para poner muy nervioso a Matt. Cogió un regaliz y le dio un mordisco mirando la pantalla. —¿Qué estás ocultando, cielo?

Decidió rascar desde el principio y después de tres vasos de cola light y

de un paquete de regaliz, se levantó del sillón realmente preocupada. Matt era un hombre hecho a sí mismo, pero tenía una personalidad que no conocía nadie. Estaba segura de que ni su hermana le conocía tan bien como ella, porque no le había contado ni la mitad de lo que le había ocurrido en su vida. Ahora tenía que saber qué hacer con esa información, porque lo único que se le pasaba por la cabeza era cómo protegerle para que eso no se supiera jamás.

Entró en el último piso del edificio Butler sonriendo de oreja a oreja y le guiñó un ojo a Carol, que chilló de la alegría al verla levantándose de inmediato para mostrarle sus zapatos. —Preciosos. ¿Estás contenta?

—Mucho. Me encantan.

—Me alegro. —Miró hacia la puerta del jefe. —No escucho gritos. ¿Está solo?

Carol soltó una risita. —Sí, pero en veinte minutos llegan unos abogados.

—Me sobra tiempo. —Fue hasta la puerta y la abrió antes de que pudiera protestar.

Matt sentado tras su escritorio, levantó la vista distraído y chasqueó la lengua antes de seguir con su trabajo. —¿Ya has terminado?

—Casi. —Cerró la puerta y gimió al ver la decoración clásica del despacho. La mesa de madera se parecía a la del presidente de los Estados Unidos y los pesados sofás de piel marrón estilo inglés, la hicieron estremecerse de horror.

—Patricia, estoy muy ocupado. Iba a llamarte después. —Distraído pasó otra hoja de lo que obviamente era un contrato. Patricia no podía más que admirarle por su tesón para llegar hasta allí. Como no contestaba, él levantó la vista y cuando sus ojos encontraron frunció el entrecejo. —¿Qué ocurre?

—¿Tengo tu atención?

—Totalmente. —Tiró el bolígrafo de oro sobre las hojas y apoyó la espalda en el sillón de piel marrón reclinándose sobre él. —Dispara.

—Tengo que hablar con tu equipo informático y necesito carta blanca.

Debo instruirlos en las nuevas medidas de seguridad y la empresa tiene que informarles.

—Lógico. ¿Cuándo quieres empezar?

—Cuanto antes mejor.

Patricia se sentó en una esquina de su mesa viéndole coger el teléfono y hablar con Carol para que subiera al despacho el jefe de la sección de informática, que por supuesto no tenía ni idea de cómo se llamaba.

—Veo que te has reunido un montón de veces con él —dijo divertida.

—Esos temas no los llevo yo. Espero que las personas en las que delego el trabajo, cumplan la función por la que les pago.

—Tienes toda la razón. —Sonrió radiante. —No me has llamado.

—Te acabo de decir que te iba a llamar. —Se levantó del escritorio y Patricia suspiró por el aura que le rodeaba. Cada segundo que pasaba a su lado, era más excitante que el anterior. No se quería ni imaginar lo que era acostarse con esa bomba de relojería.

—¿Tan impaciente estás? —Sonrió de tal manera que le subió la temperatura.

—Mucho.

Él se acercó aún más y alargó la mano para acariciar con el pulgar su mejilla cerca de la mandíbula. —¿Cómo te hiciste esto?

—¿La cicatriz? Patinando, con siete años me caí sobre un seto y me clavé una ramita. —Se levantó del escritorio quedándose a unos centímetros de su cuerpo. —¿Y tú tienes cicatrices? —preguntó con voz sensual.

—Ya lo descubrirás. —Se acercó y le dio un suave beso en su labio inferior que le provocó un vuelco en el estómago. Intentó acercarse más, pero él se apartó riendo por lo bajo. —Sí que estás impaciente.

—¿Te molesta?

—No me molesta en absoluto. Me gustan las mujeres directas.

—Mentiroso.

La miró sorprendido y Patricia se volvió a sentar en la esquina del escritorio. —El Matt que me pegó cuatro gritos en el restaurante, no es precisamente alguien liberal.

—Una cosa es ser liberal y otra muy distinta un libertino.

—Por supuesto si tú te casaras, no serías infiel a tu esposa.

—De eso puedes estar segura. Al menos mientras nuestro matrimonio funcione o de que ambos seamos conscientes de que se ha acabado después de intentar lo imposible para que funcione. Para dar un paso tan importante como el matrimonio, debes estar totalmente seguro de que es la mujer de tu vida. Hacerlo de otra manera, es una fórmula para el fracaso.

—Y tú no fracasas.

Matt sonrió. —Nunca. —Se sentó en su sillón y Carol entró con un café y una cola light. —Eres un amor, Carol —dijo ella cogiendo su vaso.

—Gracias.

Matt cogió su café y le dio un sorbo. Carol levantó una ceja mirando a su jefe, que confundido dejó el café sobre la mesa. —¿Qué?

Exasperada la secretaria salió del despacho y Patricia se echó a reír. —Eres un desastre.

—¿Qué he hecho?

—No le has dado las gracias.

—¡Si tengo que darle las gracias por todo, no hablaríamos de otra cosa en todo el día!

Llamaron a la puerta y reprimiendo la risa se incorporó. Hora de trabajar.

—¡Adelante! —gritó Matt.

La puerta se abrió de inmediato y entró en el despacho una chica de su edad que en cuanto la vio se detuvo en seco antes de chillar —¡Patricia Hutton! —Miró a su jefe asombrada. —¡Es Patricia Hutton!

—Veo que os conocéis. Ahora si podéis dejarme solo...

Patricia carraspeó y él miró a la chica. —¿Tú cómo te llamas?

Mirando a Patricia con adoración se acercó cogiéndole las manos. —Soy Hope Morgan. Es un placer. —Miró a su jefe. —¿Sabe quién es? ¡Ella descubrió la grieta en el banco Federal! Es un genio.

—¡Pues tu genio te va a dar unas lecciones, porque sois unos inútiles en

tu departamento! —Hope se sonrojó con fuerza. —¡Y suerte tienes de que no te haya despedido después de que se colgaran los ordenadores hace una semana! —La chica perdió color poco a poco.

—Bueno, tampoco hay que exagerar, jefe...

Patricia decidió intervenir cuando vio la vena del cuello de Matt hinchándose peligrosamente. —¿Qué tal si nos ponemos a trabajar? —Cogió a Hope del brazo y tiró de ella fuera del despacho. —Hablamos luego, Matt.

Él gruñó como respuesta antes de volver a su trabajo. Cerró la puerta y Hope respiró de alivio. —He sentido el fuego del dragón rozándome.

—¿El fuego del dragón? —preguntó divertida yendo hacia el ascensor.

—Le llaman así —susurró lo suficientemente alto para que Carol levantara una ceja—. Dicen que si está lo suficientemente furioso se le ponen los ojos rojos.

Patricia se echó a reír a carcajadas porque no le extrañaba nada que tuviera esa fama. Entraron en el ascensor y Hope la miró de reojo emocionada. —¿Así que trabajarás con nosotros?

—No, vosotros trabajareis y yo miraré.

—Todavía no me lo creo. Ya verás cuando te vean en el departamento.

Pues cuando supieran lo que iba a decir, igual no estaban tan contentos. La llevó al tercer piso donde tres personas estaban en una gran sala trabajando tras sus pantallas.

—¡Chicos! —Tres chicos entre los veinticuatro y los treinta se dieron la vuelta. La reconocieron de inmediato y sin salir de su asombro se levantaron lentamente. —Os presento a...

—Creo que ya me conocen, Hope —dijo tomando el mando caminando hacia el primer chico—. Tú eres Albert, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe?

—Por el informe de personal. —El chico se sonrojó mirando al que tenía al lado. —Supongo que ya sabéis por qué estoy aquí, así que vamos al grano. Debería echaros a todos en este instante por todos los fallos en seguridad de la empresa. Debéis estar preparados para un ataque cibernético en cualquier momento y no me llevó ni diez minutos franquear vuestra seguridad. —Miró la pantalla del ordenador del chico de al lado y apretó los

labios al ver un juego de ordenador en la barra de tareas. Seguramente lo había minimizado cuando escuchó el click del ascensor. Sonrió a aquel parásito y pulsó la tecla para que el juego saliera en pantalla. Tuvo la decencia de sonrojarse. —¿Lo estás probando? Dame una razón para que no te eche de inmediato.

—Es mi media hora para el café —dijo nervioso antes de mostrarle en su historial que había trabajado hasta media hora antes.

—Te has librado por los pelos. Ahora a trabajar y os advierto que pienso hacer un seguimiento cada tres meses de esta empresa y como compruebe algún fallo en mis instrucciones, no tendréis sitio para correr.

Se pasó seis horas echándoles la bronca, pero como le ocurría siempre con los locos de los ordenadores, les tenía tan fascinados con lo que estaban aprendiendo que ni se daban cuenta. Al terminar, cogió su bolso y dijo satisfecha —Muy bien. Si tenéis algún problema que no podáis solucionar solos, me enviáis un correo electrónico.

Hope se levantó de su asiento. —¿No pasarás más por aquí?

—No creo. Yo trabajo sola. —Le guiñó un ojo. —Además, si vuelvo a pasar por aquí, será porque habrá un problema grave y no querréis verme la cara.

Los cuatro se echaron a reír y Albert se acercó. —Me preguntaba si puedes mostrarme cómo entraste en...

—¿Es broma? —Se echó a reír. —No revelo mis secretos. Me quedaría sin trabajo.

—Solo dínos una cosa —dijo Hope con los ojos brillantes—. ¿Te detuvo el FBI?

Patricia entró en el ascensor sonriendo y susurró mientras se cerraban las puertas —Es secreto de estado.

Capítulo 3

Sentada en su sillón ergonómico, suspiró pulsando el Enter en el teclado y sonrió. —Trabajo terminado.

En ese momento llamaron a la puerta de su apartamento y giró la silla para mirar hacia allí. —¿Quién es?

—Matt Butler.

Se levantó en el acto y casi chilló del horror al ver que llevaba una camiseta vieja y unos vaqueros cortos que estaban descoloridos por el uso. Se quitó la goma del cabello y movió la cabeza arriba y abajo para darle volumen. Nerviosa miró a su alrededor y gritó —¡Ya voy!

Abrió la puerta aparentando tranquilidad. Él estaba apoyado en el marco de la puerta en mangas de camisa y sin corbata. —¿Puedo pasar?

—Depende.

—¿De qué?

—¿De a qué hayas venido?

Matt sonrió excitándola al instante. —¿Y si digo que he venido a acostarme contigo?

—Te diría que la respuesta es correcta.

Se dio la vuelta y chilló de la sorpresa cuando la agarró por la cintura volviéndola y pegándola a la pared. Matt mirándola a los ojos, alargó la mano y cerró la puerta de golpe antes de tirar de su camiseta hacia arriba y sacársela mostrando sus pechos. Sus pezones se endurecieron al instante y Matt apretó sus caderas contra ella. Patricia gimió al sentir su excitación entre sus piernas y se apoyó en sus hombros mirando sus ojos. Él sonrió volviendo a mover las caderas y la besó en la cicatriz de la mandíbula. —¿Quieres esto,

preciosa?

—Sí.

Sus manos subieron por sus caderas poniéndole la piel de gallina y llegaron hasta sus pechos acunándolos mientras besaba su cuello. —Abre los ojos, nena. Me excita que me mires.

Abrió sus ojos negros y se mareó de deseo al ver que metía uno de sus pezones en la boca. Su vientre se estremeció con fuerza haciéndola gritar de placer y más aún cuando él metió las manos dentro de sus vaqueros y acarició la suave piel de sus nalgas, amasándolas sin dejar de besar sus pechos. La alzó sin esfuerzo y ella abrazó su cuello necesitando que siguiera torturándola con sus labios, protestando cuando la tumbó con suavidad sobre el sofá. Se apartó de ella y empezó a desabrocharse la camisa mirándola con una sonrisa irónica en los labios. —Desnúdate. —Con la respiración alterada, se quitó los vaqueros tirándolos al otro lado del sofá. Sus manos fueron a sus braguitas negras y se las bajó a toda prisa. Sonriendo sensualmente, apoyó la mano tras la cabeza para verle quitarse los pantalones negros del traje a la vez que los bóxer negros que llevaba. Tenía un cuerpo impresionante. Era puro músculo y sus abdominales demostraban que se cuidaba mucho. La cicatriz del costado le hizo recordar cierto episodio de su vida, pero lo olvidó en cuanto sus ojos recorrieron el vello negro que rodeaba su ombligo para llegar a su sexo erecto.

Ella levantó el pie hasta él y con el costado acarició su muslo hasta llegar a su cadera donde se detuvo. Acariciando su piel llegó hasta su sexo frotando la punta suavemente con el dedo gordo. Él cogió su tobillo con fuerza haciéndola reír y tiró de ella tumbándola del todo sobre el sofá. —Eres muy mala, nena.

—¿Eso crees? —preguntó sintiéndose muy sexy. Chilló cuando Matt metió una mano entre sus piernas sin ninguna delicadeza, pero proporcionándole un placer indescriptible.

—Estás mojada. —Metió un dedo en su interior torturándola y Patricia apretó el cojín que estaba tras su cabeza, hasta tener los dedos blancos deseosa de liberarse. Sacó su dedo lentamente. —¿Quieres correrte? —Agachó su cabeza y acarició con la lengua su clítoris estremeciéndola de arriba abajo. —¿Quieres correrte?

—Sí —gimió retorciéndose.

En ese momento volvió a acariciarla con los labios y Patricia gritó cuando rozó con el dedo algo dentro de ella que la volvió loca. Fue el orgasmo más fuerte que había tenido jamás y no se había recuperado, cuando él la colocó de rodillas sobre el sofá apoyándola sobre el respaldo y le acarició el trasero. Entró en su ser con fuerza y besó su hombro mientras ella gritaba de placer. Matt acarició sus pechos empezando a mover sus caderas con contundencia hasta que el ritmo se volvió frenético y Patricia desesperada solo quería liberarse. Él pellizcó ligeramente sus pezones y fue un orgasmo tan sorprendente que sintió que moría.

Le costó abrir los ojos para encontrarse tumbada sobre el sofá con una sonrisa tonta en la cara. Al ver que no estaba a su lado, levantó la cabeza y le encontró desnudo al lado de los ordenadores. Patricia se tensó sentándose en el sofá. Él debió darse cuenta de que le observaba, porque se volvió con un documento en la mano. —Al parecer te va muy bien —dijo divertido dejando el documento sobre la mesa y mirando su lujoso apartamento—. Un loft en el Soho. ¿Cuánto te costó? ¿Dos millones?

—Y medio. —Se volvió a tumbar demostrando que le importaba poco que mirara lo que le diera la gana.

—Supongo que ya está pagado con las tarifas que cobras.

—Supones bien. Y la casa que tengo en los Hamptons también está pagada —dijo divertida—. ¿Necesitas crédito, Matt?

—Muy graciosa.

Se acercó por el respaldo del sofá. —¿Sabes lo que me tiene intrigado?

—No tengo ni idea. Pero seguro que me lo preguntas.

—¿Por qué viviendo aquí, fuiste a desayunar a Times Square el otro día?

—Lo hago mucho. Me gusta pasear por la zona. Además, había rebajas.

—Ya. —Fue hasta la cama cubierta con un edredón de seda blanco y se tumbó cogiendo el libro que tenía sobre la mesilla de noche. —Te van de misterio.

Estaba claro que no iría a buscarla, así que se levantó y fue hasta el baño. Caminó por el mármol blanco y abrió el grifo de la bañera. Salió yendo hacia el vestidor y él levantó una ceja cuando la vio salir con un camisón rosa

de seda en la mano. —¿Eso es una insinuación para que me vaya?

—¿No hemos acabado?

—¿Qué te parece si pido algo para cenar mientras te das ese baño?

—No, gracias. Tengo que acostarme temprano.

Eso no le gustó un pelo y se sentó sobre la cama para ver como entraba de nuevo en el baño. Se estaba metiendo en el agua cuando él entró en el baño y estaba excitado de nuevo. Como si no se diera cuenta, se recostó en el respaldo de piel blanca cerrando los ojos y suspirando. No tardó en meterse con ella y Patricia sonrió abriendo los ojos para ver como cogía sus pies y se los colocaba sobre su pecho acariciando sus piernas. —Me gusta tu bañera.

—Pues deberías ver la de mi casa de los Hamptons —dijo como si nada—. Tiene vistas al mar.

—¿Allí te relajas?

—Mi trabajo no es demasiado estresante. Además, trabajo cuando quiero. Pero me encanta el mar y por eso mi casa está llena de cristal que permite ver el agua.

Distraído le acarició el empeine. —Pero serán de esos tintados, ¿no?

Se echó a reír. —Claro. Tampoco me gusta que toda la playa me vea en cueros.

—¿No me invitas?

Se le cortó el aliento mirando sus ojos grises y parecía que hablaba en serio. —¿Quieres conocer mi casa de la playa?

—Quiero conocerte a ti. Me intrigas.

—Lo mismo digo.

—Puedes preguntar lo que quieras.

Ella no era tonta. Le contaría lo que le contaba a todo el mundo, pero seguiría el juego. —¿Cómo te hiciste la cicatriz del costado?

—En un accidente de coche. Me clavé un hierro que salió de la carrocería.

Patricia apretó los labios. —Vaya... ¿te dolió mucho?

Matt se echó a reír, pero en el fondo de sus ojos vio la tristeza que

rodeó ese episodio. —Fue doloroso.

—Me lo imagino.

Se quedaron unos minutos en silencio y Matt cogió una esponja natural del recipiente de cristal que había al lado de la bañera y con el gel empezó a enjabonarla. —¿Tienes familia? —preguntó él.

—Sí. Tres hermanos mayores. —Se echó a reír. —Muy mayores. Me llevan casi dieciocho años. Fui una sorpresa.

—Sueles causar ese efecto.

—¿Te sorprendí, Butler?

—Mucho. —Divertido le tendió la mano y ella se la agarró girándola lentamente para que se recostara sobre su pecho. —Así que tienes tres hermanos mayores.

—No se meten mucho en mi vida. Somos de distintas generaciones. Ya se habían ido a la universidad cuando llegué al mundo, así que... ¿Y tú tienes más hermanos?

Él se tensó. —Solo a mi hermana y antes de que preguntes, no tengo más familia. No me he casado nunca y no tengo hijos. Aunque estoy seguro de que ya lo sabes.

—¿Qué crees que sé de ti?

—No tengo nada que ocultar. Dímelo tú. —Pasó la esponja sobre sus pechos.

—Todo el mundo oculta algo.

—¿Y tú que ocultas?

—¿Si te digo mi secreto, me dirás tú el tuyo?

—Es un poco pronto para eso, ¿no crees?

Ella se volvió y le miró a los ojos. —Sí. Pero acabas de decir que no ocultas nada.

Matt se echó a reír. —Eres rápida.

—Me gustas —dijo cortándole el aliento—. Me gustas mucho y pienso hacer lo que haga falta para que te enamores de mí.

—Y yo pienso hacer lo que haga falta para que tú te enamores de mí,

nena.

Patricia sonrió. —Ganaré yo.

Matt se echó a reír. —Ya lo veremos.

Patricia, observando la ciudad a través del ventanal de su apartamento, se dijo que habían sido las cuatro semanas más maravillosas de su vida. Las horas que estaba al lado de Matt eran excitantes y emocionantes, porque nunca sabía qué iba a ocurrir a continuación. Había descubierto que era una persona que podía sorprenderla en cualquier momento con un comentario irónico o un razonamiento que la dejaba con la boca abierta. Era tan inteligente que podía manipular una conversación de tal manera hasta conseguir que le diera la razón en algo que al principio estaba totalmente en desacuerdo. Cuando eso ocurría, se le quedaba mirando y él sonreía irónicamente volviéndola loca. Era un encantador de serpientes y estaba claro que siempre conseguía lo que quería. Bebió de su copa de champán disimulando su disgusto porque no se había abierto a ella. Le había preguntado por su vida, pero parecía que su vida había comenzado trabajando en los muelles. Estaba claro que no confiaba en ella y era lógico porque eran episodios de una vida que todo el mundo querría olvidar, pero le daba rabia que no se abriera a ella. Eso significaba que no la quería lo suficiente como para liberarse.

Escuchó cómo se abría la cerradura de la puerta de su casa y se volvió lentamente mostrando la copa de champán que llevaba en la mano. Matt la miró confundido al ver su vestido de noche de lentejuelas negras que mostraba su muslo hasta casi la cintura. —Nena, ¿tenemos una gala o algo así?

—No, hoy celebramos un mes. —Cogió la otra copa de champán que tenía preparada y se la entregó. —Feliz aniversario.

Matt se echó a reír cogiéndola por la cintura y besándola rápidamente. —Patricia, un mes no es un aniversario.

—Para nosotros sí. —Le cogió de la mano y tiró de él hasta la mesa de cristal donde la cena ya estaba preparada. Había cuidado hasta el último detalle. —Siéntate, hoy te voy a tratar como un rey.

—Nena, tengo que contarte algo del trabajo.

—Lo hablamos luego. Esta es nuestra noche. —Le acarició los hombros y le susurró al oído —He comprado braguitas comestibles.

Matt se echó a reír. —Y me encantará probarlas, pero me ha llegado un correo algo raro y quería que lo miraras.

Eso tensó a Patricia. —¿Cómo de raro?

—Ponía una calavera en una esquina. No abrí el archivo que traía porque me pareció raro. Hablaba de un fondo que tengo en las Maldivas, pero decidí esperar para hablar contigo.

Patricia tomó aire y forzó una sonrisa. —No es nada. Luego lo miró. Ahora a cenar.

La observó sentarse frente a él y bebió de su copa. —Esta noche estás preciosa.

—Muchas gracias, caballero. —Cogió un canapé y lo mordió gimiendo porque estaba delicioso.

—Así que celebramos un mes.

—¿No te hace ilusión?

—¿Vamos a celebrar todos los meses?

—Por supuesto. Porque me da la sensación de que me vas a dar la patada en cualquier momento, así que hay que aprovechar los aniversarios.

Él frunció el ceño dejando la copa de cristal tallado sobre la mesa. —¿Por qué dices eso?

Sonrió sin darle importancia. —Como te he dicho, es una sensación. — Se miraron a los ojos durante varios segundos y Matt apretó los labios. —Es interesante que no hayas dicho que no tengo razón.

—Si te vas a poner profunda...

—¡No, por Dios! —Cogió otro canapé con los nervios alterados porque le acababa de confirmar sus sospechas. —¿Quieres que te diga mi secreto? Será mi regalo de aniversario.

—Patricia... —Se levantó molesto. —¿Qué coño te pasa?

—Nada. Te voy a hacer un regalo. Eso es todo. Y te digo mi secreto

por la única razón de que me he enamorado de ti y quiero demostrarte que confío en que no se lo dirás a nadie. Para mí es importante.

—Para decirme que me quieres estás algo irónica.

—Y tú estás molesto.

—Es que me da la sensación de que quieres gritarme algo y no llego a comprender qué es.

—Es que has ganado tú y me fastidia. Sabes que soy muy competitiva. Esperaba que fueras tú el primero en enamorarte de mí. —Bebió de su copa de nuevo. —Pero no ha sido así. Te estoy felicitando.

—Esto no es una competición.

—Sí, cariño. Sí que lo es. Tenía la esperanza de que si me conocías lo suficiente, te abrirías a mí —dijo sinceramente—. Pero no lo has hecho.

—No tengo ni idea de lo que me hablas.

Patricia se tensó mirando sus ojos fríamente. —Por favor, no me mientas a la cara. Recuerda con quien estás hablando.

—Lo recuerdo muy bien —siseó quitándose la chaqueta del traje de malos modos.

—Pues no me tomes por estúpida. —Se levantó de la mesa y sonrió falsamente. —Pero no discutamos. Estaba deseando verte. —Se acercó y le abrazó por la cintura. —¿Quieres mi regalo o no?

—Claro que lo quiero. —La besó suavemente en los labios.

—Mi secreto... —susurró mirando sus ojos—. Es que tengo cámaras por toda la casa.

Matt se tensó entre sus brazos y se echó a reír disimulando el dolor que la recorría. —¿Y sabes para qué las tengo?

—No me hago una idea.

—Porque te conozco y sé que me llevan siguiendo desde que nos conocemos. —Se apartó sin dejar de sonreír. —¿Una casualidad? No lo creo. —Fue hasta sus ordenadores y cogió un dossier que tenía preparado. —Cuando te di la llave de mi casa hace una semana, sabía que no podrías soportar la tentación. Estás deseoso por vengarte de mí, ¿verdad? Y has gastado una cantidad indecente de dinero en ese detective tan bueno que te

has buscado. A Matt Butler no se le pisa. ¿No fue eso lo que dijiste en cierta ocasión? Creo recordar que fueron unas declaraciones que le diste a la prensa hace diez años. Acababas de triunfar consiguiendo un contrato de importaciones con una empresa iberoamericana. No recuerdo el nombre, pero eso no es lo importante. Lo importante es que era un mensaje a cierto presidente de otra empresa que intentó timarte. Con aquella operación le hundiste y sus deudas con el fisco le llevaron a la cárcel.

Matt no movió un gesto, aunque ella sabía que estaba rabioso por dentro. Patricia chasqueó la lengua. —Tu actitud es lógica. La entiendo perfectamente, ¿pero acostarte conmigo para conseguir mis trapos sucios, no es caer un poco bajo?

—No sé de qué me hablas.

—Ya veo. Vas a seguir con esta actitud. —Suspiró decepcionada tirando el dossier sobre la mesa. Las hojas salieron desperdigadas y Matt apretó los puños al ver su ficha policial.

—¿De dónde has sacado eso?

—Vuelves a dudar de mi capacidad y no sé si me gusta. —Se volvió a sentar en la cabecera de la mesa y cruzó las piernas mirándole fijamente. —Me subestimas constantemente. El día que entré en tu despacho la primera vez ya conocía esa parte de tu pasado. Todavía no había rascado la superficie, pero me imaginaba que para llegar hasta donde estabas, habías pisado a mucha gente. No me equivoqué. Por eso sabía que en cuanto me dieras el dinero por mis servicios, intentarías vengarte y me lo confirmaste cuando alguien tan importante como tú, me siguió por Times Square para encontrarse conmigo cuando simplemente me podías haber llamado por teléfono. —Se echó a reír al ver su cara. La miraba como si quisiera matarla. —Llevas todo el mes poniéndome trampas que pudieran implicarme en algún delito. Seguramente el correo electrónico que ibas a mostrarme, me llevaría a una cuenta en las Maldivas y creías que dejaría rastro con mi IP. El FBI investigaría como poco mi relación con ese dinero y de dónde habían salido esos fondos, ¿no es cierto cariño?

Suspiró metiendo la mano debajo de la mesa y cogiendo el micro que su hombre había colocado. Se lo mostró antes de tirarlo dentro de la copa de champán. —No creas que estoy decepcionada —mintió descaradamente—. Simplemente creo que ha llegado el momento de poner las cartas sobre la

mesa. Llevo muchos años trabajando para que tú por una pataleta intentes hundirme. Acéptalo y vuelve a tu vida.

—¿O sino? —Ella señaló el dossier y Matt se tensó con fuerza. —No lo harías.

—Pruébame. Además, tengo videos donde ese detective tuyo entra en mi casa y graba información de mis ordenadores. Supongo que se llevaría una sorpresa cuando al revisarlos en su casa se destruyeron al instante. Es un sistema de seguridad que solo tengo yo y me es muy útil en caso de que alguien quiera cotillear lo que no le importa. También te tengo a ti grabado revisando mis armarios e incluso el cajón de la ropa interior. —Sonrió con ironía. —Has cumplido todas mis expectativas, cariño. Y más aún.

—¡Eres una ladrona y alguien tiene que darte tu merecido! —dijo furioso de frustración.

La decepción la recorrió de arriba abajo porque él no sentía absolutamente nada por ella. —Es una pena que tengas esa opinión de mí. Creo que deberías irte.

—¿Qué esperabas? ¿Que me enamorara de ti y me olvidara de todo lo que has hecho? ¡Me has robado! —le gritó furioso—. ¡Y a mí no me roba nadie!

—Te di una lección —dijo fríamente—. No puedes ir por la vida pisoteando a los demás. No tienes derecho a insultar a nadie por las conclusiones precipitadas de tu retorcida mente. Ahora quiero que te vayas de mi casa.

Él se pasó la mano por su cabello negro y sus ojos se posaron en el dossier. —No puedes hacer eso público.

—Al contrario que tú, yo sí que te quiero y esa información ha sido borrada de todas las bases de datos. Feliz aniversario, cariño. Ya no tendrás que preocuparte por eso nunca más.

Pareció tan sorprendido que Patricia se dio cuenta que nadie hacía nada por él jamás, a no ser que se le pagara por ello. Era tan triste que un hombre como él viviera así... Desgraciadamente su historia tenía que resolverse o acabarse, porque lo del correo en las Maldivas era algo que no podía dejar pasar o terminaría cayendo en una trampa. Una pena, porque cada segundo que pasaba con él, la hacía sentirse viva.

Patricia sonrió con tristeza y se acercó a él para besarle cerca del lóbulo de la oreja. —Adiós, mi amor. Te deseo toda la suerte del mundo. Si alguien se lo merece, ese eres tú.

Se apartó de ella como si le diera asco y cogió el dossier de la mesa. Patricia disimulando su dolor, le vio coger su chaqueta e ir hacia la puerta. — No creas que esto se acaba aquí —dijo él mostrando toda la rabia que tenía dentro.

Patricia no fue capaz de decir una sola palabra mientras salía dando un portazo. Cogió su copa de champán y bebió por donde había posado sus labios mientras una lágrima recorría su mejilla. Sabía que había hecho bien, pero también sabía que su Matt no se daría por vencido. Incluso si tenía que luchar por lo que sentía por ella.

Capítulo 4

Dos noches después estaba tumbada en la cama mirando el techo cuando sonó su teléfono móvil. Cerró los ojos respirando hondo antes de sentarse en la cama y coger el teléfono que estaba sobre su mesilla de noche. Al ver quien era, se preparó para lo que le diría.

—Hola, Jareth.

—Un coche con dos agentes va hacia tu casa. Sal del país.

—No voy a huir.

—¿Estás loca? ¡Tienen cargos contra ti por manipular bases de datos del gobierno! ¡Te van a enchironar en una cárcel federal más de veinte años!

—No tienen pruebas.

—Sí que las tienen. Y la prensa se volverá como loca con este tema por las partes implicadas. ¡Querrán dar ejemplo contigo! Tienes que irte.

—Eres mi hermano y te quiero, pero debo hacer esto.

Jareth suspiró al otro lado. —No saldrás de esta. He visto las pruebas y son aplastantes.

—Afrontaré las consecuencias.

—¿Estás dispuesta a ir a la cárcel?

—Sí.

—Dios mío Patricia, ¿qué tienes con ese hombre para decir una locura así?

—No te preocupes, ¿vale? Es algo que tengo que hacer. Te quiero. Diles a los demás que se mantengan alejados, por favor. No quiero que esto les salpique.

En ese momento llamaron a la puerta y miró hacia allí. —Tengo que dejarte. —Colgó el teléfono y dijo en voz alta —¿Quién es?

—¡FBI! Abra la puerta.

Pasó por sus ordenadores y pulsó el botón que tenía en el disco duro encendiéndolo para enviar todos sus datos a otra cuenta que tenía preparada. Se acercó a la puerta y abrió para ver al otro lado a dos hombres con trajes negros. —Señorita Hutton, tiene que acompañarnos. —Le mostraron sus credenciales y ella asintió.

—¿Puedo vestirme y coger mi bolso?

Se miraron confundidos porque no mostraba resistencia. —Sí, por supuesto —dijo uno de ellos.

—Pasen. —Ella caminó hacia su vestidor mientras ellos entraban en la casa. Uno de ellos encendió la luz mostrando el lujo del loft y los ordenadores que aparentemente estaban apagados. —Enseguida estoy con ustedes.

Entró en el vestidor y cogió unos vaqueros poniéndoselos a toda prisa. Se puso una camisa de seda verde y cogió una cazadora de cuero porque seguramente en los calabozos haría frío. Se puso unas deportivas y cogió el bolso que tenía preparado.

Salió pensando que Matt no se daba por vencido incluso destruyendo su imagen por el camino. La llevaron a la central del FBI al lado de la Plaza Lafayette. La subieron a la quinta planta y la metieron en una sala de interrogatorios. Dejó su bolso sobre la mesa y esperó. La puerta no tardó en abrirse y un viejo conocido entró en la sala.

—Patricia...

—Agente Stanton... —Sonrió viendo que se sentaba ante ella. Ese hombre la había perseguido antes y nunca había tenido nada que pudiera demostrar su culpabilidad. Cuando le pidió ayuda para encontrar a un acosador cibernético, que tenía aterrorizadas a varias mujeres, ella no dudó en ayudarlo y a partir de ese momento colaboraban a menudo. El hombre que estaba a dos años de jubilarse la apreciaba y sabía que no era plato de gusto para él tenerla sentada en esa sala.

—¿Qué has hecho, Patricia? —preguntó mirándola a los ojos.

—¿Me ha denunciado él?

—Si te refieres a Matt Butler, sí. Te ha denunciado él. —Le mostró el periódico en el que salía en primera plana la ficha policial de Matt cuando tenía catorce años.

No se lo podía creer. Había utilizado lo que había hecho por él para llevársela por delante. Patricia asintió. —¿Quién lo ha filtrado a la prensa?

—Supongo que lo habrá hecho él. Lo ha maquinado bien. Va a quedar como una víctima y ganará dinero con esto, mientras que tú acabarás en la cárcel por manipular las bases de datos del gobierno para ocultar esta mierda.

Ella reprimió las ganas de llorar y forzó una sonrisa. —¿Qué es lo que quieres, Jack? Si buscas una confesión la respuesta es no.

—No seas loca. Hablaré con el juez y le diré que colaboras con nosotros. Te dejarán en libertad condicional o cumplirás dos años como mucho.

—No. No hay pruebas contra mí que puedan implicarme en eso.

—Tiene una grabación en la que tú sales diciendo que has borrado esos datos y tiene el dossier que tú le diste. ¡Comprobaremos tus impresoras y sabes que dirán que se hicieron en tu casa! También tenemos el resultado. ¡Esos informes no existen en las bases! ¡Y que tú hayas tenido esa documentación, demuestra que sabías de su existencia! ¡Eres culpable y vas a ir a la cárcel!

Patricia apretó las manos que tenía sobre su regazo. —Pues si tiene que ser así...

—Por Dios, Patricia. Entra en razón. ¡Aunque ese tipo retirara la denuncia, el fiscal actuará igualmente! Esto no se puede pasar por alto y tú vas a pagar más de veinte años. ¡Tendrás casi cincuenta cuando salgas y lo habrás perdido todo! ¡En dos años podrás volver a empezar!

Sus ojos se llenaron de lágrimas por la traición, pero intentó reprimirlas. —¿Se ha filtrado todo a la prensa?

—Todo.

No se lo podía creer. Había expuesto su alma por hacerle pagar. Por verla en la cárcel. Realmente no la quería en absoluto y se dio cuenta que había arriesgado su vida por un hombre que no merecía la pena. Un hombre

que no la querría nunca después de todo lo que había hecho por él.

—Por favor. Piensa en ello. Si confiesas...

—Quiero un abogado.

Los ojos de Jack brillaron y sonrió. —Enseguida podrás llamar, pero antes dime por qué lo has hecho. ¿Por qué lo ha hecho él?

—Yo lo he hecho por amor. Él me ha delatado por cobardía. ¿Te vale con eso?

—Para enseñar esto a la prensa hay que tener valor. Les ha expuesto toda su vida.

Ella miró la portada del periódico y reprimió las lágrimas al ver la cara de niño de Matt cuando fue detenido por asesinato con catorce años. Había matado a un hombre que había intentado abusar de él cuando merodeaba por los muelles buscando trabajo. Fue absuelto, aunque la cara del hombre había quedado irreconocible de los golpes que le había dado con una barra de hierro, porque había quedado más que demostrado el intento de abusos. Matt fue detenido en varias ocasiones mientras fue menor por altercados de ese estilo. La última vez porque su hermana había recibido una paliza de su padrastro. Matt casi lo mata, pero también consiguió librarse de eso. Unos años después y trabajando muchísimo había conseguido salir de esa vida para empezar una nueva al lado de su hermana. Las venganzas ya no eran a puñetazos, pero Patricia se sentía como si le hubiera pegado varios en el estómago.

—No lo entiendes. Se está vengando de mí y no mide las consecuencias.

Jack suspiró mirando sus ojos. —En el artículo le hacen un héroe forjado a sí mismo. Otro ejemplo de que en América se puede conseguir llegar a la cima trabajando duro.

Patricia sonrió. —No todo es válido para conseguir ganar. Y es algo que Matt tiene que aprender.

Jack se levantó cogiendo el periódico. —¿Quieres leerlo?

—No, gracias. Sé todo lo que tengo que saber de Matt Butler.

Él asintió saliendo de la sala y Patricia se tapó la cara con las manos sin poder creer que hubiera llegado tan lejos. Abrió su bolso y sacó un clínex.

Cogió el móvil que tenía guardado en el forro del bolso y pulsó el botón verde.

Sorbiendo por la nariz se puso el teléfono al oído. —Butler —dijo la voz furiosa de Matt.

—¿Ha merecido la pena?

El silencio al otro lado le indicó que estaba sorprendido de que le estuviera llamando. —Dime, Matt... ¿ha merecido la pena?

—Sí. —A Patricia se le rompió el corazón.

—Sabía que lo harías, ¿sabes?

—Es que eres muy lista.

—En dos horas recibirás una carta. —Colgó el teléfono con ganas de gritarle que estaba siendo injusto, pero en lugar de gritar llamó de nuevo. —Jareth llama a Carlton Harris y dile que venga a asesorarme.

Su hermano suspiró del alivio. —Menos mal. Antes me ha dado la sensación de que querías ir a la cárcel.

Patricia sonrió. —Y quiero ir a la cárcel. Tú llámale.

Antes de que su hermano pusiera el grito en el cielo, colgó dejando el móvil sobre la mesa esperando a que fueran a quitárselo en cualquier momento y no tardaron mucho. Apenas un minuto después entraron dos agentes que le leyeron sus derechos y le quitaron su bolso. La ficharon y la metieron en una celda. Sentada sobre aquella cama de acero, se abrazó las piernas pensando que como no saliera bien su plan, iba a pasarse muchos años en la cárcel.

Matt la observaba a través de la cámara de seguridad de su celda reprimiendo los sentimientos encontrados que experimentaba en ese momento. —¿Tardará mucho su abogado?

—Estará al llegar —dijo el agente molesto—. No sé qué es lo que le ha hecho Patricia, pero no es mala persona. Ha ayudado a mucha gente y no solo con el trabajo que puede ver todo el mundo. Ha colaborado con nosotros muchas veces para atrapar a verdaderos delincuentes que destrozaban la vida

a personas inocentes.

—Es una delincuente.

—Usted también y está en la calle.

—¡Yo impartí justicia! —dijo furioso—. Y nadie me ha encerrado nunca si no lo recuerda.

—Porque tuvo suerte. Es despreciable que le haya hecho esto a una mujer que le ama y que hizo lo que hizo para protegerle. Me da asco.

—No sabe toda la historia —dijo irónico—. No es tan inocente como aparenta.

—Nadie lo es.

En ese momento llamaron a la puerta y un agente metió la cabeza en la sala. —Un mensajero trae una carta para el señor Butler. Ha pasado los sistemas de seguridad, pero tiene que firmar la entrega.

Matt le siguió y vio al repartidor con cara de sueño cerca de los ascensores. —¿Matt Butler?

—Soy yo. ¿Tienes una carta para mí?

—Menudas horas para entregarla, joder. —Firmó la entrega y el chico le entregó la carta.

El chico se iba a ir, pero Matt le detuvo. —¿Cuándo llegó esto para la entrega?

—Hace dos días. La recogí yo mismo en el Soho a una mujer preciosa. Tenía que entregarla hoy aquí.

Sacó una propina y se la entregó. —Gracias.

Al ver los cien pavos sonrió. —Dígale a la chica que me llame cuando quiera. —Al volverse Matt se encontró con el agente Stanton que extendió la mano. —Es para mí.

—Es una prueba. Debemos revisarla.

Algo en su interior le dijo que no debía mostrársela, pero se negaba a sentir nada por ella y le entregó la carta. El agente se acercó a una mesa y la abrió lentamente con un abrecartas. Salieron varios documentos pulcramente doblados y abrió el primero.

Matt se acercó a él para mirarlo. —Es su testamento —dijo Jack atónito. Pasó varias hojas—. Se lo deja todo a usted.

Le arrebató el documento y efectivamente Patricia le dejaba varias cuentas a él, así como sus propiedades inmobiliarias. No se lo podía creer. Al levantar la vista vio que parecía muy interesado en una carta escrita a mano y se la arrebató también. —¡Esto es privado!

—Hijo de puta. Es cierto que no sé toda la historia, pero espero que sepa vivir con la conciencia tranquila después de destrozarle la vida.

Matt empezó a leer la carta.

“Hola, cielo:

Sé que en este momento seguramente no entiendes nada, pero lo hago por nuestro bien. Estoy escribiendo esta carta antes de la cena que he preparado para nuestro primer aniversario. ¿Te creías que duraríamos un mes? Es sorprendente, ¿verdad? Sobre todo porque sé que no puedes perdonarme y yo no puedo perdonarte a ti. Tu arrogancia y tu soberbia pueden ser muy irritantes, pero eso no hace que te quiera menos. Me enamoré de ti cuando saliste de tu despacho con mis tiques en la mano. Estabas tan furioso... Sabía perfectamente que iniciaba un juego peligroso, pero no pude resistirlo, mi vida. Es que eres irresistible. Tenía conocimiento de tu juego conmigo y de los movimientos del hombre que contrataste. Pero tenía la esperanza de que te echaras atrás. Ayer mismo intentaste sonsacarme sobre mis cuentas extranjeras y perdí la paciencia. Y eso no me pasa mucho. No me quieres, porque si lo hicieras no estaríamos en esta situación y te hubiera hecho gracia la manera en la que nos conocimos, pero tú no eres así. Si estás leyendo esta carta, significa que lo has tirado todo por la borda con tal de vengarte. Y por eso te he enviado la carta al edificio del

FBI. Seguramente ya me habrás delatado y estaré en una celda. Te preguntarás por qué te he entregado mi testamento y un poder en caso de encarcelamiento y es que nunca se sabe lo que puede pasar en el futuro. Quiero que cuides de todo mientras estoy en prisión. Ahora viene lo más importante y no quiero que te enfades. Esto no lo había planeado, te lo juro. Pero ha ocurrido y debemos sobrellevarlo de la mejor manera. —Impaciente pasó la hoja. —Me acabo de enterar de que estoy embarazada. —Matt palideció. —No te preocupes que en cuanto dé a luz te lo podrás llevar, siempre que en cuanto salga me lo devuelvas. Supongo que también protestarás por esto y no me lo pondrás fácil, pero lucharé por él y sabes que si me enfado puedo ser muy vengativa. Pero ahora no estoy enfadada. Solo decepcionada porque no cejas en esta situación y no avanzamos. Tú tienes a tu alrededor un caparazón que no puedo romper. Y quiero romperlo Matt, pero no ayudas nada. Así que tendrás que liberarte tú, cielo. Yo simplemente esperaré acontecimientos. Como esta carta la escribo hoy, no sé cuál será mi estado de ánimo dentro de un par de días, así que si te odio por haberme defraudado, recuerda que te quiero y que te querré siempre. En algún momento se me pasará el cabreo y te perdonaré. Porque yo no soy rencorosa.

Te quiere Patricia.

Postdata. —¿Puedes encargarte de que alguien riegue mis plantas?

Atónito volvió a leerla y cogió el otro documento de la mesa para ver que era un poder en caso de que su estado le impidiera administrar sus bienes. Entre los casos de incapacidad, estaba el encarcelamiento entre otros, como

enfermedades.

—Ahora se siente un gilipollas, ¿verdad? —preguntó Stanton tras él.

Matt tomó aire enderezando la espalda y se volvió lentamente con los documentos en las manos. —Lo hace para que me sienta culpable.

—¿Culpable por qué? ¿Por enviar a la cárcel a una mujer que le quiere y que solo ha querido protegerle? ¿O porque esa mujer va a pasar su embarazo entre rejas?

Palideció dando un paso hacia él. —No va a dar a luz en la cárcel.

—Claro que sí. Usted lo ha decidido al filtrar eso a la prensa y al tenderle la trampa. Ella ha querido demostrarle que su venganza absurda se ha interpuesto en su relación. No sé lo que le hizo ella, pero usted ha llegado demasiado lejos. Esto no hay quien lo pare y Patricia irá a la cárcel.

En ese momento se abrieron las puertas del ascensor y salió de él un hombre trajeado con un maletín en la mano. Se dirigió directamente hacia Stanton que le hizo un gesto para que lo siguiera por el pasillo. Matt apretó los labios al verles hablar en voz baja. El hombre le miró sobre el hombro del agente y al verle la cara le reconoció al instante como uno de los mejores abogados de la ciudad. Suspiró del alivio porque él la sacaría de aquel lío. Si él se había librado de matar a aquel cabrón, ella se libraría de eso.

—Condeno a la señorita Hutton a cinco años de cárcel y en la institución penitenciaria tendrá totalmente prohibido el acceso a cualquier material de tipo informático, incluidos teléfonos móviles —dijo la juez antes de golpear el mazo. Esas palabras cayeron a plomo en la sala y durante varios segundos no movió un gesto intentando digerir la noticia.

Tuvo que sentarse y su abogado se agachó a su lado. —No te preocupes. Apelaremos.

—Dios mío. —Se tapó la boca. La prensa se puso como loca y empezó a sacarle fotos, pero ella lo único que pensaba es que había tirado su vida por la borda por un hombre que no merecía la pena. En esos tres últimos meses ni la había llamado por teléfono para saber cómo estaba y se había alejado todo lo posible yendo a Asia, seguramente para ultimar la fusión que le haría ganar millones. Ella no le importaba en absoluto y se daba cuenta en ese mismo instante que había cometido el peor error de su vida al enamorarse de él. Sin

poder evitarlo volvió la cabeza para ver a Matt mirándola fijamente de pie tras ella. Se levantó mostrando su embarazo de cuatro meses y susurró — Felicidades, has ganado. — Los alguaciles le pusieron las manos a la espalda y él perdió el color al ver que la esposaban. Dio un paso hacia ella y la prensa se le tiró encima haciéndole preguntas.

Sus ojos se encontraron mientras la sacaban de la sala y su abogado gritaba — ¡Tranquila, te sacaré!

Tomó aire intentando no llorar y miró al frente diciéndose que todo terminaría pronto. Ya había descubierto lo que quería y era que el amor que sentía por Matt era autodestructivo.

La trasladaron en un furgón a una prisión federal de mínima seguridad y respiró del alivio cuando vestida con unos pantalones azules y una camisa del mismo color la llevaron hasta una celda individual. Se sentó sobre su cama cubierta por una manta gris y se acarició el vientre mirando a su alrededor, sintiéndose por primera vez en su vida muy sola. Siempre había sido una persona solitaria debido a su trabajo, pero su ordenador siempre la había hecho compañía llenando sus horas y ahora no tenía en qué escudarse.

Los ojos de Matt al ver cómo la sacaban de la sala volvieron a su memoria, pero ella reprimió ese recuerdo, porque si había imaginado que ella le había preocupado en algún momento, era simplemente la esperanza que tenía de que él sintiera algo. Y Matt Butler no sentía absolutamente nada por ella que no fuera desprecio.

Su primer día en prisión se lo pasó en la celda. Incluso le llevaron la cena y la vigilante le dijo que al día siguiente hablaría con la directora de la prisión. No durmió mucho, porque los sonidos de la prisión la sobresaltaban cada poco. No había intimidación y se sintió humillada cuando abrieron su puerta de barrotes justamente en el momento que utilizaba el wáter. Se subió los pantalones rápidamente mientras dos vigilantes entraban en la celda.

—Acompáñanos. La jefa quiere verte.

Asintió sin ser capaz de pronunciar palabra y las siguió por el pasillo absolutamente intimidada con aquel sitio. Solo pensar en pasar allí cinco años, le puso los pelos de punta. La sacaron del edificio para llevarla al edificio de enfrente, cruzando un patio que en ese momento estaba vacío. Al entrar, ella se dio cuenta que eran las oficinas y subió unas escaleras mirando discretamente a su alrededor. Una de las vigilantes llamó a una puerta.

—Adelante.

Entró en lo que parecía un despacho y se colocó ante la mesa donde una mujer de unos cincuenta años con el cabello castaño muy corto la miraba atentamente.

—Así que tú eres Patricia Hutton. —Se levantó mostrando la ropa de calle que se había puesto ese día y Patricia disimuló no reconocer el vestido de firma que llevaba.

—Sí, señora.

—Soy la señora Potter.

—Sí, señora Potter.

—Bien. Al parecer eres algo así como un genio informático, pero aquí no tendrás acceso a los ordenadores. —La rodeó mirándola de arriba abajo. —Para mí es un desperdicio, pero son órdenes del juez. Es parte de tu condena.

—Sí, señora Potter.

—Trabajarás en la lavandería hasta que tu embarazo impida que lo hagas. Después de dar a luz, ya veremos dónde te coloco.

Al pensar en la posibilidad de que en cinco meses perdería a su bebé se le retorció el corazón.

—Tendrás tus revisiones médicas como Dios manda y como sé que después de dar a luz, se os pasan ideas extrañas por la cabeza, haré que tu trabajo sea lo más pesado posible para que cuando llegues a tu celda, estés tan agotada que se te olvide todo lo que no se encuentre entre estas cuatro paredes.

—Sí, señora.

—Se sale al patio dos horas por la mañana y otra por la tarde. Si transgredes alguna regla, se te privará de ese privilegio. También tienes un economato donde puedes comprar alguna chuchería. Podrás hacer una llamada al día y puedes apuntarte a las actividades que se realizan en la prisión. Si todo va bien, en dos años y medio saldrás de prisión y seguirás con tu vida en libertad condicional. —Se puso frente a ella. —¿Crees que tendremos problemas, Patricia?

—No, señora Potter.

—Eso espero. Puedes irte.

Se volvió para salir de allí cuanto antes cuando la directora dijo — Patricia... —Se volvió para mirarla. —Los ordenadores de la biblioteca están prohibidos para ti. Como alguien te vea cerca de ellos, aunque sea a diez metros, informaré inmediatamente. ¿Me has entendido?

—Sí, señora Potter.

Salió de allí a toda prisa y las vigilantes la acompañaron de vuelta a su celda, cerrando la puerta de nuevo. Una hora después sonó una sirena y se abrieron todas las celdas. Salió como todas las demás y una chica pelirroja, que obviamente ni se había peinado se puso detrás de ella para susurrar — Sigue a la de delante.

La miró de reojo e hizo lo que le pedía. Llegaron a una especie de comedor enorme y la que tenía detrás la cogió por la muñeca para ponerla en una fila ante ella. —Aquí sirve Rose y nos pondrá más. —Cogió una bandeja y se la puso en las manos.

—¿Cómo te llamas?

—¿Anne y tú?

—Patricia.

—Ah, ya sé quién eres. Te esperábamos desde hace días. —La empujó ligeramente y Patricia miró a la mujer que tenía al otro lado del mostrador y que le sirvió unos huevos revueltos que casi la hicieron vomitar. Desde que estaba embarazada estaba algo delicada del estómago y ciertos olores la ponían malísima. Como el olor a café que inundaba el ambiente. Siguió la cola tomando aire y Anne la miró de reojo. —Te estás poniendo verde.

—Es que... —Dejó la bandeja a toda prisa y se tapó la boca justo antes de que una arcada la recorriera y vomitara en el suelo sin poder evitarlo.

Las caras de asco la rodearon y escuchó decir —Hala, la nueva ya me ha quitado el apetito.

Respiró hondo y vio que uno de los guardias se acercaba a toda prisa. —Oh, Dios mío.

—Tranquila —dijo Anne cogiéndola por el brazo porque parecía que iba a desmayarse en cualquier momento.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó el hombre antes de mirar con asco

hacia el suelo—. ¿Te encuentras mal? A la enfermería.

—Está embarazada, señor.

—¿Necesitas un médico?

—No, señor. —Pálida susurró —Lo limpiaré si me dicen dónde está el cubo.

—Llévala a su celda —le dijo a Anne antes de señalar a otra de las chicas—. Límpialo.

—No, de verdad... —dijo preocupada porque cargaran a otra persona con su trabajo—. Lo haré yo.

—Anne llévatela —dijo la aludida—. Yo lo limpiaré.

El guardia le hizo un gesto para que se fuera y Anne la acompañó fuera del comedor—Ya se me ha pasado.

—No te preocupes. No eres la primera embarazada que pasa por aquí, ¿sabes? Tranquila. Mientras no busques problemas, llevarás una vida tranquila.

Llegaron a su celda que estaba abierta y la ayudó a tumbarse. —¿Necesitas algo?

—No, gracias. —Pensar en el lío que se había metido por su propia estupidez, hizo que una lágrima se le escapara sin darse cuenta y Anne apretó los labios acuclillándose a su lado.

—No te preocupes. Los primeros días son los más duros. Te acostumbrarás.

—Gracias. No sabes cómo te agradezco tu ayuda.

—Estás muy sensible y el embarazo provoca que tengas las hormonas alteradas. Ya verás cómo dentro de una semana estarás mucho mejor. Descansa un poco. Más tarde preguntaré si te puedo traer algo de comer.

Anne sonrió y ella gimió tapándose la cara con las manos. Bueno, tenía que seguir adelante y no valía de nada deprimirse por su propia estupidez. Diez minutos después se sentó sobre la cama pues se encontraba mucho mejor y se levantó para mirar al exterior. Al levantar la vista vio una cámara en movimiento y comprobó que podía controlarla desde la cama. Se sentó de nuevo y empezó a contar. La cámara no enfocaba su celda durante sesenta

segundos antes de volver a pasar de nuevo ante ella. En cuanto pasó de largo, se levantó y corrió a la celda de al lado. La celda de Anne era totalmente distinta a la suya y estaba llena de fotografías familiares. Después de echar un vistazo rápido comprobando dónde estaba todo, volvió a su celda y se puso a lavarse los dientes. Con el cepillo de dientes en la boca, pasó a la celda de al lado en cuanto la cámara giró y empezó a abrir cajones contando mentalmente. Al llegar a cuarenta regresaba y disimulaba hasta volver a empezar. Media hora después encontró lo que quería y volvió a su celda con un cuaderno donde tenía apuntados varios datos que memorizó antes de regresar a su celda y poner su cuaderno en su sitio. Se tumbó en su cama y mirando la pared repitió esos datos en su memoria varias veces. Al final se quedó dormida.

Capítulo 5

Un toque en el hombro hizo que se volviera sobresaltada para ver a una mujer de unos cuarenta años con una bandeja en la mano. —¿Te encuentras mejor?

—Sí, gracias.

—¿Ahora tienes hambre?

Sonrió sentándose. —Sí, estoy hambrienta.

—Pues te he traído de todo. Recuerdo cuando yo estaba embarazada, que después de las náuseas me moría de hambre. —Le puso la bandeja sobre las piernas. —Soy Rose.

—Yo soy Patricia.

—Sé quién eres. Te hemos visto en las noticias. Tenemos una hora por la noche en la sala de entretenimiento y vemos la tele. —Se sentó a su lado. —Sabíamos que te enviarían aquí.

—¿Lo sabíais?

—Hay varias que cometimos delitos informáticos.

La miró aparentando sorpresa. —¿No me digas? ¿Has dicho cometimos?

Rose se echó a reír. —Yo suplanté la identidad de mi jefa en la red.

—¿Y por qué acabaste en una cárcel federal?

—Falsifiqué un carné y compré en varios estados.

—Ah. —Empezó a comer la tostada con ganas. —¿Y quién más? ¿Hay alguien que sea famosa?

—Como tú no. Pero Anne robó información del gobierno, así que habéis cometido casi el mismo delito. Entró en el Pentágono.

—¿Qué tipo de información? —preguntó intrigada.

—No lo sé muy bien. No quiere hablar de eso. Solo sé que la delató un colega.

—¿Trabajaba con alguien?

—Creo que era su novio.

—Vaya, otra casualidad —dijo irónica haciéndola reír.

—¿Sabes? No lo entendí. ¿Por qué te delató si solo perjudicaba su imagen con ello? Solo intentaste protegerle.

—Matt ha salido favorecido con todo esto. Nunca me quiso. Solo me sedujo para conseguir camelarme por un enfrentamiento que tuvimos antes de empezar a salir.

—Quería vengarse. —Ella asintió cogiendo la tostada y dándole otro bocado. —Pues menudo cabrón.

Se encogió de hombros. —También fue culpa mía por liarme con alguien que sé que es así. —Forzó una sonrisa. —Así que tienes hijos.

—Dos niños. De diez y catorce. Ahora viven con mi madre.

—¿Cómo lo llevan?

—Vienen los sábados a visitarme y creo que son felices.

—¿Volverías a hacerlo?

—No. ¿Y tú? —Se miraron a los ojos y Rose entendió. —Lo volverías a hacer.

—Si creyera que con eso le protejo, sí que lo volvería a hacer. Puede que él no me quiera, pero yo no puedo apagar mis sentimientos. Lo que hice, lo hice para protegerle, aunque él no le diera importancia a ese hecho.

—Pues no te merece.

—No. Pero ahora lo importante es salir de aquí.

—¿Cuánto te ha caído?

—Cinco.

—En dos estás fuera.

—No pienso esperar tanto tiempo. Yo no doy a luz aquí.

Rose la miró intrigada. —¿Vas a escaparte?

—No. Van a venir a buscarme y con disculpa ante los medios y todo.

—¿Cómo vas a hacerlo?

—Yo no voy a hacer nada. —Masticó la manzana que le había llevado.

—No tengo que mover ni un solo dedo. Alguien meterá tanto la pata, que tendrán que llamarme para que arregle el asunto. No es la primera vez que me ocurre.

—¿Tan buena eres?

Sonrió cogiendo otro trozo de manzana. —Sí. Pregúntale a Anne que debe ser buenísima para entrar en el Pentágono.

—Os admiro mucho, ¿sabes?

—¿Por qué?

—Porque sois muy listas y yo soy una aficionada a vuestro lado.

—¿Cuánto le ha caído a Anne?

—Veinte años.

—¿Y a ti?

—Siete.

—Pues tampoco es tan lista. —Rose sonrió levantándose. —¿Tienes acceso a los ordenadores?

—Sí.

—¿Y Anne?

—¿Estás de broma? Le pegarían un tiro si se acercara a un kilómetro.

Patricia se echó a reír. —Yo tampoco puedo acercarme.

Rose miró hacia atrás y se agachó. —Pero a veces le dejo el portátil. Le he hecho prometer que no dejaría rastro para que no me caiga a mí la bronca.

—¿No me digas?

—Sí, tenemos wifi, ¿sabes? Podemos tener el portátil en la celda

siempre y cuando no haya líos. La directora nos deja, porque varias tienen relaciones con hombres a través de la red y dice que eso nos tiene más relajadas.

—Así que tienes portátil. ¿Me lo dejarías?

—Hola. —Se sobresaltaron al ver a Anne en la puerta. —Uy, uy. Vosotras tramáis algo.

—¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar en el trabajo? —Rose sacó la cabeza y suspiró del alivio. —Menos mal que vienes sola.

—Vengo a ver cómo está y si se encuentra bien, a llevarla a la lavandería. —Se sentó en la cama a su lado. —¿De qué hablabais?

—Shuss —chistó Rose muy nerviosa—. Si se enteran de esto, me quitarán el privilegio y no podré chatear con mis hijos.

Anne sonrió mirando a Patricia. —Sabía que buscarías un ordenador. Está en tu ADN y no puedes vivir sin él.

—Al parecer también está en tu ADN.

—Así que ya te has enterado. —Alargó la mano. —Priscilla a tu servicio.

Separó los labios aparentando sorpresa. —¿Eres Priscilla? Pero... Me estás metiendo una trola. Hace diez días hackeaste a no sé qué casino y volviste locas las apuestas.

Anne soltó una risita. —Me aburría.

—¿Estás loca? Pensaba que utilizabas mi portátil para resolver tus asuntos con ese cabrón de tu novio. —Rose se estaba enfadando y eso no le convenía a Patricia.

—Estoy segura que eso también lo ha hecho. Me apuesto la cabeza.

Se echaron a reír y Anne preguntó —¿Es lo que quieres hacer tú? ¿Vas a vengarte?

Las dos la miraron expectantes y ella sonrió maliciosa. —Voy a marearle un poco.

—Daros prisa —susurró Rose—. O vendrán a saber qué tramamos.

Salieron de la celda y Rose llevaba su bandeja porque trabajaba en las cocinas.

Se separaron en el pasillo quedando para la cena porque Rose solo trabajaba hasta la comida. Después tenía el resto del día libre para estar en las salas de descanso o en el patio mientras que ellas trabajaban tres horas por la mañana y tres por la tarde.

La presentó a su superior que la puso de encargada de las toallas. Tenía que meterlas en la lavadora industrial, pasarlas a la secadora y doblarlas. No se aburría porque las máquinas estaban continuamente en movimiento. No era un trabajo muy pesado. Charló con algunas de sus compañeras, pero tampoco profundizó demasiado porque era su primer día. Vio que Anne trabajaba en la zona de planchado de uniformes y hablaba animadamente con otra chica de su edad.

Cuando salieron al patio, le presentó a la otra chica que se llamaba Ivonne. Estaba allí por distribuir billetes de cien dólares falsos. Ivonne se echó a reír diciendo que si hubieran sido de cinco pavos no se hubieran dado cuenta y pensaba salir e intentarlo de nuevo. Pasearon alrededor del patio y todas quisieron conocer su historia. Ella les contó lo que sabía todo el mundo y no indagaron más en el tema.

Iba camino del comedor escuchando la conversación de las chicas sobre los libros nuevos que habían llegado a la biblioteca, cuando una de las guardias se acercó. —Hutton, ven conmigo.

Sorprendida miró a las chicas que la animaron con la cabeza. Siguió a la mujer por un laberinto de pasillos y se sobresaltó cuando una puerta de acero se cerró tras ella al pasar.

—Por aquí.

Siguió por el pasillo y la guardia abrió una puerta. —Tienes diez minutos.

—¿Diez minutos para qué?

Al mirar el interior se quedó de piedra al ver allí a Matt vestido con un traje gris. La observaba de pie al lado de una mesa con dos sillas. Entró aun impresionada y ni se enteró de que cerraban la puerta.

Él sonrió incómodo mirándola de arriba abajo y a Patricia se le puso un nudo en la garganta. —Te veo sorprendida. —Patricia no movió un gesto y Matt se pasó una mano por la nuca. —¿Cómo estás? ¿Te tratan bien? —Sus ojos se llenaron de lágrimas al escucharle. —Quería haber hablado contigo

antes, pero tu abogado me recomendó que me alejara de ti. Intenté ayudarte en el juicio, pero no me permitieron declarar. El mal ya estaba hecho y no pude hacer nada. —La miró a los ojos. —Joder nena, no llores. Te juro que te sacaré de aquí. No medí las consecuencias y... —Sonrió con tristeza dándose la vuelta como si no pudiera soportar su mirada. —Lo siento. No voy a buscar excusas. Fui un cabrón que te echó a ti la culpa de lo que hizo Steven, porque era mucho más fácil que enfrentarse al problema y decírselo a mi hermana haciéndole daño. Lo pagué contigo y te humillé en público. Tenías todo el derecho a recriminarme mi actitud y me diste una lección. —Se volvió. —Me enfadé contigo porque me diste una lección y no soy muy bueno reconociendo mis errores. Tenía que haberlo comprendido y seguir adelante, pero no podía dejarlo pasar. No puedo explicarlo.

Patricia sabía lo que quería decir. Le conocía muy bien a pesar del poco tiempo que habían estado juntos. Él era así y si se consideraba herido o atacado, iba a reaccionar.

Matt dio un paso hacia ella, pero se detuvo metiendo las manos en los bolsillos del pantalón como si se retuviera. —Incluso pasé por encima de mi pasado que siempre he querido mantener oculto para conseguir atraparte, porque no soportaba que me hubieras ganado. —Una lágrima corrió por la mejilla de Patricia y la miró impotente. —Pero como me escribiste en esa carta, lo sabías, ¿verdad? Sabías cómo iba a reaccionar. —Como no le respondía susurró —Nena, dime algo.

—No deberías estar aquí. No entiendo qué haces aquí cuando llevas meses sin preocuparte.

—Te juro que quise hablar contigo, pero tu abogado me aconsejó que no me acercara a ti porque confundiría a la prensa y eso podría perjudicar el caso. ¡Me dijo que saldrías con la condicional! ¡Que después podría hablar contigo todo lo que quisiera! —Dio un paso hacia ella y la cogió por los brazos. —Nena, lo siento. Te juro que lo siento y que voy a hacer todo lo que haga falta para que te suelten. Tengo una cita en la Casa Blanca dentro de dos semanas.

Patricia se tensó. —Ni se te ocurra.

—Si pueden ayudarnos...

—Déjalo como está. Esto no tiene nada que ver contigo. Me hubieran pillado tarde o temprano y quiero que te alejes de mí.

—Sé que estás enfadada, pero no eres rencorosa. ¿Recuerdas que me quieres?

Dio un paso atrás negando con la cabeza. —Déjalo estar. Cumpliré mi condena y...

—¡Deja de decir disparates! Haré lo que haga falta para sacarte de aquí.

Ahora se ponía protector. A ese hombre no había quien le entendiera. No pudo evitar que su corazón saltara de la alegría, pero lo mejor era alejarle lo máximo posible de esa situación.

—No te amo y quiero que desaparezcas de mi vida.

Matt perdió todo el color de la cara y cogió sus manos suplicando con la mirada. —Nena, dijiste que me perdonarías. ¿Recuerdas? Te juro que si lo haces, no te vas a arrepentir. Sé que tengo un carácter horrible y que soy un cabezota, pero te prometo que voy a cambiar.

—Pero yo no quiero que cambies, ¿no lo entiendes? Solo que midas las consecuencias. Estás acostumbrado a salirte con la tuya. Es parte de tu carácter, pero llegas demasiado lejos.

—Lo sé. Y prometo que...

—¡No me prometas nada, Matt! ¡Esto se ha acabado!

—¡Pues estás equivocada! —le gritó a la cara—. ¡Te sacaré de aquí y volverás a tu vida! ¡A mi lado! ¡Puede que ahora pienses que soy un cabrón, pero me perdonarás! ¡Sé que lo harás! ¡Y seremos felices como lo fuimos durante ese mes que estuvimos juntos, porque sé que eras feliz! ¡Dímelo!

Patricia sonrió sin poder evitarlo y Matt la miró sorprendido. Se abrió la puerta y ella se sobresaltó. No quería separarse de él justo en ese momento. Matt gritó —¡Todavía no es la hora!

—Sí que lo es. Hutton a tu celda.

Se miraron a los ojos y sin poder evitarlo le abrazó besando su cuello antes de susurrar —Ya me he encargado. Confía en mí. Aléjate hasta que salga.

Matt sorprendido la miró a los ojos antes de que Patricia le diera un beso en los labios y se alejara.

—Nena... cuídate mucho.

—Lo haré. —Sonrió antes de salir del cuarto de visitas y se apretó las manos emocionada. ¡Había ido a verla! ¡Se arrepentía! ¡Quería que volvieran! Gimió mirando a su alrededor. Ahora tenía que conseguir salir de allí para volver con él y no sería fácil.

Una semana después estaba en el patio sentada en las gradas de cemento viendo a las chicas jugar al baloncesto. Se echó a reír porque Anne era malísima y volvía a fallar un pase por enésima vez. Rose se sentó a su lado. —No se da por vencida.

—No. Las de su equipo se la van a cargar.

—Oh, no lo harán. Le deben demasiado y les hace gracia.

—¿Le deben demasiado?

Rose miró hacia atrás por si alguien las escuchaba. —A casi todas les ha hecho algún favor.

—¿A qué te refieres?

—¿Ves a aquella alta? ¿La rubia que intenta que le haga caso?

Miró al otro lado de la pista y allí había una mujer moviendo los brazos de un lado a otro para que Anne le pasara la pelota. —Sí.

—Pues a esa la libró de su marido.

—¿Cómo?

—Consiguió que le echaran del trabajo y le encontró otro en Canadá. El muy idiota no sabe que su mujer tuvo algo que ver en el asunto. A aquella gordita la ayudó con un hijo que estaban a punto de meter en prisión por tráfico de drogas. Cambió no sé qué papel en el juzgado y sus pruebas desaparecieron milagrosamente.

—Entiendo. —Patricia gruñó por dentro porque ayudaba a librarse a auténticos delincuentes.

—Si quieres llevarte bien con ellas, tú también podrías hacerlo —le sugirió Rose—. Te dejaré el ordenador.

Era su oportunidad. —¿En serio?

—Sí, claro. Entre nosotras nos ayudamos. Somos una familia.

—¿Me lo dejarías hoy? Prometo que no sabrán que lo tengo. Lo usaré de noche y lo cubriré con las sábanas.

—Sé que lo protegerás. ¿Me harías un favor?

Ahí iba. Patricia sonrió. —Claro, ¿qué necesitas?

—Mis hijos no tienen dinero este mes. ¿Podrías prestarme algo?

—¿Mil?

Rose sonrió. —Veo que nos entendemos.

—Has sido muy clara. Te haré la transferencia en cuanto me des el ordenador.

Esa noche encontró lo que necesitaba en apenas una hora. Anne se había confiado y las claves que había aprendido el primer día allí, la ayudaron mucho. Aquella mosquita muerta llevaba una organización de tráfico de armas desde la cárcel y la información que había robado del pentágono iba a venderla al mejor postor. No le costó descubrir a su contacto y envió toda la información que descubrió a su superior. Satisfecha porque había terminado, cerró el portátil y sonrió porque esa había sido su última misión. Al menos de incógnito. A partir de ahora cuidaría de su hijo y de Matt. Seguiría con su tapadera como especialista en seguridad informática y solo sería una espía del montón. Estaba deseando empezar su nueva vida.

A la mañana siguiente estaba desayunando cuando dos guardianas se acercaron. —Hutton, unos tipos con pinta de abogados te esperan.

—¿Mi abogado? —preguntó esperanzada levantándose.

—Ven rápido. No nos hagas perder el tiempo.

Las chicas la animaron y se acercó a toda prisa a ellas, que la sacaron del comedor rápidamente. Sin decir una palabra, la llevaron hasta la sala de visitas donde había estado la última vez. Al entrar sonrió al ver a su jefe, que se levantó de la silla en cuanto llegó.

—Patricia...

—Señor White... Me alegra verle.

Les dejaron solos y ella sonrió. —¿Cuándo me sacáis de aquí?

—De inmediato. Se ha producido un ciberataque en la bolsa de Nueva York y el juez te ha dejado en libertad porque te necesitamos.

—¿Y el ataque es cierto?

—Por supuesto que no, pero algo teníamos que decirle al juez para que te soltara.

—¿Los cargos?

—Serán retirados.

—Quiero que se disculpen para limpiar mi imagen.

—En este momento están haciendo una declaración a la prensa, retractándose de su sentencia porque al parecer hubo un fallo en la investigación desde el principio y se ha descubierto que la información desaparecida en realidad fue borrada de las bases de datos por un funcionario que lo ha reconocido. Se te exonera de todo y tu reputación vuelve a ser intachable. —Sonrió satisfecho. —Buen trabajo. Nunca nos fallas. Te aseguro que cuando me contaste tu plan no me pareció adecuado mezclar tu vida personal en todo esto, pero ha salido de perlas.

—Gracias.

—¿Él lo sabe?

—Por supuesto que no. ¿Crees que estoy loca?

Sus compañeros en la CIA se echaron a reír. —¿Y has conseguido lo que querías?

—Le he dado una lección y quiere volver conmigo. No podía haber salido mejor.

—Eres un peligro.

—Gracias jefe.

Antes de irse, se reunió con la señora Potter, que había cambiado de

actitud totalmente. Le explicó lo que ocurría y le advirtió que no debía hacer nada hasta dentro de tres días. El ordenador aún seguía en su celda y regresó a ella cogiendo el portátil para llevarlo a la celda de Rose y colocarlo en su sitio. Después fue a ver a las chicas y les contó la noticia. Se alegraron mucho y les deseó lo mejor. Anne la llevó aparte y le dijo —¿Has sido tú, verdad? Has hecho que te suelten. ¿Qué has hecho? Cuéntamelo.

—Secreto profesional, querida.

Anne se echó a reír asintiendo. Patricia sonrió porque la muy perra no sabía lo que se le venía encima. Iba de inocente, pero era responsable de miles de muertes al año y no le daba ninguna pena. Se despidieron con un abrazo y dos guardias la llevaron fuera de aquel infierno.

Su abogado fue a recogerla como si fuera el responsable de su buena suerte. Se echó toda la gloria y ella se lo agradeció muchísimo simulando como era su obligación, aparentando ser muy, muy feliz. Al llegar a su edificio le preguntó si necesitaba algo y ella negó con ganas de llegar a casa.

Al entrar en su apartamento suspiró quitándose los zapatos que había llevado al juzgado y dejó las llaves sobre la mesa. Al ver las llaves de Matt, miró a su alrededor y le vio en la cocina con la cadera apoyada en la encimera de mármol y los brazos cruzados. Llevaba allí un rato porque no llevaba chaqueta.

—Estás aquí.

Matt la miraba fijamente y Patricia supo que algo no iba bien. Suspiró cerrando la puerta y fue hasta el dormitorio.

—¡Nena, ven aquí!

—No tengo ganas.

—¿No tienes ganas? —Furioso la siguió hasta el vestidor donde se estaba bajando la cremallera del vestido. —¿Tengo pinta de imbécil?

—No me hagas hablar.

—¡Muy graciosa! ¡Lo planeaste todo!

—No sé de qué me hablas —dijo haciéndose la tonta dejando caer el vestido al suelo, mostrando la horrible ropa interior de la cárcel en algodón blanco.

—Sabías que te librarías, ¿verdad? ¡Solo lo hiciste para que me sintiera

culpable!

—Tú decidiste delatarme. ¡Fue responsabilidad tuya que acabara en la cárcel! ¡Si no lo hubieras hecho, como cualquier novio normal, no habría pasado nada!

Matt entrecerró los ojos. —Aquí hay algo que no me cuadra. Tantas disculpas cuando sí que fuiste la responsable, me escaman bastante. ¿Qué has hecho?

—Nada. Tenían un problema en la bolsa y lo he solucionado. Solo eso.

—¿No lo habrás provocado tú? —gritó a los cuatro vientos—. ¡A ver si acabas en chirona otra vez!

Patricia sonrió antes de decir sinceramente —No, no lo he provocado yo.

Matt pareció aliviado y la siguió hasta el baño. —Aun así, me ocultas algo. ¡Tú dijiste en mi visita a la cárcel que ya lo habías arreglado! Me estás mintiendo.

—Disculpa que después de enchironarme, no confíe demasiado en ti. —Abrió el agua de la ducha y al volverse se encontró con sus ojos cargados de deseo. —Ya puedes esperar sentado.

—Nena, te he echado de menos —dijo con la voz ronca—. Joder, me excitas aún más que antes de estar embarazada.

—¿No me digas? —Fue hasta él sonriendo de oreja a oreja y Matt intentó cogerla por la cintura, pero ella le empujó por el pecho sacándolo del baño y pegándole con la puerta en las narices. —¡Pues aún estoy cabreada! ¡Y puede que no se me pase!

La risa al otro lado de la puerta la hizo jadear indignada y abrió la puerta de nuevo. —¿De qué te ríes?

—Mientes fatal.

¿Cómo iba a mentir fatal si trabajaba en la CIA? ¡Llevaba haciéndolo media vida! Patricia sonrió. —Miento fatal, ¿eh? ¿Seguro que sabes cuándo estoy mintiendo?

—Totalmente. Ahora no me la pegas. —Eso le hizo recordar la visita a la cárcel. —Por eso sé que me mientes y que tienes algo que ver con tu inesperada salida de la cárcel. —Muy tenso dio un paso hacia ella. —¿Qué

has hecho? ¿A quién has amenazado? Dímelo y nos largaremos de Nueva York. Mejor nos iremos del país. Tengo un amigo que...

Patricia se echó a reír. —Serás exagerado. —Volvió a meterse en el baño cerrándole la puerta en la cara. —Pide algo decente de comer, ¿quieres? Estoy hambrienta.

Capítulo 6

Se metió en la ducha encantada de estar en casa y no tener que ducharse rodeada de gente. Al salir se puso una enorme toalla rodeando su cuerpo y envolvió su largo cabello negro en otra. Suspirando sintiéndose algo cansada, limpió el espejo con la toalla y frunció el ceño al no escuchar a Matt. De hecho, la extrañaba que no hubiera entrado en el baño de nuevo. Metió la mano debajo del lavabo y cogió la pistola que tenía allí sujeta con adhesivo. La escondió a su espalda y se acercó a la puerta escuchando atentamente. Algo de cristal cayó al suelo y respiró profundamente antes de acercarse a la pared pegándose a ella y abrir la puerta. Un disparo en la madera la hizo jurar por lo bajo y vio por el espejo del baño que un hombre tenía a Matt apuntándole con una pistola y estaba amordazado. Sonrió porque estaba furioso.

—¡Sal de una vez, puta! —Volvieron a disparar a la puerta que estaba cerrándose de nuevo.

Cogió el espejito de mano que tenía sobre el mueble a su lado y lo movió para ver el espejo del salón. Desde allí pudo ver el cañón de una pistola cerca de la puerta del baño justo detrás de ella. Serían gilipollas.

Apuntó a la pared y disparó dos veces. Se acercó a la puerta y el hombre que tenía a Matt gritó apuntándola, pero el cuerpo de su compañero cayó ante ella y Patricia sujetándole por la espalda de la chaqueta, se cubrió con él antes de apuntar al tipo que ya estaba disparando. Un tiro en la frente le hizo abrir la boca sorprendido antes de caer hacia atrás. Ella hizo una mueca viendo en los ojos grises de Matt que estaba cabreadísimo. Empujó al que tenía delante y le disparó en la cabeza antes de acercarse. —Cielo, ¿estás bien?

—¡Mmm! —gritó antes de mirar al tipo del suelo y pegarle una patada

en el estómago.

—¿A qué restaurante has pedido la comida?

Él entrecerró los ojos. —Mmmmma.

Descalza pasó sobre el tipo que acababa de liquidar y sin perder la sonrisa se acercó a su hombre, que se volvió para mostrar unas esposas. Chasqueó la lengua. —Esto se abre con solo mirarlo. ¿Es que te lo tengo que enseñar todo? Mira, ven. —Tiró de su brazo hasta sentarlo en la silla del salón y le puso los brazos a ambos lados del respaldo de la silla. Ella se volvió dejando la enorme pistola ante él. Matt la miró atónito. —Ahora tira de las muñecas con fuerza.

Se cruzó de brazos y él gritó —¡Mmmmemm!

—Cariño, es una lección que no te vendrá mal. Nunca te acostarás sin saber una cosa más. Ahora tira de ellas con fuerza.

Él lo hizo de pura frustración y asombrado escuchó el click.

—Muy bien... —Volvió a coger la pistola y se acercó al cadáver que estaba al lado del baño mientras Matt miraba la esposa colgada de una de sus muñecas. Reaccionando se quitó la mordaza. —Cielo ayúdame a darle la vuelta, ¿quieres?

—¿Qué coño haces? ¡Hay que llamar a la policía!

—No te preocupes. Yo me encargo de todo.

—¡Esa frase empieza a ponerme de los nervios! ¿De dónde has sacado esa pistola?

—A que te gusta, ¿eh? Si te portas bien, te la regalo.

La miró como si le hubieran salido dos cabezas y se agachó a su lado. —¿De qué va esto, nena? ¿De drogas?

—¡Qué va! ¿Me ayudas?

Él miró al tipo y le dio la vuelta mostrando que tenía dos tiros en el pecho. —Le mataste en el acto, ¿verdad?

—Claro. No podía dejar que te matara. El otro no te iba a matar, porque eras su seguro. —Cogió la solapa del traje de calidad que llevaba y la apartó mostrando la etiqueta interior. —Un traje hecho en Londres. —Palpó y sacó su cartera. Dejó la pistola en el suelo para empezar a sacar carnés. —Falso,

falso, falso.

—¿Cómo lo sabes?

—Práctica.

—¡Nena, esto no me gusta! ¿Qué está pasando?

—Tranquilo.

—¡Se habrán escuchado los disparos! ¡Volverás a chirona!

—¿Quieres tranquilizarte? Te va a subir la tensión. —Miró a la cara al tipo mientras Matt la observaba como si no la conociera. Ella se levantó y fue hasta el otro inspeccionándolo de arriba abajo. —Cielo, ¿le quitas los zapatos?

—¿Los zapatos?

—Con uno me vale. —Se acarició el vientre. —Uff, qué hambre. ¿Has pedido algo?

—¡No me ha dado tiempo!

—Vale... Estás de lo más gruñón.

—¡Nena, acabas de matar a dos hombres y estás ahí como si nada!

—Bueno, ya sabes lo que es. Son cosas que pasan.

—Cosas que pasan.

—Sí. —Se encogió de hombros. —Tú me comprendes.

—¿Y esto te ha pasado mucho?

—No...

—¡No me mientas!

—¡Que no! ¡Mi trabajo es muy seguro! —Se mordió el labio inferior pensando. —Algo se me escapa.

—¡Sí! ¡Se te ha escapado que vas a volver a chirona!

—¿Qué querías que hiciera? ¿Dejar que nos mataran?

Él gruñó agachándose y desatando el zapato del otro. Se lo sacó y se lo mostró. —Es muy caro. Italiano —dijo él—. Cuatro mil pavos, pero te duran toda la vida y no pasan de moda.

—Sí... —Miró el cadáver y se agachó cogiendo la pistola. —Sin embargo, lleva una Taurus.

—¿Qué me estás diciendo?

—Que no son del país. Consiguieron las armas aquí. Seguro que las compraron con uno de esos carnés falsos. Un arma limpia que no llevaría a ningún sitio porque la identidad no existe.

—Son asesinos a sueldo.

Asintió volviéndose y sentándose en el sofá mirándoles. —Nena, vístete que nos largamos del país. Tengo bastante dinero como para olvidarnos de todo.

—Cielo, tenemos que averiguar qué es lo que quieren.

—¡Igual si no les hubieras matado! La policía estará de camino.

—Que no. Mi piso está insonorizado. Relájate. ¿Cómo han entrado? — Miró hacia la puerta y vio que estaba sin forzar. —¿Les has abierto la puerta? —preguntó asombrada mirándole a los ojos.

—¡Dijeron que eran de la policía!

—¿Cómo sabían que estaba aquí? —Miró a su alrededor. —¿Siguieron a mi abogado y les atraje hasta mi piso?

—¡Vístete que nos largamos!

Negó con la cabeza. —Uff, si tengo hambre no puedo pensar. Ve a buscar algo de comer al restaurante de la esquina, ¿quieres?

—¡Estás chiflada! ¡Tienes dos cadáveres en medio de la casa!

—Menos mal que tengo el piso insonorizado, porque sino serías un cómplice pésimo que ya hubiera alarmado a medio vecindario.

Exasperado se llevó las manos a la cabeza y al ver la esposa colgando se volvió furioso. —¡Vístete o te visto yo!

—¡La niña tiene hambre!

Él la miró impotente antes de caminar hacia la puerta con ganas de matar a alguien. Salió dando un portazo y Patricia susurró —Espero que vuelva. No puedo cargar con ellos yo sola.

Estuvo unos minutos allí sentada mirando a aquellos tipos. Eran

profesionales, pero no agentes. Alguien les había contratado para quitarla del medio, lo que indicaba que su jefe no tenía nada que ver en el asunto, porque con enviar a un agente de campo ella no hubiera tenido ninguna posibilidad. Ella había recibido el mismo adiestramiento que los demás, pero sus misiones solían ser tranquilas como la que acababa de realizar en la cárcel. Su fama como hacker la ayudaba a infiltrarse y nunca sospechaban de ella. Y su jefe le había dado carta blanca desde el principio, pues su fachada era parte importante para realizar las misiones. Además, se había infiltrado por última vez y ellos estaban de acuerdo. Después de exponerse tanto públicamente, ya no sería necesaria excepto para arreglar desastres en las bases de datos del gobierno. No, aun la necesitaban y no se desharían de ella. Y aun menos así. Con dos asesinos a sueldo.

Había destapado varias organizaciones criminales, pero no enviarían a alguien así. No. Eso era un encargo personal. Alguien que tenía mucho dinero y quería quitarla del medio por algo. Sus clientes privados eran los máximos sospechosos. Y era algo importante para que dieran un paso así. Debían creer que sabía algo que no podía salir a la luz. Miró sus ordenadores y se preguntó quién sería. Tenía que ser reciente porque sino la hubieran intentado matar antes. Pero hacía tres meses que no trabajaba por la exposición mediática. ¿Por qué ahora?

Entonces sonó un móvil al lado del cadáver cerca del baño y sonrió divertida. —No puede ser tan fácil.

Se levantó a toda prisa y le volvió con esfuerzo para sacar del bolsillo trasero del pantalón un móvil prepago. Al mirar la pantalla vio un número larguísimo que indicaba que era una extensión de una oficina. Descolgó sin decir palabra y se enderezó entrecerrando los ojos mientras escuchaba atentamente. —Sé que no debo llamar, pero quiero que se aseguren de que está muerto, ¿me oye? —dijo la voz de un hombre muy nervioso—. Necesito que no haya dudas y que finjan un accidente para cobrar el seguro. En cuanto me llamen de la policía, tendrán el ingreso. Ya está todo preparado. ¿Cuándo lo van a hacer? ¿Debo buscarme una coartada? Mejor háganlo de noche que estoy con mi mujer en casa.

La puerta se abrió y disimulando que quería matar a alguien, colgó el teléfono antes de sonreír a Matt que estaba de lo más preocupado. Y ella pensando que todo aquello tenía que ver con su trabajo. Iba a matar a ese cabrón.

Ocultando el teléfono en la espalda sonrió. —Cariño, ¿qué me traes?

Matt cerró la puerta mirándola con desconfianza. —Hamburguesa con queso y patatas fritas.

—Cómo me conoces.

Cuando él fue hasta la cocina, tiró el móvil sobre la alfombra y lo apartó con el pie para meterlo bajo el sofá. Se acercó a él y le cogió por la cintura abrazándole por la espalda. —¿Estás enfadado?

—¡Estoy preocupado! ¡Por Dios! —Señaló el salón. —¿Has visto eso, nena?

—Sí. —Hizo una mueca. —¿Ahora dónde les metemos? —Cogió una patata frita y se la metió en la boca asombrándole. —Es un problema.

—¿Dónde vas a meterlos?

—Ya lo sé. Les tiramos por la ventana y los dejamos en la calle. —Miró hacia los ventanales y asintió. —Sí, eso vamos a hacer. Así pillarán el mensaje.

—¿Quiénes?

—Quienes les hayan enviado.

Nervioso se pasó la mano por el cabello. —Vamos a ver, Patricia. ¡Me estás poniendo de muy mala leche! ¿Qué clase de mujer tiene una pistola en el baño y dispara como si fuera un agente secreto, para después quedarse tan tranquila comiendo patatas fritas?

Ella levantó una ceja y él perdió todo el color de la cara. —¡Eres hacker!

—En parte.

—Madre mía. ¡Y ahora quieren liquidarte a ti!

—Seguro que es un error. Estoy retirada.

—¡Pues está claro que quieren retirarte del todo! —le gritó a la cara.

—Que no... Están muy contentos conmigo.

Matt entrecerró los ojos. —¡Ahora lo entiendo! Tenías que entrar en prisión, ¿verdad? ¡Estabas en una misión y cuando terminaste, te sacaron! ¡Por eso lo de las disculpas públicas! ¡Me utilizaste!

—Cielo... —Le abrazó por la cintura mirando sus ojos. —Eres predecible. Sabía que lo harías. Maté dos pajarracos de un tiro.

—¡Para que me sintiera culpable!

—No. —Negó con la cabeza. —Para que te dieras cuenta de que yo soy lo primero y te dejaras de venganzas tontas que no ibas a ganar.

—¿El gobierno sabe que te dedicas a extorsionar a gilipollas como yo? ¿O soy otra misión?

Sonrió con picardía. —Me permiten ciertas libertades.

—¡Hacen la vista gorda porque te necesitan! ¿Y cuando haya alguien mejor que tú?

—Me he retirado. Eso se acabó. —No hacía falta decirle que la llamarían cuando hubiera algún problema informático. Estaba algo pálido.

Se apartó molesto y ella hizo un mohín. —¿Y esos?

—No debes preocuparte. Ese asunto está liquidado. —Reprimió la risa y cogió su hamburguesa dándole un buen mordisco. —¿Lo pillas? —Soltó una risita con la boca llena.

—¡Muy graciosa! ¡No quiero que mi mujer ande por ahí pegando tiros! ¡Y menos embarazada de mi hijo! —Entrecerró los ojos. —¿Es una niña?

—Si me hubieras llamado en esos meses... —dijo con rencor.

—El imbécil de tu abogado me dijo...

—Sí, ya, ya. —Dio otro mordisco. —Tendremos que esperar hasta la noche para tirarles por la ventana.

—¡Vamos a llamar a la policía! Ha sido en defensa propia.

—Cariño, puede que eso te valiera a ti, pero a mí después de acabar de salir de la cárcel, me hunde la reputación. Mejor dejar a la policía fuera de esto. Quiero seguir trabajando.

—¿Para qué? ¿Para seguir extorsionando incautos?

—No, solo a morenos descarados que meten la pata cada vez que abren la boca. —Dio otro mordisco mirándole enfurruñada. Siempre tenía que salirse con la suya y aun debía estar cabreada con él. —¡Y después de enchironarme, lo menos que podías hacer es demostrar que me quieres apoyándome!

—¡Esto es el colmo! ¡Me acabas de confesar que me utilizaste!

—¡Lo hice para que me demostraras que me querías, pero no te echaste atrás incluso destruyendo tu imagen! ¡Ahora la de los dos está muy tocada! Deberías avergonzarte.

—¡Yo! Me robas, me mientes, me manipulas y... —Miró a su alrededor. —¿Y soy yo el que tengo que avergonzarme?

—No tergiverses las cosas. —Le señaló con el dedo. —Tú me insultaste en el restaurante, tú me tendiste trampas para enchironarme y tú me llevaste a la cárcel después de borrar tu pasado. ¡Esto no tiene nada que ver! —Matt entrecerró los ojos respirando hondo hinchando las aletas de su nariz. —¡Y me tienes muy enfadada!

—¡Eso ya me lo has dicho! ¡Ahora ve a vestirme!

Parpadeó asombrada. —¿Para qué?

—¡Para largarnos del país ahora que podemos!

Ella gruñó mordiendo el puñado de patatas fritas que tenía en la mano y él se acercó demostrando que estaba muy preocupado. —¡Nena, tenemos que irnos porque temo que des a luz en prisión y que salgas cuando la niña te haya hecho abuela!

—Nada de novios hasta los dieciséis —dijo con la boca llena.

Matt puso los ojos en blanco y fue hasta la nevera para sacar una cerveza. Seguro que necesitaba algo más fuerte, pero no podía consentir que se emborrachara. Le necesitaba para tirar los cuerpos por la ventana.

—Cielo, deberías ir a buscar lejía. Por si me registran la casa otra vez. El luminol es una faena. Pilla cualquier gotita de sangre. ¿Tú cómo limpias?

Bebió media cerveza de un trago y cuando la dejó sobre la encimera preguntó —Vendrán más, ¿verdad? Estás en peligro.

La enterneció que se preocupara por ella y le abrazó por el cuello. — No, cielo. No vendrán más. Te lo prometo.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque esto lo voy a solucionar. —Le besó suavemente en los labios. —Te lo prometo.

Le acarició la espalda y le quitó la toalla de la cabeza dejando caer su

cabello negro. —¿Te vas a poner en peligro?

—Cielo, esto está chupado.

—Me estás ocultando algo. —Le besó el labio inferior. —Cuéntamelo, preciosa. Quiero saber lo que ocurre.

—Confía en mí.

—¿Esta es otra prueba? ¿Tengo que tirar a esos tíos por la ventana para que tenga tu confianza?

—No, vas a tirar esos tíos por la ventana porque me quieres. Y yo terminaré esto porque te quiero a ti y así viviremos tranquilos.

—¡Ni de broma voy a dejar a mi mujer por ahí haciendo Dios sabe qué!
—le gritó a la cara—. ¡Y te confisco las pistolas!

—No sabes dónde las tengo. —Se volvió para ir hacia el baño de nuevo y frunció el ceño al ver los disparos en la puerta. —Cariño, ¿puedes ir a comprar masilla reparadora de madera y pared? Ah, y pintura blanca. Si la policía ve los tiros, se va a mosquear.

—Me cago en...

Se volvió fulminándole con la mirada. —¡Y no te olvides de la lejía!

—¡Patricia! ¡Cuando esto termine, nos vamos!

—Sí, cielo —dijo insinuando que ni de broma.

Cuando se vistió con unos leggins y una camiseta de tirantes, se cepilló el cabello tranquilamente. En cuanto Matt regresó, apilaron los cadáveres uno sobre el otro y él tapó los agujeros con la masilla. En el salón no hubo problema porque estaba pintado de blanco y apenas se notaba, pero en el baño la pintura era verde agua, así que ella cogió sombra de ojos de ese color y la mojó con agua pintando la masilla blanca con la sombra. Matt suspiró de alivio al ver el resultado. —Cariño, tienes que relajarte.

—Me va a dar un infarto.

—Ya casi hemos terminado. Vamos a limpiar el suelo.

Él iba a ponerse a limpiar con su carísimo traje puesto y ella negó con la cabeza. —Quítatelo. Si salta la lejía sobre la ropa...

—Tú lo que quieres es verme desnudo.

—Cariño, tienes el grifo cerrado hasta nueva orden. ¿Recuerdas? Aún estoy cabreada. —Él empezó a desabrocharse la camisa y Patricia gruñó cuando vio el vello negro de sus pectorales. —Te odio.

Matt se echó a reír. —Me parece increíble que me ría en un momento así.

Pues cuando se enterará de todo, iba a flipar. Disimulando se arrodilló y estiró los guantes antes de empezar a limpiar la sangre del suelo. —Joder, eso es asqueroso.

—¿Me vas a ayudar o no?

Él se quitó los pantalones y se puso los guantes. Al verle en calzoncillos, con los guantes puestos y de rodillas a su lado, a Patricia le entró la risa. —Tienes una pinta...

—Muy graciosa. —Miró hacia las ventanas. —Está oscureciendo.

—En seis horas ya podemos tirarles. No pasará nadie por la calle sobre las tres de la mañana.

—Sabrán que se les ha tirado de una ventana.

—Pues no. Porque este edificio tiene una azotea que tiene la puerta con la cerradura forzada y encontrarán una navaja con cocaína allí. Por cierto, tienes que ir a comprar.

—¿Y para qué si puede saberse?

—Ha sido un tema de drogas que se ha complicado. ¿Tengo que explicártelo todo?

—¿Y dónde la compro?

—¡En la discoteca del final de la calle!

—¿Y cuando vean que la documentación es falsa?

—¡No les voy a tirar con la documentación, Matt! ¡La quemaremos en la chimenea!

Matt entrecerró los ojos. —Eso puede dejar huellas.

—Huellas va a haber cómo no sigas limpiando. ¡Y debes ser concienzudo, así que frota!

Tirar un cuerpo muerto por el ventanal no fue tan fácil. Matt no quería

que cogiera pesos y tuvo que hacer un esfuerzo enorme para tirarlos sin que rozaran las paredes. Ella cerró la ventana y le dijo —No enciendas las luces. Ve a ducharte mientras yo limpio donde estaban apilados.

La cogió por la nuca y la besó apasionadamente. Cuando se apartó medio atontada vio cómo iba hacia el baño cuidando de no tocar ninguna superficie.

Ella miró a su alrededor. Jamás había tenido el piso tan limpio. Corrió hasta la mancha que quedaba y la limpió a toda prisa. Para asegurarse echó lejía por encima para volver a frotar. Estaba tirando el agua por el wáter cuando Matt salió de la ducha.

—Sécate el cabello con el secador —dijo ella echando lejía en el wáter después para limpiar los restos. Metió las bayetas y los guantes en una bolsa de congelados y abrió la taza del wáter sorprendiéndole cuando vio allí otra pistola—. Es práctica.

—Ya veo.

Se quitó la ropa y la metió en la bolsa. —Nena...

—Lo sé. Mañana me desharé de ella con los guantes. No te preocupes, no registrarán la casa esta noche.

—Huele demasiado a lejía.

—Eso lo soluciono ahora. —Se recogió el cabello y se metió en la ducha frotándose el cuerpo a toda prisa. Más que nada para quitar el olor de la lejía. Cuando salió, le dijo —Métete en la cama y revuélvela.

—El olor...

—¡Ya voy!

En ese momento vieron por la ventana las luces de la policía. Desnuda corrió hasta el salón y cogió el encendedor antes de empezar a encender velas aromáticas.

Matt desde la cama gimió. —No las soporto. Ese olor dulzón me revuelve el estómago.

—Cariño, tendrás que aguantar un rato.

Desnuda se metió en la cama y se miraron a los ojos. Preguntó preocupado —¿Se nos olvida algo?

—No. Has subido la navaja que has comprado al otro lado de la ciudad en un chino y has ido en metro. Estaba manchada con la cocaína y no tiene huellas tuyas sino de ellos. Has pisado con sus zapatos al borde de la azotea. Eso les despistará. —Le acarició el cuello. —Y nosotros no hemos oído nada porque estamos de reconciliación. Eso sí que será un pelotazo como se entere la prensa. —La miró de tal manera que le cortó la respiración. Como si la amara por encima de todo y cuando la abrazó a él susurró —No te preocupes más. No nos pasará nada. No lo permitirías.

Él se echó a reír. —Nena, no sé cómo puedes confiar en mí después de lo que he hecho.

—Porque me quieres y ya te has dado cuenta. —Se apartó para besarle y Matt gimió cuando le acarició con la lengua. Se estremecieron de necesidad y Patricia enterró los dedos en su cabello necesitando sentirle. Matt bajó la mano por la espalda hasta su trasero. Su tacto era lo mejor del mundo y apartó su boca cerrando los ojos de placer cuando su mano llegó a su muslo acariciándoselo hasta el interior de la rodilla.

—Nena, cómo te he echado de menos —susurró antes de besar su cuello y de bajar sus labios por el valle de sus pechos tumbándola de espaldas. Ella apretó las manos en su pelo tirando de él hacia abajo y Matt rió sobre su piel estremeciéndola. —Nena, me vas a dejar calvo.

—¡Empieza ya! —dijo exasperada haciéndole reír más fuerte.

Gritó sorprendida cuando le lamió un pezón y se retorció cuando acarició su pecho, elevándolo antes de meterse el pezón en la boca de nuevo y mordisquearlo ligeramente torturándola de placer. Él apartó las sábanas y acarició su vientre posesivo cuando llamaron a la puerta con fuertes golpes.

—¡La madre que les parió! —dijo furiosa. Levantó un dedo—. No te muevas, cielo. No pierdas el ánimo. Salió de la cama corriendo mientras él reía y se puso la bata de seda blanca que tenía preparada. Corrió hacia la puerta y la abrió furiosa. —¿Qué?

Los policías vestidos de paisano se miraron antes de mirarla de nuevo. —Disculpe señora...

—¡Abrevie, hombre! Que mi hombre espera...

Los policías giraron la cabeza para ver a Matt levantándose de la cama como Dios lo trajo al mundo y ponerse los calzoncillos.

—¡Cielo! —protestó ella.

—¿Ocurre algo, agentes?

Matt se acercó hasta colocarse tras ella y Patricia les miró como si quisiera matarlos. Carraspearon antes de decir —Pues pasábamos por aquí para preguntarles si han escuchado algo extraño en el edificio.

—Mi piso está insonorizado —dijo con mala leche cruzándose de brazos—. Lo hice para evitar escuchar las discusiones de los vecinos de al lado. Menos mal que me di cuenta cuando estaba haciendo la obra porque...

—Nena, déjales hablar. —Le acarició los hombros calmándola.

—De verdad que sentimos interrumpirlos, pero es que han aparecido dos cuerpos en la calle.

—¿Dos cuerpos de qué? —dijo ella confundida.

—Dos cadáveres, señora.

Ella jadeó asustada. —¿Habla de personas muertas?

—Cielo, vuelve a la cama —dijo Matt preocupado—. Agentes, mi mujer está embarazada.

—Siento molestarles, de veras, pero si han escuchado algo...

Matt negó con la cabeza. —Como les ha dicho ella, el piso está insonorizado —dijo preocupado mirando a Patricia de reojo que todavía parecía atónita—. ¿Debemos preocuparnos? Tengo un piso en la Quinta. ¿Debo llevarme a mi mujer de aquí? Si no está segura...

—Todavía no sabemos lo que ha ocurrido. No deben alarmarse.

—Cariño, ¿ha dicho dos? —dijo simulando ser una pobre desvalida. Matt la abrazó a él.

—Nena, han dicho que no saben nada.

Uno de los policías frunció el ceño mirándoles. —¡Son los de la tele! ¡La hacker y el empresario!

Matt carraspeó mirándola de reojo. —Sí, somos nosotros.

Sonrieron de oreja a oreja. —Me alegro de que todo saliera bien. Veo que se han reconciliado.

—Mi mujer me ha perdonado que desconfiara de ella. Intentamos

superarlo.

Patricia le abrazó. —Cariño...

La besó en la frente. —¿Algo más en lo que podamos ayudar?

—La azotea. ¿Pueden decirme si la puerta siempre está cerrada?

—Esa cerradura siempre ha estado rota, al menos desde que yo me mudé. Se lo hemos dicho al administrador mil veces, pero nunca nos ha hecho caso.

—Gracias, si los detectives que lleven la investigación tienen más preguntas...

—Pueden venir cuando quieran. —Matt cerró la puerta cuando se alejaron y la miró levantando una ceja. —La cerradura la rompiste tú, ¿verdad?

—Necesitaba una ruta de escape y la azotea da al edificio de al lado.

—Me acabo de dar cuenta de una cosa.

—¿Si, cielo? —Se quitó la bata entrando en la cama.

—Si les dispararon en la azotea como no hay sangre arriba.

—Y no sólo eso. ¿Han muerto hace horas y caen ahora?

Él se pasó una mano por la frente jurando por lo bajo. —Nos vamos.

—No, cielo. No tienen pruebas de nada. Uno de los cientos de casos que tienen sin resolver. Mañana habrá otro del que sí tengan una pista y se tirarán a por él para resolverlo y no quedar mal. En una semana no se acordará nadie de dos cadáveres indocumentados que no reclaman.

—¿Y si me ha visto alguien al subir?

—Este es el edificio más alto de la manzana. No te pueden haber visto, salvo desde un helicóptero y nadie se fijaría en un hombre en una azotea desde el aire.

—¿Por qué te empeñas en quedarte?

Le miró a los ojos. —Porque has luchado como nadie para llegar hasta donde estás y la vida de fugitivo de la justicia no te gustaría nada. —Matt apretó los labios. —Por eso tu hermana guarda ese dinero, ¿verdad? Por si pasa algo así.

Pareció sorprendido. —¿Lo sabías?

—Cariño no controlas tus venganzas, pero no eres un asesino. Nunca matarías a alguien a propósito. Y yo lo sé todo.

—Me ha pasado antes... —Se sentó a su lado y le acarició la nuca. —Y mira lo que te hice a ti.

—¿Crees que te tengo miedo? —Le atrajo hacia ella con amor. —Ven que te demuestre lo que te temo.

—Joder, nena. Cada minuto te quiero más.

—Lo mismo digo —susurró contra sus labios.

Capítulo 7

Al día siguiente le dijo que fuera a trabajar. Matt no quería dejarla sola por si volvía la policía, pero ella le dijo que iría de compras para no estar en casa. Además, quería pedir cita en el ginecólogo.

Se fue a regañadientes a su casa para cambiarse de ropa. Ella limpió su loft de nuevo y estuvo un rato ante el ordenador. Su móvil tenía tantas llamadas perdidas que ni se molestó en contestar. Solo llamó a su hermano Jareth para decirle que estaba bien.

—Todo este asunto tiene revolucionado al FBI. No se explican lo que ha ocurrido —dijo él que era de la agencia desde que salió de la universidad—. ¿Me estás ocultando algo?

—No. Precisaban de mi ayuda para solucionar un problemilla y me necesitaban fuera.

Su hermano se echó a reír. —Eres un caso. Ten cuidado o la próxima vez puede que sí termines en una celda y puede que no interese sacarte.

Eso lo sabía de sobra. —De momento todo va bien. Diles a los demás que no se preocupen.

—Ya están curados de espantos contigo.

—Esto se ha terminado. O casi.

—¿De verdad? —Parecía aliviado y ella sonrió con cariño.

—De verdad. Solo empresas privadas.

—Me acabas de dar la alegría de mi vida. Cielo, no puedes seguir así.

—Lo sé. Además, viene la niña y todo ha cambiado. Por cierto, vete preparando el traje.

—¿Para el bautizo? Quedan unos meses.

—Para la boda.

Eso sí que debió dejarle de piedra. —Será una broma.

—Está muy arrepentido. —Se echó a reír. —No sabes cuánto.

—¡Más le vale! —gritó su hermano al otro lado del teléfono—. ¡Porque como no sea así, le corto las pelotas!

—Os aviso en cuanto lo haya ultimado todo.

—Cuídate.

—Te quiero. —Su hermano se quedó callado al otro lado de la línea y le escuchó suspirar. No eran muy dados a demostrar sus sentimientos, pero ella esperaba que le respondiera. —Te llamo, ¿vale? —dijo rápidamente.

—Patricia...

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Dime.

—Sé que no hemos estado demasiado apegados. Naciste cuando nosotros ya no estábamos en casa haciendo nuestra vida y sé que te has sentido algo sola. —Una lágrima cayó por su mejilla. —Pero quiero que sepas que te queremos y nos preocupamos por ti.

—Lo sé.

—¡Por eso le vas a decir a ese novio tuyo, que como vuelva a hacerlo, le voy a dejar la cara como un mapa! —exclamó antes de colgar.

Sonrió moviendo la cabeza de un lado a otro divertida. Volvió la silla para mirar su apartamento y suspiró. Había pasado unos años estupendos allí, pero había llegado la hora de buscar otra cosa.

Vestida con una blusa de seda amarillo mostaza y unos pantalones negros de pinzas, salió del taxi apartando su larga melena negra y pagando al taxista, disimuló mirando a su alrededor antes de entrar en la consulta del médico. Subió en el ascensor hasta el tercer piso y empujó las puertas de cristal. Sonrió a la recepcionista y se acercó hasta ella. —Buenos días.

—Buenos días, señora. ¿En qué puedo ayudarla? ¿Tiene cita?

—No. Pero necesito ver a mi cuñado de inmediato. Es una duda del embarazo que me tiene que resolver —dijo acariciándose el vientre.

—¿Su cuñado? —Confundida miró sus ojos negros. —¿De qué médico?

—Oh, de Steven Marshall. Soy Patricia Hutton. Usted no me conoce porque es nueva, pero yo me encargué del sistema informático.

La chica abrió los ojos como platos. —Sí, me han hablado de usted.

—No lo dudaba. —Apoyó el codo en la recepción. —¿Puede decirle a Steven que necesito verle? Ahora.

—Sí, por supuesto. ¿Por qué no se sienta? Enseguida la paso.

Se volvió para ver a cuatro mujeres muy atractivas sentadas en la sala de espera. —¿Todas vienen a ver a Steven?

La recepcionista hizo una mueca. —Sí, es quien tiene más pacientes de la consulta.

—¿No me diga? —dijo irónica antes de alejarse. Se sentó al lado de una pelirroja muy atractiva y sonrió abiertamente—. Buenos días.

—Buenos días.

Cogió una revista y sonrió a las demás. —Que buen día hace, ¿verdad? Es una pena que empiece el otoño.

—Yo lo estaba deseando —dijo la rubia que tenía delante—. Este año el verano ha sido asfixiante.

—Le decía a mi cuñado Steven, cuando estábamos en los Hamptons, que era un alivio estar cerca del mar.

—Así que el doctor es su cuñado —dijo la de al lado mirándola de reojo.

Ella sonrió porque ya habían picado. —Oh, sí. Su esposa que es la hermana de mi novio, está casada con él y tienen un bebé precioso.

La rubia de enfrente palideció. —No sabía que estaba casado.

—¿No? —Se encogió de hombros pasando las hojas de la revista antes de tirarla sobre la mesa y mirarla a los ojos fríamente. —Pues ya lo sabes.

La rubia se revolvió incómoda y apenas dos segundos después se

levantó, saliendo de allí a toda prisa sin despedirse siquiera. La pelirroja la miró de reojo. —Al parecer vas dejando las cosas claras.

Giró la cabeza para mirarla fijamente. —¿Tú sabías que estaba casado?

—No tengo ese interés.

—Me alegro.

La que estaba enfrente escuchando sin abrir la boca, apretaba el bolso de manera sospechosa y ella la miró bien. Suspiró mirando sus ojos color miel y se tocó el costado. —¿Saben dónde está aquí el lavabo?

La de enfrente, que estaba realmente nerviosa, miró a un lado. —Allí.

Se levantó. —¿Puede mostrármelo, por favor?

—Le he dicho que está allí.

Se giró ligeramente antes de volverse y pegarle un fuerte puñetazo en la cara. La chica cayó hacia atrás perdiendo el sentido y se deslizó lentamente del sofá de cuero donde estaba sentada hasta caer al suelo.

La pelirroja abrió los ojos como platos. —Vaya, sí que dejas las cosas claras.

En ese momento entró la recepcionista, que chilló acercándose corriendo hacia la mujer.

—Tú, llama a la policía.

—¿Qué?

—¡Que llames a la policía! —Arrodilló una pierna al lado de aquella tía mientras la de recepción corría hasta el teléfono. Patricia le quitó el bolso que tenía en las manos para abrirlo y sacar una pistola.

—La leche. —La pelirroja se acercó para verla. —¿Iba armada?

—Hay que ser idiota. —Cerró el bolso y se incorporó antes de volverse a la recepcionista que hablaba al teléfono alterada. —Quebrantamiento de orden de alejamiento.

La chica lo repitió y pudo ver como Steven llegaba por el pasillo, quedándose atónito al verla y al ver a la mujer que había en el suelo.

—¡Steven! —Sonrió radiante. —¿Cómo te va?

—¿Qué ha pasado aquí?

—¿Recuerdas a tu enfermera? Suerte has tenido de que me pasara por aquí. Porque iba a liquidarte. ¿A que te alegras de verme?

No salía de su asombro y dio un paso hacia la mujer. —¿Clare?

—He tenido que dejarla fuera de combate. —Se acarició su vientre. — Estoy embarazada y no me gusta correr riesgos.

La pelirroja soltó una risita. —Cada segundo me caes mejor.

—Gracias. Tú a mí también. Patricia Hutton —dijo alargando la mano.

—Marisa Parker. Pero no hace falta que te presentes. Te conoce medio país.

—Pero me falta el otro medio.

Marisa se echó a reír y miró hacia Steven que no se reía en absoluto. La pelirroja carraspeó antes de sentarse de nuevo. La recepcionista se acercó preocupada. —¿Debo hacer algo?

—No. Ya se encargará la policía. —Sonrió radiante a su cuñado. — Cómo me alegro de verte. ¿Y tú a mí?

No, él no parecía contento en absoluto. Se acercó a su cuñado. — Vamos a hablar un rato tú y yo.

—¿Ahora? Tengo que denunciar a esta chiflada.

—Esa chiflada es el menor de tus problemas. —Levantó una ceja. — No me hagas perder el tiempo, Steven. Sabes que cuando me enfado, puedo ser muy rencorosa.

Perdió color de la cara y caminó por el pasillo sin esperarla siquiera. — Vaya humos —dijo Marisa indignada—. Encima que le salvas la vida.

—Es un niño grande. Si se despierta antes de que llegue la poli, arréala de nuevo.

—Hecho.

Caminó tras él hasta su consulta y cerró la puerta con pestillo para verle muy nervioso caminando de un lado a otro. —¿Qué has hecho, Steven?

—No sé de qué hablas.

Ella negó con la cabeza acercándose. —Te acabo de decir que no me cabrees. —Sacó el arma que tenía a la espalda y le apuntó a la cara

haciéndole palidecer dando un paso a atrás y chocando con su escritorio. — Mira que intentar matar a Matt. ¿No tienes huevos para hacerlo tú y contratas a alguien? Sabes lo que ocurriría si se supiera, ¿verdad?

—Me mataría.

—Exacto. Mi cielito te despedazaría sin pensar en las consecuencias y yo quiero que el padre de mi hija viva a mi lado. —Se acercó y él muerto de miedo se alejó todo lo que pudo tirando los expedientes que tenía sobre la mesa. —¿Querías el dinero?

—¡Setenta millones! ¡Tenemos para los dos! ¡Tú querías estar conmigo primero!

—Pero he encontrado algo mejor. Mucho mejor que tú. Y no tengo por qué repartir, porque es todo mío. —Él se dio cuenta de su estupidez y ella se echó a reír. —Y no lo digo a la ligera. —Sus ojos brillaron. —Esta misma mañana he transferido todo el dinero. Si a Matt le ocurre algo en el futuro, tú nunca recibirías nada o su hermana en ese caso.

—¡Putas! ¡Quieres quedarte con todo!

—Ya lo tengo todo. —Se acercó a él y le puso la pistola en la sien. Perdiendo la sonrisa dijo con rabia mientras él temblaba de miedo —Te aconsejo que te separes. Será duro para tu esposa, pero lo superará. Mejor alejada de ti, que vivir con una rata como tú que solo la engaña. Dirás que lo vuestro no funciona y te irás de la ciudad después de firmar un divorcio rápido.

—¡Elisa me ama!

—Puede, pero eso es porque no te conoce, ¿verdad? —Sonrió maliciosa. —¿Quieres que hable con ella y te lo quite todo? No dudes que tengo pruebas de tus meteduras de pata y hay dos cadáveres en el depósito que demuestran que estás de mierda hasta el cuello. —Steven perdió todo el color de la cara. —Vuelve a acercarte a nosotros, aunque sea por casualidad, y te juro que será la última vez que respires.

—Matt no quiere que Elisa sufra.

—Déjame a Matt a mí y tú ocúpate de lo tuyo, que ya tienes bastante.

Se apartó guardando el arma en la espalda dando un paso atrás. — Ahora sal, que ya estará la policía y estarán arrestando a esa mujer a la que le

has destrozado la vida.

—Hija de puta. No te vas a librar de mí tan fácilmente. Le haré la vida imposible a Elisa.

Ella negó con la cabeza y sonrió con tristeza. —No deberías haber dicho eso.

—¡Me iré! —gritó acorralado.

—Te lo advierto. Que se quede viuda es mucho más rápido.

Apretó los puños rabioso y ella sabía que si pudiera la golpearía hasta matarla. Temió por Elisa y susurró —Tócale un cabello a tu esposa y te destripo vivo. Si he matado a dos sicarios, imagínate lo que te podría hacer a ti. Y recuerda que yo no paso mucho tiempo en la cárcel.

Salió del despacho y se acercó a los policías acariciándose el vientre. Hablaban con la recepcionista mientras esposaban a la mujer que lloraba desgarrada. Le dio pena porque seguro que Steven la había utilizado todo lo que había querido hasta dejarla en ese estado. Habló con los agentes explicando lo que había ocurrido y le pidieron que fuera a declarar a comisaría. Marisa también fue y después se tomaron un café en una cafetería.

—Al final no has podido ir al médico. Te aconsejo que te busques a otro.

—Eso pensaba hacer. Me da mala espina. —La miró con sus preciosos ojos azules que mostraban que era muy inteligente. —Le has librado de una buena. Me pregunto si su mujer sabe todo lo que le rodea. Es obvio que tiene varias amantes.

—Lo sabe, pero se hace la tonta, ¿no crees?

—¿No lo sabes?

—No la conozco. Pero si mi hombre me la pegara, lo sabría.

Marisa se echó a reír. —No lo dudo. Debes saber todo lo que ocurre a tu alrededor.

—Marisa, vete al grano. ¿Qué quieres saber?

Se mordió el labio inferior mirando a su alrededor. —Sé que puedes llegar a cualquier sitio.

—Mientras sea legal.

Su nueva amiga se sonrojó. —Creo que mi marido tiene una amante. Iba a contratar un detective, pero tú eres más rápida.

Apoyó los codos sobre la mesa. —¿Estás segura de que quieres saberlo?

—Me estoy muriendo por la duda. Últimamente casi ni me toca y... — Vio lo enamorada que estaba y sintió pena. —Tiene que tener a otra. Es muy...

—Sexual.

—Sí. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Ya no soporto no saberlo.

—¿Por qué estabas en el médico? No pareces enferma.

—Queremos tener un hijo y... —Se pasó una mano por la frente como si estuviera agotada.

—Tú no quieres tener un hijo.

—¡Así no! ¡Si no sé si me es fiel, no le quiero cerca!

—¿Y cómo ibas a tener un hijo si no te toca?

Marisa se sonrojó. —Bueno, me toca, pero no como antes.

—¿A qué te refieres?

—Uno.

—¿Un qué?

—¡Uno al día!

Parpadeó asombrada. —¿Me estás diciendo que tu marido te hace el amor una vez al día, pero que para ti es poco?

—Antes era más. Mucho más, te lo aseguro. Llevo casada cuatro años y no fallaba. Pero lleva unos meses...

La miró asombrada. —Tendré que hablar con Matt seriamente. ¡Es un vago!

Marisa se echó a reír. —Entiendo que lo demás lo vean raro, pero mi George es de dos o tres diarios.

—¡El mío es muy vago!

—¿Entiendes lo que te digo?

—¿No estará cansado?

—No. Además, creo que me da el de la mañana porque no puede evitarlo que si no...

—Y llega tan exprimido que no quiere el de la noche.

—¡Exacto!

Se miraron a los ojos. —Estás enamorada de tu hombre. ¿Estás segura de esto? Si descubro algo, va a ser doloroso.

—Tengo que saberlo. Sé que debes ser muy cara, pero...

—No te preocupes por eso. Te diré algo esta noche.

—¿Esta noche? —preguntó asombrada.

—Es un trabajo fácil. Y por ser el primero, regalo de la casa.

Marisa la miró emocionada. —Gracias.

—De nada. —Se levantó cogiendo su bolso. —Ahora me tengo que ir, que tengo que ver a mi dragón para llevarle a comer. Seguro que está aterrorizando a media oficina.

Su nueva amiga se echó a reír. —Debe ser de armas tomar si te denunció a ti.

—No lo sabes bien. Pero de momento sé dominarle.

—No lo dudo.

Salió del ascensor y sonrió a Carol. —¿Cómo te va?

La mujer se levantó. —Cómo me alegro de verla. —Sonrió al ver su embarazo. —Me ha dicho el jefe que es niña.

—Sí. —Se acarició su pequeño vientre. —Con el carácter que tenemos, imagínate lo que va a salir. —Carol se echó a reír porque se oían los gritos de Matt desde allí. —¿Cuándo queda libre?

—No tiene nada libre. Hasta tiene cita para comer.

—Anula esa cita —dijo yendo hacia la puerta—. Necesito a mi hombre.

Asombrándola entró en el despacho para ver a cuatro hombres y una mujer sentados ante Matt que estaba furibundo. Cuando la vio levantó una

ceja.

—Hola, cielo.

Los cuatro se dieron la vuelta de golpe y sonriendo se acercó a Matt rodeando el escritorio sin que la perdieran de vista con la boca abierta. — Nena, tengo trabajo.

—Todos fuera.

Como si lo hubiera dicho el mismo Matt, se levantaron en el acto cogiendo sus papeles y salieron a toda prisa. Él la besó en los labios. — Tengo que trabajar.

—Tengo hambre. ¿Nos vamos a comer a ese sitio del que me echaron por tu culpa? —Le miró maliciosa. —Quiero ver como el maître se muere de la vergüenza por haberme echado.

Él se echó a reír acariciando su cintura. —Serás vengativa.

Se miraron a los ojos y ella abrazó su cuello. —Qué bien me siento al sentirte. —Le besó el labio inferior.

—Lo mismo digo.

—Cariño, ¿te parece que hacemos poco el amor?

—¿Qué? —Se apartó para mirarla bien. —¿Tienes alguna queja?

Le miró maliciosa. —Ayer estuvo muy bien.

—¿Pero?

—Pero tengo una amiga que...

Matt se echó a reír. —No me lo puedo creer. ¡Ayer lo hicimos dos veces!

—Pero hacía mucho que no estábamos juntos. Si recuerdas, antes de enfadarnos sólo lo hacíamos una vez al día.

—¿Ella lo hace más?

—Pues sí. Casi el triple.

—Pobre hombre.

—¡Matt! —Se echó a reír a carcajadas. —No tiene gracia. No te esfuerzas como él.

—Ese hombre tiene que estar en los huesos. ¿Trabaja?

—Sí, trabaja. Lo que pasa es que es muy sexual. Me lo ha dicho ella.

—Y ahora se queja porque ha bajado el ritmo. —La miró a los ojos. — Joder, nena. No te metas en esto.

—Me ha pedido el favor... No puedo negarme.

—¿Es muy amiga? Porque la vas a perder.

—La acabo de conocer, pero es muy agradable y me cae muy bien.

Él hizo una mueca yendo hacia la chaqueta. —Decirle a una mujer que su marido le es infiel, no es la mejor manera de iniciar una amistad.

—Lo sé. Pero si sale bien, puedo tener una amiga para siempre. Sobre lo de uno al día...

La cogió de la mano tirando de ella al exterior. —Uno de calidad al día. O prefieres varios rapiditos.

—Bueno, depende de las circunstancias —dijo maliciosa haciéndole reír.

Bajaban en el ascensor y él la cogió por la cintura. —Sobre lo de ayer...

—No debes preocuparte. Eso ya está solucionado. —Le besó en los labios. —No volverán a molestarnos.

—Me tiene algo preocupado.

Ella sonrió radiante. —¿Sólo algo?

Él gruñó haciéndola reír aún más y más relajado le dio un azote. Estaban en el taxi cuando a Matt empezó a sonarle el móvil. Cuando vio la pantalla suspiró. —Es mi hermana.

Mierda. Ya le habían fastidiado la comida. Sonrió viéndole descolgar. —Hola Elisa. —Frunció el ceño nada más empezar, lo que indicaba que el imbécil de Steven ya le había dado la noticia. Matt se acercó al taxista. —A la setenta y dos este —dijo sin colgar—. No te preocupes. Voy ahora mismo. —Escuchó unos segundos. —¡Elisa, cálmate! Enseguida llego.

—Cariño...

La miró de reojo negando con la cabeza. —Ahora hablamos. Mientras llego tómate uno de los calmantes que te recetó el médico.

No le extrañaba que necesitara calmantes con el marido que tenía. El colgó el teléfono y se la quedó mirando muy tenso.

—¿Está todo bien?

—No lo sé. Dímelo tú.

Al levantar la vista supo que el gilipollas de Steven la había mencionado en algún momento de la conversación con su mujer. —¿Yo? — Disimuló llevándose una mano al pecho. —¿Qué tengo que ver en esto?

—Le ha dicho a Elisa que la deja porque va a tener un hijo contigo.

Sonrió alucinada. —¿Es coña?

—¿Ves que me ría? —Parecía que quería matarla. Menos mal que iba armada.

—¡Cariño, no me hables en ese tono! —Cabreándose se cruzó de brazos. —¡No tiene gracia!

—¡Ya sé que no la tiene! ¿Le has ido a ver esta mañana?

—Este tío es gilipollas —siseó decidiendo cómo se lo iba a cargar—. No puedo creer que haya dicho eso.

—¿Has ido a verle esta mañana? —Subió el tono de voz y estaba realmente cabreado. Entendía que para otro podría ser intimidante, pero ella tenía la piel más dura.

—¡Lo he hecho por nuestro bien!

Eso le dejó de piedra. —Ya puedes tener una buena excusa.

No podía decirle la verdad, porque si con ella había intentado vengarse, a Steven le despedazaría al saber que había intentado matarles. —Sabes que te quiero y que todo lo que hago es por nuestro bien.

—¡Para qué has ido a verle!

—¿Le ha dicho a tu hermana que le he librado de una tía que quería cargárselo?

Matt frunció el ceño. —¿De qué coño hablas?

—Tenía una acosadora y...

—¿Has ido a verle por esa loca?

—Marisa está de testigo.

—¡Qué Marisa! —Estaba perdiendo la paciencia.

—La del marido fogoso. Ya te he hablado de ella.

—¿Iba tu amiga contigo?

—En realidad ya estaba allí. Tomamos un café después y nos conocimos un poco.

—¡La has conocido esta mañana!

—¡Pues sí! Si no te hubiera dicho lo del sexo mucho antes, ¿no crees?

—¿Por qué iba a decirle a Elisa que iba a tener un hijo contigo si no fuera cierto?

Eso sí que la mosqueó. Que no confiara en ella por encima de todo, era algo que no soportaba después de demostrarle que daba todo por esa relación. —Matt, no me gusta un pelo lo que estás insinuando. Te recomiendo que cierres la boca hasta que hayas hablado con tu hermana.

Él entrecerró los ojos. —Sí, será lo mejor.

Se quedaron en silencio muy tensos. Cuando llegaron a casa de su hermana y llamaron al timbre del portal, abrió una doncella. Ella miró a su alrededor y entrecerró los ojos. —Esta casa se la compraste tú, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó agresivo.

—Teniendo en cuenta que conozco las finanzas de tu cuñado, no sé a qué viene esa pregunta.

—Es cierto que tú lo sabes todo. ¡Pero milagrosamente no sabías que Steven estaba casado!

—No te va la ironía, cielo. Pégame cuatro gritos, porque de otra manera tendrás una úlcera antes de los cuarenta.

—Todavía no me has dicho por qué has ido a verle.

—Y ahora no te lo voy a decir por imbécil.

Salió del ascensor dejándole atónito y cuando se abrió una puerta fue hasta allí muy tranquila. Entró y siguió los gritos hasta el salón, donde una mujer morena y bajita le gritaba a Steven que era un cabrón. Al verla allí se

tensó enderezando la espalda y ella sonrió irónica. —Hola, Steven.

—¿Es esta? —gritó la hermana de Matt histérica—. ¡Serás puta! ¡Cómo te atreves a venir a mi casa!

—Vengo con él. —Matt entró en ese momento y Elisa se echó a llorar corriendo hasta su hermano, que la abrazó protector. Patricia no soportaba ese tipo de comportamiento. Los histerismos y esas damitas que lloraban por nada, la ponían de los nervios. Un poco de dignidad, por favor. Se volvió para ver entrar a la doncella. Encima ese espectáculo público. —¿Hay más servicio en la casa? —preguntó fríamente.

—La cocinera.

—Pueden irse. Si son internas, no vuelvan en cuatro horas.

Todos la miraron atónitos y Matt asintió. —¡Fuera!

La mujer salió corriendo y todos se quedaron en silencio. Todos excepto Elisa, que lloriqueaba como una niña abrazada a su hermano. —Me ha dicho...

—Enseguida puedes seguir con tu teatro. Espera que se vaya el servicio y después continúas.

La miró asombrada con sus ojos verdes. —¿Quién te crees que eres para hablarme así en mi casa?

—La que te va a dejar las cosas bien claritas. —Miró a Steven que sonreía satisfecho. Ese cerdo tenía un as en la manga. Sería interesante ver a dónde llegaba porque tenía todas las de perder. Como si nada y dejándolos de piedra, se sentó en un sillón de piel azul dejando el bolso a su lado. —Hace un día estupendo, ¿verdad?

—Nena...

—Enseguida podrás gritar todo lo que quieras, cielo.

Las mujeres salieron con el bolso en la mano sin cambiarse siquiera. Eran listas. Le gustaban. Igual se las robaba para la casa nueva que tenía que empezar a buscar. En cuanto se cerró la puerta, ella levantó un dedo al ver que se iban a poner a gritar y se levantó para acercarse a la puerta de entrada pasando por el hall. Al mirar por la mirilla suspiró porque tendría que buscar otro servicio. Abrió la puerta de golpe sorprendiéndolas pues se habían quedado a escuchar. —¡Largo!

—Sí, señora —dijo la cocinera corriendo hasta el ascensor. Cuando las vio irse, cerró la puerta con el cierre de seguridad y se volvió sacando el arma de la espalda. Iba a ser una tarde interesante. Tendría que dejar las compras para otro momento.

Entró en el salón con el arma en la mano y apuntó a Steven haciendo gritar a Elisa antes de apuntarla a ella. —Vuelve a abrir la boca y te pego un tiro en la pierna.

—¡Patricia!

—Ahora estoy contigo, cielito —dijo sin dejar de mirarla a los ojos fríamente—. Siéntate al lado de tu marido. —Como Matt no la soltaba, pegó un tiro a sus pies y Elisa chilló corriendo hasta su marido y sentándose a su lado. Steven ya no reía tanto. Se había quedado lívido.

—Bien. Ahora que al fin hay silencio, vamos a hablar tranquilamente. Matt siéntate frente a ellos.

—¿Qué coño estás haciendo?

—Dejar las cosas claras. Me habéis cabreado y pasan estas cosas. ¡Siéntate! —dijo sin dejar de apuntar a Elisa.

Él lo hizo mirándola como si no la conociera. —Ahora me vas a decir —le dijo a Steven—, qué le has explicado a tu esposa.

—Le he dicho la verdad. Que nos queremos y que vamos a tener un hijo. Lo que hablamos esta mañana.

—Mira, en este momento no sé si pegarte un tiro o tirarte por la ventana.

—¡No! —gritó Elisa abrazándole con fuerza—. ¡No le hagas daño!

—¡Suéltale, estúpida! ¡Te está mintiendo!

—¡Está encaprichado de ti, pero es a mí a quien quiere!

—¿Es lo que te dices cuando le pillas poniéndote los cuernos? —Elisa se sonrojó. —Eres estúpida.

—¡Yo le quiero!

—¿A este imbécil? Si no tiene dos dedos de frente.

—No sé por qué dices esto. ¡Matt lo entenderá! —gritó Steven aparentando estar atónito.

—Patricia baja el arma.

Miró a Matt y sonrió. —Al parecer no me toma en serio. Pero tú sabes que lo haré, ¿verdad, mi amor?

—Baja el arma.

—¿Sabes? He entrado en la cárcel para que te dieras cuenta de que me quieres, pero en este momento me acabo de dar cuenta que un hombre que duda si mi hijo es suyo no me conviene.

—¡Baja el arma! —gritó levantándose.

Le apuntó y le disparó tan cerca del hombro que rasgó la chaqueta. Matt palideció. —Cierra la boca y siéntate.

Matt se sentó y le dijo a su hermana —Tranquila, no pasará nada.

—Si os portáis bien no. No pasará nada.

Steven había perdido todo el color de la cara. —No entiendo lo que haces.

—¿No lo entiendes? Te lo dije muy claro. Un divorcio sencillo y nadie resultaría herido, pero tuviste que estropearlo para dañar a Matt.

—¿Tú le dijiste que se divorciara de mí? —gritó Elisa.

—Lo hice por tu bien, pero eres tan estúpida que no te has dado cuenta. —Matt apretó los puños y ella levantó el dedo para señalar a Steven. —Ven cariñito, acércate a mí.

—No —dijo asustado.

—¿No? —Disparó en su pierna y él gritó de dolor. Elisa muy pálida no se movió del sitio. —¡Ven aquí!

Steven se levantó y lloriqueando de dolor se arrastró hasta ella, que lo cogió por el cuello de la camisa haciendo que cayera de rodillas. Elisa chilló al ver que le apuntaba a la cabeza. —Este por el que sufres tanto... al que le perdonas sus continuas infidelidades y al que consientes en todo, ha intentado matarnos ayer por la noche.

Matt entrecerró los ojos. —¿De qué estás hablando?

—¡El muy imbécil llamó cuando fuiste a por la hamburguesa! Tengo el móvil para demostrarlo. Y no sólo eso. Hizo él mismo la transferencia para

pagar el encargo desde una cuenta que tiene solo a su nombre. —Apretó el cañón en su sien. —Habla. ¿No querías hablar?

—Hija de puta.

—¿No me creías capaz? Me has subestimado, cielito. —Se agachó y le susurró al oído —Jamás tendría un hijo con un mierda como tú.

Matt se levantó lentamente y ella le miró antes de incorporarse. —No.

—¿De qué estáis hablando? —Histérica Elisa se levantó también, pero al ver que la miraba se sentó en el acto. Encima cobarde. Si a mi hombre le estuvieran haciendo aquello, ya hubiera saltado sobre el atacante. Pero ella no era como todo el mundo y tenía que aceptarlo.

—Patricia...

—¡Matt, siéntate! —Se alejó de Steven y le golpeó con la culata en la cabeza haciéndole perder el sentido y después le apuntó. —Siéntate.

Elisa empezó a temblar de miedo y Matt se sentó lentamente. Sonrió encantada. —Bien, ahora os voy a dejar las cosas muy claras a los dos. — Miró a Elisa. —Empezaré contigo. Ese cerdo iba a matar a tu hermano para quedarse con los setenta millones.

Elisa asombrada miró a Matt que asintió. —Lo intentaron ayer.

—Eso no puede ser. ¿Cómo iba a llegar a eso?

—¡Espabila, Elisa! ¡Le importas una mierda! ¡Sólo quiere la vida que le proporcionas gracias a tu hermano!

Sus ojos se llenaron de lágrimas de nuevo. —Tenemos un hijo. Me quiere.

—¿Qué crees que ocurriría después de que tú heredaras el dinero? — Perdió todo el color de la cara. —Exacto. No le durarías mucho.

—¿Estás segura de eso? —preguntó Matt muy tenso.

—¿Tú qué crees? Y me lo confirmó esta mañana. Le dije que se divorciara y desapareciera, porque si le cogías, no ibas a parar hasta despedazarlo. Pero debió creer que conseguiría convencerlos de que la mala era yo. Por eso digo que es imbécil. Tengo pruebas que podrían hundirlo y sin embargo ha decidido retarme.

Matt miró a su hermana. —¿Sabes cómo conocí a Patricia?

—Estaba cenando por negocios con Steven. Él te la presentó.

Sonrió divertida. —¡Era una cita! ¡Y si no hubiera aparecido Matt puede que en la segunda o la tercera me hubiera acostado con él!

—Nena...

—¡Ahora no me llames nena, que me tienes muy cabreada!

—¿Puedes bajar el arma? ¡A ver cómo arreglamos esto ahora!

Le miró incrédula. —¿Tú qué crees?

Matt se pasó una mano por el cabello y miró a su hermana. —Lo ha intentado antes. No puedo dejar que ponga en peligro a mi familia.

—¿Ahora soy tu familia? —La ironía de su voz no le pasó desapercibida.

—Lo discutiremos después, ¿vale? ¿Nos centramos en esto?

Gruñó mirando a Elisa. —Me lo voy a cargar.

Elisa abrió los ojos como platos. —¡No!

—Mira, es un peligro para todos.

—¡No! —gritó histérica.

Exasperada miró a Matt. —Habla tú con ella que yo no tengo paciencia.

—Elisa... —Matt se acercó a ella y la cogió por los brazos para que le mirara. Estaba muy asustada. —¿Crees que no lo intentará otra vez?

—Yo le convenceré. Te lo juro.

—¿Cuántas veces le has descubierto en una infidelidad? —Elisa se echó a llorar. —¿Cuántas veces te dijo que no lo iba a volver a hacer? —le gritó su hermano.

—Muchas veces... —dijo agotada.

—¡Ha intentado matarme! ¡Y a mi mujer embarazada! ¡Y cuando le hemos descubierto, ha intentado separarme de mi pareja! ¡No se detendrá ante nada, joder! ¡Abre los ojos de una maldita vez!

—Yo le quiero. —Agotada se dejó caer en el sofá llorando a lágrima viva. —No lo mates, por favor.

Parpadeó asombrada. Ellos le importaban una mierda. Solo le importaba su marido. Matt se dio cuenta de lo mismo, porque vio el dolor en sus ojos. Estaba segura de que si fuera al revés, él no lo dudaría si su mujer lo hubiera traicionado de esa manera.

—¿Matt?

—Vámonos —dijo fríamente yendo hacia la puerta y saliendo de allí a toda prisa.

—¡Matt! —gritó su hermana desgarrada.

Ella vio cómo se echaba a llorar de nuevo y la miró con desprecio. —Él hubiera dado la vida por ti.

—¡Es mi marido!

—Pues dile a tu marido, que como abra la boca sobre lo que acaba de ocurrir, se la cierro para siempre. —Guardó su arma en la espalda y cogió su bolso del sillón. —Y a ti voy a decirte que no te acerques más a Matt. Y como le vuelvas a pedir dinero, te haré una visita. Arréglatelas sola con tu marido. —Fue hasta la salida y se detuvo para volverse. —Por cierto. Si a nosotros nos llegara a pasar algo, que no lo creo porque es un chapucero, no recibiréis un centavo y los dos iréis a la cárcel. De eso ya me he encargado con las pruebas que he recopilado. Dile a ese imbécil que lo deje aquí antes de que termine en el East River.

Se volvió cerrando de un portazo y fue hasta el ascensor. Matt no estaba abajo. No se quería imaginar lo que se le pasaba por la cabeza. Esperaba que no hiciera una tontería.

Capítulo 8

Cuando llegó a casa tampoco estaba allí y preocupada intentó localizar su móvil, pero lo había apagado. Decidió ir a su casa en la Quinta Avenida, pero tampoco estaba. Al menos el portero no le había visto llegar y su asistente le dijo que no había llegado.

Volvió a casa y se duchó muy nerviosa. Pasó toda la tarde impaciente y cuando le sonó el móvil casi saltó sobre él para ver que era Marisa. Suspiró descolgando. —¿Diga?

—¿Ya sabes algo? —preguntó susurrando, lo que indicaba que su marido estaba en casa.

—No. Lo siento. He tenido que solucionar un problema y no he empezado. Intentaré hacerlo cuanto antes.

—¿Estás bien?

—Sí, algo cansada. Han sido unos días algo estresantes.

—Sí, claro. Lo siento. Y yo diciéndote mis problemas después de todo lo que te ha ocurrido. No te preocupes.

—Lo miraré. Ya te aviso, ¿vale?

—Descansa. Estás embarazada y debes estar tranquila.

—Sí, gracias. Te llamo.

—Adiós, Patricia.

—Adiós.

Colgó el teléfono y lo tiró sobre la mesa del ordenador pasándose las manos por la cara. ¿Dónde demonios estaría?

Se pasó toda la noche sin dormir preocupadísima y cuando se quedó

dormida ya era casi por la mañana. La despertaron unos golpes a la puerta y medio atontada se puso una bata para casi arrastrarse hasta la entrada. —¿Si?

—Señorita Hutton. Somos de la policía.

Mierda. Abrió la puerta y dos policías de paisano estaban al otro lado. El que tenía unos cuarenta años y era de color le preguntó preocupado —
¿Está bien?

—Es que casi no he dormido. —Se apartó de la puerta para dejarles pasar, yendo hasta la cocina y abriendo la nevera. Cuando se volvió pudo comprobar como miraban a su alrededor. —¿Qué ocurre? —dijo sirviéndose un zumo de manzana porque tenía la boca seca.

—Creo que ya sabe que han asesinado a dos personas ante su edificio.

—Ah, pensaba que venían por mi juicio.

Ambos negaron con la cabeza. —Eso está aclarado y sentimos lo que le ocurrió. Debió ser muy traumático entrar en prisión si era inocente.

Agotada se pasó la mano por la frente. —No lo sabe bien —dijo como suponía que tenía que decir—. Así que vienen por esos cadáveres que encontraron fuera.

—Sí. ¿Ha escuchado algo sospechoso?

—¡Como les dije a los agentes que nos levantaron en mitad de la noche, mi casa está insonorizada! —dijo alterándose—. ¡Perdonen, pero estoy agotada después de todo lo que ha ocurrido y estaba descansando después de varios días!

—Lo entendemos, pero según la posición de los cuerpos tuvieron que caer ante su ventana.

Les miró incrédula. —¿Qué?

El otro policía se acercó con dos fotos. —¿Conoce a estos hombres?

Vio las fotos de los cadáveres y al oler el aroma a tabaco del policía le entró una arcada que tuvo que ir al fregadero a vomitar sin poder evitarlo.

—Vamos, James. Dejemos a la señorita Hutton. No se encuentra bien y ya ha tenido bastante.

Ella negó con la cabeza abriendo el grifo. —No... —Se aclaró la boca y se volvió con los ojos rojos. —Pregunten lo que quieran. —Se secó con un

pañó de cocina limpio y se sentó a la mesa cogiendo el vaso de zumo.

—¿Les conoce? —preguntó el tal James colocando las fotos sobre la mesa.

Ella les miró y negó con la cabeza. —¿Son vecinos del edificio?

—No. De hecho, no sabemos quiénes son y sus huellas no dan ninguna identidad.

Ni la darían porque no eran del país. —No, pues a mí no me suenan de nada.

—¿Cuándo salió de la cárcel?

—Antes de ayer al mediodía.

—¿Qué hizo después?

—Discutir con el padre de mi hija casi todo el tiempo y...

—¿Y?

—Reconciliarnos.

—¿Dónde está el señor Butler? ¿Ese es el novio del que habla?

—Sí, es él. Pues discutimos ayer por la tarde y supongo que estará trabajando hasta que se le vuelva a pasar.

Los policías se miraron. —En su oficina no está.

Se levantó asustada. —¿Cómo que no está?

—Hemos estado allí y su secretaria nos ha dicho que ayer por la tarde no fue a trabajar y hoy tampoco.

—Oh, Dios. —Fue hasta su móvil y le llamó saltando el buzón de voz. Preocupada les miró. —No le habrá pasado nada, ¿verdad?

—Si discutieron no debe preocuparse. Seguro que estará emborrachándose.

—Sí, yo llevo a la bebida a cualquiera.

Ellos sonrieron. —Seguro que todo se arregla. Sobre esos hombres... —Se miraron y James le hizo un gesto al otro como para que hablara. —Nos preguntábamos si puede usted localizarlos para saber sus identidades. Nos han dicho que es la mejor y que a veces colabora con el gobierno. Eso dijo el

fiscal en su juicio.

Asombrada dejó caer la mandíbula. —¡Me enchironaron!

—Disculpe, pero teníamos que intentarlo.

—¡Increíble! —Fue hasta la puerta furiosa. —Buenos días, señores.

—Tardes.

—¡Lo que sea!

Les hizo un gesto para que se largaran y James se detuvo ante ella. — Si se entera de algo... —Le guiñó un ojo y le entregó una tarjeta. —Somos una tumba.

Cogió la tarjeta y siseó —No pienso mover un dedo, ¿me ha entendido?

—¡Vamos James! —ordenó el otro—. Dejémosla descansar.

—Eso, que descanse. Seguro que después tiene un montón de trabajo en esos ordenadores tan modernos.

—¡Largo! —Le cerró a la policía la puerta en las narices y rompió la tarjeta en dos antes de volver a su móvil. Llamó de nuevo a Matt, pero no contestaba. Desesperada llamó a Elisa, que respondió soltando una risita. — Déjame, cariño. ¿Diga?

—¿Has visto a tu hermano?

—¿Qué?

—¿Dónde está Matt? Como le hayáis hecho algo...

—¡No! Nosotros no hemos hecho nada. Lo juro. ¡Steven ha estado conmigo todo el tiempo!

—¿Ha ido al hospital?

—¡Se ha curado él!

—¿Y Matt no ha pasado por ahí?

—¡Te digo que no! ¡No le he visto desde ayer! —Hubo un silencio al otro lado de la línea. —A veces hace eso...

—¡El qué?

—Cuando está muy enfadado se va.

—¿A dónde? —gritó histérica.

—A una cabaña que tiene en Montana. Está aislada. Se pasa allí una semana y después vuelve más relajado. Se lo recomendó un amigo que es terapeuta. Se ha ido para no matarnos a golpes seguramente.

—¿Se ha ido? —preguntó Steven detrás divertido.

—Shusss.

—Dile a tu marido que me encantaría saltarle todos los dientes a golpes. Y puede que lo haga... —Colgó el teléfono y buscó en el ordenador qué propiedad tenía Matt en Montana. Gimió al ver que estaba en medio de la nada en una montaña. —Estupendo, Patricia. Con lo que odias el campo. Allí seguro que no hay internet.

Estaba en el aeropuerto cuando decidió llamar a Marisa. Eran las tres de la mañana, pero que se fastidiara. —¿Diga? —preguntó con voz somnolienta.

—¿Estás espabilada? —Divertida se sentó para no esperar la cola de embarque de su vuelo.

—¡Sí! ¡Soy toda oídos!

—Dile a tu marido que le van a dar el contrato con Corniss. Ya verás cómo recupera el ánimo.

—Cariño, ¿quién es?

—¿Has dejado de hacerme el amor por el trabajo? —Su amiga estaba indignada y se echó a reír a carcajadas. —¡Patricia, te llamo luego!

—Estaré fuera de la ciudad unos días. Mejor te llamo yo cuando vuelva.

Colgó divertida por el cabreo que tenía y miró a la azafata de tierra que cogía billete tras billete. Ahora a ver cómo solucionaba lo de Matt.

El viajecito fue la leche, porque tuvo que conducir cuatro horas hasta aquel sitio donde Cristo había perdido las sandalias. Si algún día conocía al terapeuta que le había recomendado aquello, le iba a pegar cuatro tiros.

Cuando detuvo el coche ante la cabañita hecha de troncos de madera, gruñó apagando el motor del cuatro por cuatro que había alquilado en el

aeropuerto. Salió del coche cerrando la puerta. Menos mal que se había vestido para la ocasión porque allí hacía un frío de la leche.

Escuchó un golpe seco. Miró la cabaña con los ojos entrecerrados, llevó la mano hasta el arma que tenía oculta a la espalda y caminó sobre la espesa hierba para rodear la cabaña, que por lo que veía no era nada grande. Allí había una habitación como mucho, pero para su reconciliación no necesitaba nada más. Vio que detrás estaba aparcado un coche gris y por la pegatina que tenía en el parabrisas, era otro coche de alquiler. Iba a rodear el vehículo, cuando vio por encima del techo que un hacha se levantaba y volvía a desaparecer antes de escuchar un golpe seco. Rodeó el coche a toda prisa asustada por Matt, cuando le vio en vaqueros y sin camisa cortando leña. ¡Cortando leña! ¡Y ella preocupada por si le estaban descuartizando! Puso las manos en jarras mirando su fuerte espalda antes de que volviera a cortar otro pedacito de madera y por el montón que tenía a su lado, llevaba haciéndolo bastante tiempo. Esperó a que cogiera otro leño. No fuera a ser que se asustara, se clavara aquella cosa en una pierna y terminara cojo el resto de su vida. Cuando se agachó a coger el leño carraspeó.

Matt la miró sobre su hombro. No pareció sorprendido de verla allí. — Cielo, si te vas a trasladar aquí, lo mejor es que me avises, ¿no crees?

—Vete, nena.

—No. No me voy y te vienes conmigo.

—En este momento si me voy a Nueva York no respondo. —Volvió a cortar leña como si no estuviera, así que se acercó a su derecha y lo bastante alejada se sentó en un tronco mirándole en silencio. Entendía que tuviera que calmarse, pero lo que no podía hacer era largarse cada vez que tenían un problema. Vale que sus problemas no tenían nada que ver con los de los demás, pero tendría que acostumbrarse porque si no le vería el pelo muy poco y se volvería un ermitaño.

Le observó coger otro leño y ella miró a su alrededor. La verdad es que más tranquilo que aquello no había nada. Era el típico sitio en donde se vería un oso si se estaba atento. Sin darse cuenta miró sobre su hombro, pero solo había bosque.

—Cariño, ¿aquí hay algo de comer?

Él suspiró dejando el hacha sobre el leño donde cortaba la madera y la

miró exasperado. —¡No haber venido!

—¡Tu hija tiene hambre y deberías mimarme un poco, que he viajado toda la maldita noche para encontrarte!

—¡No tenías que haber venido! ¡Necesito estar solo! ¡Me disparaste!

—¡Te estabas poniendo muy pesado y lo hice para que no dijeras algo que me ofendiera y después tuviera que pegarte un tiro de verdad! —Se levantó furiosa. —¡Te ibas a poner de su parte, en lugar de apoyarme que es lo que hace un buen novio!

—¿Cómo Elisa le apoya a él?

Se le cortó el aliento. —¿Me estás comparando con Steven? —No se lo podía creer. Ella solo le demostraba una y otra vez que le quería, como yendo hasta allí, y resultaba que él la comparaba con un tipo que no hacía más que traicionar a los que le rodeaban. No se lo merecía. Tragó saliva tomando aire mientras miraba sus ojos grises, que no mostraban ningún arrepentimiento.

—¡Sólo quiero saber cómo tengo que comportarme contigo porque está claro que no hago más que meter la pata y perder a mi familia de paso!

Era increíble que le echara la culpa a ella de lo que había ocurrido. —Te recuerdo que te salvé la vida —susurró porque no se sentía capaz de gritarle—. Y que todo lo que he hecho siempre ha sido por nosotros. —Dio un paso hacia él. —¿Crees que me vengué de ti secuestrando tu empresa porque quería la revancha? Podía haberlo hecho sin que supieras quien era y haberte destruido, pero lo hice de esa manera porque me moría por verte otra vez.

—¡Y calculaste todo lo que vino después! —le gritó a la cara—. ¡Como sé que tú no le dijiste a Steven lo del dinero y por eso ideó quitarme del medio!

—¿Cómo sabes que no se lo dijo tu hermana? —Sonrió con tristeza. —De ella no dudas, incluso cuando te ha traicionado a la cara. Y no solo quería quitarte del medio a ti Matt. Querían matarnos a los dos. Si hubieran querido matarte solo a ti lo podían haber hecho en la puerta. Querían quitarme del medio porque la niña lo heredaría todo. —Él apretó los labios. —Hice lo que tenía que hacer. Siento que no tengas huevos para aceptarlo.

—¡Al parecer contigo tengo que aceptarlo todo! —le gritó de nuevo—. ¡Tengo que aceptar que me robaras y tengo que aceptar que me manipularas

para conseguir lo que querías, que era entrar en prisión! ¡Tengo que aceptar que me conviertas en cómplice de asesinato y que mi cuñado haya intentado matarme, para dejarlo pasar! ¿También tengo que aceptar que estás embarazada y que todo lo haces porque me quieres? ¡No sé si te has dado cuenta, pero lo único que haces desde que nos conocemos, es presionarme porque tuve la mala suerte de encontrarte cenando con mi cuñado y me dio por pensar que eras una zorra que quería pasar la noche con él!

Patricia palideció dando un paso atrás como si la hubiera golpeado y Matt la miró sorprendido. —Nena...

Negó con la cabeza y salió corriendo. —¡Patricia! —Corrió tras ella, pero consiguió subirse al coche y cerrar las puertas. Reprimiendo las lágrimas, arrancó el coche y miró hacia atrás acelerando a tope. Matt corrió hasta su puerta. —¡Patricia no!

Cambió la marcha acelerando para salir de allí y Matt corrió tras el coche golpeando el cristal trasero. —¡Patricia! —Miró por el retrovisor para verle con las manos en la cabeza como si no se creyera lo que acababa de pasar. Volvió la vista al frente y como ya estaba sola, dejó que las lágrimas corrieran por sus mejillas sabiendo que todo lo que le había dicho era la pura verdad. Ella le había presionado desde el primer momento en que le vio y había manipulado la situación desde el principio. Que estuviera allí no era culpa de su hermana. Era culpa suya que le había presionado demasiado.

—¿Le gusta esta? —dijo la mujer de la inmobiliaria con una sonrisa en la cara—. Tiene cuatro habitaciones y cómo ve está enteramente reformada con gusto.

—Sí, es bonita —susurró acariciando la encimera de mármol gris de la cocina—. ¿Cuándo podría mudarme?

—Mañana mismo si quiere. Con que deje una señal...

Patricia sacó su chequera del bolso y rellenoó el cheque. —¿Un millón está bien?

—Es más que suficiente. Además, su loft del Soho casi está vendido. Un caballero ha ido a verlo dos veces.

—Eso es estupendo.

—¿Sigue alojada en el hotel?

Arrancó el cheque y se lo tendió. —Sí. Hasta mañana.

—Seguro que aquí será muy feliz —dijo la mujer encantadoramente guardándose el cheque.

—Eso espero. —Se acarició su vientre de ocho meses y cogió su abrigo del respaldo de la silla para ponérselo. Cuando se puso la bufanda, vio que la mujer la observaba de reojo. —¿Ocurre algo?

—Un hombre ha llamado varias veces a la agencia preguntando por usted. Se llama Matt Butler y pregunta por su paradero. Le hemos dicho hasta la saciedad que esa información no se la podemos proporcionar, pero ayer fue hasta la agencia por segunda vez.

—Espero que su comisión sea suficiente para que esos datos sean confidenciales —le advirtió muy seria.

—No se preocupe. He roto su ficha para que no haya ningún problema con algún listo de la oficina.

—Si tiene que llamarme...

—Al móvil que me dio el primer día.

—Exacto. —Fue hasta la puerta y salió al exterior.

—Tenga cuidado con los escalones. Está nevando.

—Sí, gracias. —La mujer cerró la puerta y le dio las llaves.

—Se las entrego porque sé que es solvente.

—Me lo imagino.

—La llamaré para la firma de la compraventa.

—Perfecto. —Se dieron la mano. —Que sea cuanto antes.

—Por supuesto. Entiendo que quiera cerrar este trato cuanto antes.

Se acercó a la acera y levantó un brazo para llamar a un taxi que pasaba en ese momento cuando le sonó el móvil. Se metió en el taxi y le dijo —Al Hilton.

—Sí, señorita.

Sacó el móvil y suspiró porque era del trabajo. —¿Diga?

—Te necesitamos. —La voz del agente White la hizo suspirar. — Patricia, no me digas que no. ¡Tengo un problema de la leche!

—¡Estoy de ocho meses! ¡Ya no hago ciertos trabajos!

—Eso ya lo sé. Te espero en el Starbucks de Times Square en veinte minutos.

Rabiosa dio la nueva dirección y el taxista se encogió de hombros porque estaba al lado del hotel. Cuando llegó, le dio una buena propina y resignada fue hasta el Starbucks para verle con dos cafés sentado ya a una mesa.

—Espero que sea descafeinado.

—Es un chocolate.

Se sentó frente a él y dejó el bolso sobre la mesa. —¿Qué ocurre?

—No tienes buen aspecto.

—Quien dice que las náuseas se van en el primer trimestre, no tiene ni zorra idea. —Bebió de su chocolate y sonrió. —Bueno, ¿qué ocurre?

—Tengo un hacker con la nariz muy larga.

—¿Cómo de larga?

—La reserva federal.

Ella silbó antes de beber de nuevo. Sonrió divertida. —Sí que la tiene larga. ¿Qué ha hecho?

—De momento nada. Pero ya ha puesto nerviosos a los de arriba, porque no damos con él. No sé qué coño busca, pero si quisiera hacer daño...

—Podría hacerlo.

—Exacto. No sé si quiere retornos.

—Busca trabajo, eso está claro —dijo divertida.

—No tiene gracia. Si puede entrar allí, puede entrar en cualquier sitio.

—Puede que no. Puede que haya tenido suerte y sea un crío de catorce años que se aburría en su habitación comiendo donuts.

—Ha entrado por tres sitios distintos.

Eso tensó a Patricia. —Está vapuleando el sistema para dejarle en evidencia.

—Exacto.

—Es lo que haría yo para descubrir todos los fallos y solucionarlo.

Se miraron a los ojos pensando en ello. —Al parecer ha llegado la hora —dijo ella sonriendo.

—Solo si no le encuentras. Si lo haces, demostrarás que no hay otra como tú.

—¿Por qué debería hacerlo? Así me libraría de vosotros.

—Patricia, recuerda que hacemos la vista gorda de todo lo que estoy seguro que haces a nuestras espaldas.

—Nada demasiado ilegal, jefe. —Se echó a reír. —Lo sabe de sobra.

—Es cuestión de opiniones. Pero si nos dejas, puede que te miremos con lupa todos tus movimientos. Al fin y al cabo, tendré a uno mejor que tú trabajando para mí.

No perdió la sonrisa a pesar de la amenaza. —Jefe, no querrá verme cabreada.

White se echó a reír a carcajadas negando con la cabeza. —No. No tengo ningún interés.

—¿Hacemos las paces?

—Te prometo que después de esto, solo te llamaremos exclusivamente para trabajos de oficina. Nada de trabajo de campo para ti.

—Eso ya me lo prometió y mírenos.

—Igual no tienes que salir de tu salón para esto. Tú nos das el aviso y nos desplazamos a donde digas.

—No pienso salir de Nueva York. Lo encontraré, pero no pienso salir de la ciudad. Tengo que pensar en mi hija.

Él asintió muy serio. —Está bien. Tú nos avisas y nosotros actuamos. Nada de trabajo de campo nunca más.

Se levantó cogiendo el chocolate. —Ya podría haberme comprado un bollo.

White se echó a reír. —¡Ganas mil veces más que yo!

—Tacaño.

Salió mientras él se reía. —¡Te enviaré la información!

—Le llamaré.

Salió del Starbucks y caminó un par de calles mirando escaparates cuando sintió a alguien tras ella. Al mirar el escaparate del otro lado de la calle le vio. Matt con un abrigo negro la seguía unos metros detrás de ella. Mierda, seguro que la había encontrado en el Starbucks. Se mordió el labio inferior y vio una tienda de ropa femenina que tenía dos plantas. Entró como si nada y se acercó a una mesa que tenía jerséis de todos los colores que tenía un espejo delante. No había entrado. Esperaba en la calle a que saliera de nuevo. No era tonto. Por la tienda podría perderla, así que era mejor esperar fuera. Eso si al que seguía no se había dado cuenta, claro. Se acercó a una de las chicas tras una columna y le susurró —Tenéis puerta trasera, ¿verdad?

Al verla embarazadísima asintió. —¿Ocurre algo?

—Un mal marido.

Pareció entenderlo y le susurró —Venga por aquí.

La llevó por un pasillo y pulsó un botón en la pared para abrir una salida de emergencia de incendios. Empujó la barra sonriendo. —Hacia la izquierda sale a la boca del metro.

—Gracias.

Salió al callejón mientras la chica cerraba la puerta y al volverse se encontró con Matt de frente. Se miraron en silencio y él apretó los labios. —Cuatro malditos meses.

Ella se apartó y empezó a caminar calle abajo. —¡Patricia! —La cogió por el brazo deteniéndola y ella se volvió colocándole su pistola bajo la barbilla. Matt se tensó. —Nena... baja eso.

—No me sigas. No te lo digo más.

Se volvió y siguió caminando mientras él furioso daba un puñetazo a un contenedor de basura. Patricia sintiendo que se le retorció el corazón, siguió caminando y le escuchó gritar —¡Lo siento! ¡Siento haberte hecho daño! ¡Nena, te quiero!

Los labios de Patricia temblaron doblando la esquina y afortunadamente un taxi se detuvo. Se metió a toda prisa y le dijo —Dé una vuelta. Ya le diré.

De la que pasaban vio a Matt salir del callejón mirando a su alrededor. Pudo ver la decepción en sus ojos y cerró los suyos para no sentir más dolor. No podía dejar de pensar en él y que la hubiera seguido, no ayudaba nada. Se limpió las lágrimas que se le escaparon y cuando llegó al hotel, subió a su suite dispuesta a olvidarse de todo y ponerse a trabajar. Estaba a punto de pedir la cena cuando llamaron a la puerta.

Se volvió en su silla. —¿Si?

—Un paquete para usted, señorita Morris.

Nadie le enviaría un paquete y ella no había encargado nada, así que cogió su pistola y la escondió en la espalda antes de pegarse a la pared. Abrió el seguro y giró el pomo lentamente. Al ver por la rendija a un botones con un paquete envuelto en papel de regalo rojo con un lazo dorado preguntó —¿Quién lo envía?

—Lo han dejado en recepción.

—Un momento. —Cerró la puerta y guardó la pistola bajo una toalla que puso en el aparador al lado de la entrada, para abrir de nuevo y coger el paquete. —Gracias. —Le dio veinte pavos y el chico sonrió antes de alejarse.

Cerró la puerta de nuevo y dejó el paquete sobre la mesa. Tiró de los lazos y rasgó el papel para ver una caja marrón normal y corriente. Abrió el cartón con mucho cuidado y se quedó de piedra al ver que estaba llena de tréboles. Entrecerró los ojos metiendo la mano lentamente pero solo había tréboles. Volcó la caja sobre la mesa y los separó por si había algo más, pero no. Tiró la caja al suelo viendo todos aquellos tréboles y corrió hasta el ordenador. Buscó el significado de los tréboles y no se equivocó. Venganza.

Se le erizó el cabello de la nuca y a toda prisa cogió lo imprescindible, su ordenador portátil y su pistola, saliendo de allí lo más rápidamente que pudo tirando de su maletín. Salió del hotel por la cocina y en cuanto llegó a la calle se subió a un taxi del que salía un hombre. Sacó su móvil y marcó un número a toda prisa.

—¿Diga?

—¿Carol?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Escúchame bien y te ganarás otros zapatos.

La secretaria de Matt se quedó de piedra. —Dime.

—Dile a quien tú ya sabes, que se vaya a cortar leña. ¿Me has entendido?

—Sí.

—Y que siga cortando hasta que le avise. Si me quiere hará lo que le digo.

—De acuerdo. ¿Estás en un lío?

—Dile eso y que no se preocupe.

—Cuídate.

—Lo haré.

Colgó el teléfono y se mordió el labio inferior pensando quién podía ser el que quería vengarse de ella. En los últimos meses no había trabajado mucho para White, pero lo que la preocupaba es que la hubieran encontrado en el hotel. El teléfono sonó y al ver el número descolgó en el acto sin hablar.

—Patricia... —La voz de Matt la hizo apretar los puños. —Nena, háblame.

—Haz lo que te digo.

—No me voy a ningún sitio sin ti. Dime dónde estás y nos vamos juntos.

—Yo tengo que solucionar ciertos temas. —Miró el cabello rubio del taxista y su mirada pasó por la licencia del taxi, tensándose al ver a un hombre moreno. —Tengo que dejarte.

—No, cielo. No me vas a dejar.

Sintió como se le nublaba la vista y se le cerraron los ojos sin poder evitarlo. Parpadeó intentando luchar contra el sueño y sacó el arma al darse cuenta de que la estaban gaseando. Su mano cayó sobre el asiento y resbaló hasta caer medio tumbada mientras Matt gritaba al teléfono.

Capítulo 9

Le dolía la cabeza y abrió los ojos teniendo que cerrarlos enseguida por la luz del sol. Todavía atontada gimió intentando sentarse, pero tenía las manos atadas. Abrió los ojos para ver que estaba tumbada en una cama, con las muñecas sujetas a los extremos con unas correas de cuero que estaban aseguradas con unos candados. Al mirar hacia abajo, tiró de su tobillo con fuerza haciendo sonar el cuero de la correa que se lo rodeaba. Mierda. Cerró los ojos intentando recuperarse cuando frunció el ceño abriendo los ojos de nuevo para mirar a su alrededor. Los muebles modernos y blancos, las sábanas de algodón egipcio, pero sobre todo el enorme ventanal que mostraba la playa de los Hamptons la hicieron apretar los dientes porque estaba en su casa. No la sorprendió en absoluto que al mirar al frente se encontrara con Matt apoyado tranquilamente en el marco de la puerta observándola.

—No me has dejado otra opción.

—Todo ha sido una trampa —dijo con rabia.

—He aprendido de la mejor. —Se acercó lentamente y cogió una silla para sentarse a su lado. —No te enfades, cielito. Lo he hecho por nuestro bien. —Con rabia se revolvió tirando de las correas y él sonrió. —Estas no se abren con un chasquido. Me he asegurado de ello.

—¡Imbécil!

—¿Tienes sed?

—¡Suéltame!

—Eso no va a pasar hasta que hayamos llegado a un acuerdo.

—¿Lo del banco federal también es cosa tuya?

—Tenía que hacer que te llamaran. Siempre me intrigó lo del Starbucks

y en una de esas interminables noches sin dormir, se me ocurrió que igual quedabas allí con tu contacto. No fue difícil poner a un hombre día y noche allí para comprobar si aparecías. Un hacker como tú, aunque no tan bueno, hizo lo demás. Ya me imaginaba que no te lo tomarías bien, pero amenazarme con un arma... Cielo, eso no se hace. Tenía el plan B preparado para evitar que te escaparas de nuevo. El taxi que te llevó desde el callejón hasta el hotel, fue el mismo que te ha traído hasta mí. Solo tuve que hacer que salieras del hotel y una simple amenaza te puso en guardia. Por cierto, gracias por el aviso.

—¡Muérete!

—Eso te apenaría muchísimo. Reconócelo. —Alargó la mano y Patricia tembló cuando la metió por debajo del jersey y le acarició el vientre. Parecía fascinado.

Ella se revolvió en la cama. —¡No me toques!

Matt chasqueó la lengua. —Voy a hacer mucho más que tocarte, pero de momento te quedarás aquí unas horitas hasta que se te pase el dolor de cabeza. Lo siento, pero tendrás que pasarlo sin medicación. Con el embarazo no quiero arriesgarme.

Le miró con odio y él sonrió cortándole el aliento. ¡Estaba encantado de haberla secuestrado! —Vamos, no seas rencorosa.

—¡Quiero ir al baño!

—¿De veras?

—¿Eres idiota?

—Muy bien.

Para su sorpresa se levantó y apartó la silla para sacar una de las correas de debajo de la cama dejándole movimiento en las manos. Una fina cadena estaba al final. —Siéntate.

—¡No puedo con la otra atada!

Sonrió divertido. —Te aseguro que ya las he probado, así que sé que te puedes levantar.

—¡Estoy embarazada!

—No me vengas con esas. Podrías hacer el pino si te dejara.

—¡Te odio!

La cogió por la barbilla y la besó con fuerza. Patricia le mordió en el labio inferior con saña. Matt se apartó al instante y pasó la lengua por la herida divertido. —¿Estás enfadada, mi vida? Ya se te pasará.

—Te lo advierto, cuando me suelte, que me voy a soltar, te voy a... — Abrió los ojos como platos y tiró de su mano hacia su vientre. —¿Matt?

—Si crees que me voy a tragar que estás de parto, lo llevas claro. ¿Quieres ir al baño o no?

Al sentir que se le pasaba el dolor, pensó que igual eran gases. Últimamente tenía muchos. —Sí. —Se sentó con su ayuda y él sacó la otra correa de la cama cogiendo las dos cadenas y pasándolas sobre ella para atarlas a un candado que había atornillado en el tablero blanco de los pies de la cama.

—¿Eres idiota? ¿Sabes lo que me ha costado esta cama?

—Seguro que donde estaba esta, hay otras. Desátate tú las correas de los pies. Y si piensas que vas a atacarme con algo que haya en el baño, siento decepcionarte. No tienes ni espejo, pero no te preocupes porque estás preciosa. —Se desató las correas de los tobillos mirándole con furia y él se echó a reír. —¿Volverías a pegarme un tiro si pudieras?

—No lo dudes.

Se levantó de la cama y solo se escuchaban el ruido de las cadenas mientras caminaba hacia el baño. Era cierto lo que le había dicho. Todos sus enseres personales habían desaparecido. Uso el wáter y se subió los pantalones, pero al ver la ducha sonrió. —¿Puedo ducharme?

—Mientras tanto haré el desayuno —dijo divertido—. Aunque no sé cómo vas a quitarte el jersey.

Molesta volvió a la habitación. —Podías haber pensado en eso, ¿no?

—No quería que pensaras que quería aprovecharme de ti. Vuelve a ponerte las correas de los tobillos mientras te traigo el desayuno.

Puso las manos en jarras. —¿Y si no qué?

—No desayunarás.

En cuanto salió de la habitación, ella buscó alrededor algo que le

pudiera ayudar y sonrió al tocarse el pecho. El aro del sujetador.

Cuando regresó Matt, se quedó atónito al ver las correas sobre la cama y escuchar el agua de la ducha. Dejó la bandeja sobre el aparador y entró en el baño para verla ducharse tranquilamente. —¿Cómo lo has hecho?

—Secreto profesional. —Sin mirarle siguió enjabonándose y cuando se abrió la mampara retuvo el aliento al sentirle tras ella. Le miró sobre su hombro y allí le tenía desnudo mirándola como si fuera lo más importante de su vida. Apartó la mirada dolida porque no era cierto.

—Cielo, lo siento.

—No me sirve de nada que lo sientas. —Levantó la cara para que el agua le diera en la cara y él la abrazó por la espalda pegándola a su pecho. Su cuerpo gritó de felicidad por sentirle, pero su corazón se retorció en su pecho de dolor. —Suéltame, Matt.

—Te quiero más que a nada en la vida —susurró en su oído.

—Dijiste lo que tenías dentro y era cierto. No tienes que disculparte. —Intentó apartarse, pero él no se lo permitió. —Matt...

—Cuando mi secretaria me entregó aquellos tickets, me moría por verte y por eso salí de la reunión. Te deseé desde el primer momento, cielo. Pero me enamoré de ti cuando te vi vestida de noche esperándome para celebrar nuestro primer mes. —Los ojos de Patricia se llenaron de lágrimas. —Pensé que quería celebrar contigo todos los meses de nuestra vida, pero tuve que fastidiarlo. Me entró el pánico al ver que te enviaban a prisión y supe que acababa de destrozar mi vida. Pero lo que ocurrió con Elisa... nena, no me lo esperaba.

—Lo sé —susurró sufriendo por él.

—Ha sido lo más duro que he pasado en mi vida. Te lo juro. Siempre nos hemos apoyado el uno en el otro. Siempre la he intentado proteger y que me correspondiera así... Que no le importara mi seguridad y la de mi familia por ese cabrón... Por eso me fui.

—Pero tuve que seguirte presionándote otra vez.

—No tengo excusa para lo que te dije. Sé que te he hecho daño, pero te compensaré el resto de tu vida, te lo juro. Si me das otra oportunidad....

—No quiero que te sientas así y creo que no seré capaz de no

presionarte en el futuro para que hagas lo que yo quiero.

Él se echó a reír y la besó en el lóbulo de la oreja. —Lo sé. Eres así y te quiero como eres.

—Tú también tienes lo tuyo. Me has secuestrado —dijo molesta haciéndole reír aún más.

Con cuidado la volvió y perdió la sonrisa al ver que estaba llorando. —Nena, no quiero hacerte daño. Te juro que dejaremos todo atrás y te haré feliz.

—¿No me gritarás?

La miró con horror. —¡Claro que sí! —Patricia se echó a reír. —Sabes que no lo puedo evitar. —Acarició su espalda hasta llegar a su trasero sabiendo que eso la volvía loca. —Preciosa —dijo con voz ronca —, han pasado muchos meses sin ti.

—Pues no va a poder ser —susurró mirando sus ojos grises.

Él pareció decepcionado, pero no discutió. —Lo entiendo.

—Déjame salir.

La dejó pasar con cuidado para que no resbalara y la observó mientras se secaba como si temiera que saliera corriendo en cualquier momento. Se duchó a toda prisa y salió antes de que ella hubiera terminado.

—¿Dónde están mis cosas?

—Ahora te las traigo.

Cuando salió con una toalla en las caderas, ella hizo una mueca tocándose el costado y apoyándose en el lavabo con la mano libre. Tomó aire y se enderezó forzando una sonrisa cuando le vio entrar con una caja de cartón llena de cosas. Dejó la caja sobre el lavabo y se quedó allí mientras ella se cepillaba su largo cabello.

—Patricia...

—¿Si?

—Sé que me costará convencerte de que me importas, pero... —Se pasó la mano por su cabello húmedo. —¡Joder, podías mostrar un poco de entusiasmo! ¡Te he secuestrado! ¿Eso no demuestra que te quiero a mi lado?

Ella sonrió. —¿Te das cuenta de que me estás presionando?

—¡Me importa una mierda! —La cogió por los brazos volviéndola para que le mirara. —¡Te necesito! Eres parte de mí y ya no sé qué hacer para demostrarte que siento mucho ser un gilipollas con mala leche.

—Te conozco muy bien. ¿No te lo había demostrado ya? —Se acercó abrazándole por la cintura.

—Sí, preciosa. Me lo habías demostrado. —Sonrió para agachar la cabeza y ella besó el labio inferior que le había mordido, pasando la lengua por él provocando que gimiera.

Se apartó de golpe y salió a la habitación dejándole confundido al ver que iba hasta el armario abriendo la puerta corredera. —¿Te estás vistiendo?

—Sí, tenemos que irnos.

Él sonrió cruzándose de brazos y apoyando el hombro en el marco de la puerta. —Cielo, no cuele. No nos vamos de aquí hasta que me perdones.

—Ya te he perdonado —dijo sorprendida volviéndose con un jersey blanco en la mano—. ¿No te lo he dicho ya?

—¡No! ¡No me lo has dicho! ¡Y que estés tan esquivada, no ayuda nada!

—Es que no quiero presionarte.

—¡Muy graciosa! —Se acercó a ella y le cogió el jersey tirándolo en el armario. —¡No nos moveremos de aquí hasta que me digas que me quieres y que me perdonas!

Le miró a los ojos. —Te quiero y te perdono, pero no vuelvas a hacerlo. —Le dio un beso en los labios rápidamente y se agachó a coger el jersey de nuevo.

—¿Me perdonas? ¿Así sin más? —Entrecerró los ojos. —¡No me creo una palabra! ¡Eres una mentirosa profesional y a mí no me la pegas! —La cogió por el brazo y la llevó hasta la cama sentándola allí. Cogió la bandeja y se la puso al lado. —¡A comer!

Cogió el croissant y le dio un mordisco. Él sonrió satisfecho. —Ahora te quedarás ahí sentadita mientras me visto.

—¿Cómo me has traído hasta aquí?

—Me subí en el taxi y aquí estamos.

Masticó viéndole cómo se ponía unos vaqueros que había metido en su

armario, demostrando que lo tenía todo preparado. —Pero tenemos coche, ¿verdad? No tenemos que volver en autobús.

—Ya te he dicho que no nos moveremos de aquí hasta que no esté convencido de que me quieres. —Cogió un jersey negro y se lo puso. Estaba tan guapo... Suspiró antes de meterse el croissant en la boca de nuevo.

Él se sentó sobre la cama apartando las correas para ponerse unos calcetines—Cariño, te quiero, pero tenemos que irnos.

—¿Qué ocurre? ¿Tienes trabajo?

—Estoy de parto.

—¡Ja! —Se puso las botas y la miró a los ojos. —No ha colado. Te quedan tres semanas.

Siguió masticando. Sabía que no se lo creería, por eso le había dicho que le conocía bien. Y también por eso sabía que con lo protector que era, en cuanto supiera que estaba diciendo la verdad, se pondría de los nervios pegando gritos hasta dejarla sorda. Bueno, era otra lección que tenía que aprender. Puede que le ocultara cosas, pero nunca le había mentado a la cara. No tan directamente.

—Matt...

Él cogió uno de los croissant y se lo untó de mantequilla. —Dime, nena.

—Yo nunca te he mentado. A ti no.

—¿Lo dices para que me sienta culpable? Pues no cuela.

Bueno, al menos lo había intentado. Decidió cambiar de tema. —Me he comprado una casa.

Él que estaba bebiendo de su café se atragantó. Asustada se levantó para darle palmaditas en la espalda. La miró como si hubiera dicho un sacrilegio. —No pensabas volver conmigo, ¿verdad?

—¡No!

—¿Ves cómo me mientes? ¡Y yo he intentado volver contigo mil veces!

Puso los ojos en blanco antes de sentarse de nuevo y recostar la espalda en el cabecero de la cama acariciándose el vientre, disimulando el dolor que

la estaba recorriendo. —Pues es de estilo victoriano.

—¿Cuántas habitaciones tiene?

—Tres.

—No nos vale.

—Es que no contaba contigo —dijo irónica.

—Pues ya te estás olvidando. —Mordió el croissant con saña y masticó lentamente como si esperara que protestara.

—Pues tendré que firmar las escrituras porque ya he adelantado un millón.

—¿Estás poniendo trabas? Pues la vendes y ya está.

—Ya veremos...

—¡No! ¡No lo veremos! ¡La vas a vender y buscarás otra de cinco habitaciones!

Chasqueó la lengua cruzándose de brazos y se miró. Igual debería vestirse para salir de allí en cuanto le convenciera, porque llegaría un momento en que ya no podría disimular los dolores. —¿Tengo que estar todo el día en toalla?

Él pareció pensárselo. —Así no saldrás corriendo.

—¿Es broma?

—No, cielo. Es por nuestro bien. —Cogió el zumo y se lo tendió. — Bebe.

Cogió el zumo de naranja y se lo bebió entero. Cuando terminó suspiró dándole el vaso. —¿Mi ordenador?

—En un lugar seguro. No vaya a ser que avises a tus amiguitos de la CIA.

—Serás exagerado. —Cogió el mando de la tele para encenderla, pero él se lo arrebató. —¿Tampoco puedo ver la tele?

—¡Nena, estamos en plena reconciliación! ¡No me parece muy lógico que quieras ver la televisión! ¡Háblame!

Parpadeó mirando sus ojos grises. —Cielo, te quiero un montón y no he podido olvidarte en todo este tiempo.

Él sonrió acercándose a ella y pasando su brazo al otro lado de su cuerpo para acercar su cara y besarla suavemente en los labios. —¿No me digas? —susurró antes de besarla de nuevo. Ella crispó los labios cuando iba a entrar en su boca y apartó la cara sintiendo una contracción que casi la hizo gemir.

Matt se levantó de golpe. —¡Muy bien! ¡Te juro que hasta que no vea que estás enamorada de mí como antes, no sales de aquí!

Cogió la bandeja de malos modos tirando los vasos y salió de allí con ganas de matar a alguien.

—Ufffff. —Soltó el aire que estaba conteniendo acariciándose el vientre. —Cielo, eres poco oportuna —protestó en voz baja—. Mira que fastidiarme esto. Ahora papá se pondrá muy pesado.

Cuando volvió llegaba con un par de sus blocks y unos bolígrafos. Frunció el ceño. —¿Qué haces?

—He leído en una revista que poner los pros y los contras de tu pareja, ayudan en la relación. —Le tendió su block. —¡Empieza!

Intentando no reírse cogió el bolígrafo. —¿Es en serio?

—¿Tengo pinta de bromear? —Se sentó a su lado y puso una línea central de separación. Interesada estiró el cuello para ver que en pros ponía que era preciosa. Él levantó la vista sorprendiéndola. —¡No puedes copiarme!

Soltó una risita. —Cielo, cada segundo que pasa me doy cuenta de que estás mal de la cabeza.

—Vaya, gracias. ¡Pues apúntalo!

—¡Matt, estoy de parto!

Él la miró muy serio durante unos segundos y como aparentemente no le pasaba nada siseó —¡Escribe!

Exasperada apretó el bolígrafo. Más valía acabar cuanto antes. En pros escribió que la volvía loca de deseo y que le quería. Que era inteligente y tenaz. Se mordió el labio inferior mirando su perfil pensando en qué más poner. Él la miró de reojo e intentó mirar su libreta, pero ella la levantó de golpe. —¡No me copies!

Para fastidiarla se sentó dándole la espalda y ella escribió que tenía un

cuerpo que para ella era perfecto. Le encantaba como le hacía el amor lentamente hasta llevarla al límite y que era protector con los que quería. Decidió empezar la siguiente columna para ir abreviando. Empezó a escribir muy concentrada apoyando el block sobre sus rodillas. Matt debió terminar porque se la quedó mirando y cuando vio que daba la vuelta a la hoja abrió la boca sorprendido mirando su propia lista. Mientras tanto Patricia siguió escribiendo poniendo cada cosa que no le gustaba de él. Estaba escribiendo que no le gustaba que bebiera del brick del zumo cuando le arrebató el block empezando a leer impaciente. —¡Espera, que no he terminado! ¡Me faltan cosas!

Atónito se levantó pasando la hoja. —¡No te gusta nada de mí!

—Eso no es cierto. —Levantó la barbilla. —Me gustan muchas cosas.

—¿Como qué? ¡No soportas cómo dejo el baño, ni que te ocupe todo el espacio en la cama, no te gustan las cosquillas ni que anteponga mi trabajo a nuestra relación! ¡No te gusta nada de mí!

—Serás exagerado. —Cogió el block que él había dejado en la cama y al mirarlo palideció. En contras solo ponía que no le gustaba que corriera riesgos en su trabajo y en la otra lista describía detalladamente todo lo que le gustaba de ella. Desde la suavidad de su cabello hasta la manera en que le respondía al hacer el amor. Le gustaba su risa, su inteligencia y que siempre iba un paso por delante de él. Le gustaba su sentido del humor y la manera en que dormía abrazada a él. Patricia se emocionó al leer que le gustaba que le dijera continuamente lo que le quería y que estuviera pendiente de detalles que a él ni se le pasarían por la imaginación. Al final escribió que le gustaba todo de ella y que sería así para siempre. Levantó la vista sintiéndose fatal y una lágrima cayó por su mejilla al ver su decepción. —Cariño...

—¡Déjalo! —Salió de la habitación dando un portazo y no se le escapó que se llevó la lista con él. Arrepentida se levantó de la cama y caminó hasta el salón donde le vio revisar la lista al lado del ventanal pasando la hoja. Patricia se apretó las manos caminando por el suelo de mármol y susurró — Me enamoré de ti a pesar de eso porque muchas de esas cosas no son importantes. Solo quiero que me ames como yo a ti y te amo por encima de todo.

Él suspiró tirando el block sobre la mesa del salón. —Así que no soportas que ocupe toda la cama. Tendremos que comprar una cama enorme.

Patricia sonrió acercándose y le abrazó por la cintura deseando sentirle. Él hizo lo mismo y la besó en la coronilla antes de susurrar —No vas a librarte de mí, ¿sabes?

—Yo quiero estar contigo para siempre. Te lo juro. Te quiero cada minuto más. —Levantó la cara para mirarle y él se agachó para darle un beso, pero cuando iba a entrar en su boca ella gruñó apartándose y miró hacia abajo. Matt palideció al ver una cosa viscosa sobre el suelo de mármol que tenía sangre. —¿Qué coño es eso? —gritó reaccionando.

—El tapón mucoso o algo así...

—¿Qué? —Pálido la miró a la cara. —¡Estás de parto!

—¡Ya te lo había dicho! ¡Te dije que no te mentía! ¡Trae la lista que me falta que no me creas!

Él la cogió en brazos y caminó rápidamente hasta la habitación sentándola en la cama. Como si estuviera en una carrera fue hasta el armario y cogió un vestido que tiró al suelo al darse cuenta de que era de verano. —Cielo, tranquilo hay tiempo.

—Sí, sí claro. —Cogió el jersey blanco que ella había querido ponerse antes corriendo hacia ella y poniéndole lo de delante atrás, pero no dijo nada porque estaba al borde del infarto. Cogió el pantalón de un chándal de los que usaba para correr y volvió para metérselo por las piernas. —Eso no pega y... —Cerró la boca al ver que la fulminaba con la mirada. —Vale, pero tú le explicas al médico por qué no llevo ropa interior.

—¡Teníamos prisa! ¡Es comprensible! —Le puso unas zapatillas de deporte sin calcetines y entonces se detuvo en seco. —¡Mierda no tengo coche! ¡Por qué has tenido que ponerte de parto precisamente hoy!

—¡Porque tu hija es una impaciente como su padre!

Entonces abrió los ojos como platos y él negó con la cabeza. —No. No, nena. Retenla.

—Me... —Corrió hasta el baño y él la siguió para ver que se bajaba los pantalones a toda prisa. Suspiró de alivio al hacer pis y sonrió. —Cuando me entran las ganas no me aguanto.

Matt parecía al borde del infarto. —¡Pensaba que ibas a parir en el wáter!

—Cielo, creo que deberías llamar a una ambulancia. Necesitas a alguien que te ayude.

—¿Qué me ayude a qué?

Ella hizo una mueca cogiendo el papel higiénico y se levantó para tirar de la cadena antes de quitarse las zapatillas y dejar caer los pantalones. La miró asombrado. —¿Qué haces? Tenemos que irnos.

—Está aquí cariño, pero tú no te pongas nervioso que eres impredecible cuando te ocurre. —Pálido vio que iba hasta la cama y se tumbaba.

—No, no. ¡Cierra las piernas! —Corrió fuera de la habitación asombrándola.

—Matt, ¿a dónde vas?

Volvió corriendo casi chocándose con la puerta y el móvil en la mano. —¿Cuál es el número de emergencias!

—El 911. Matt, me estás poniendo nerviosa.

Él le miró entre las piernas y abrió los ojos como platos. —¡Es morena!

—¿Qué esperabas? ¿Que tuviera el pelo violeta? —Gimió tocándose el vientre. —Tengo que empujar, no aguanto más.

Matt asintió arrodillándose ante ella y le acarició la rodilla con la mano libre. —Estoy aquí, nena. ¡Sí! —gritó al teléfono—. ¡Mi mujer está pariendo!

El pánico de su voz casi la hizo reír, pero se retuvo. —Le veo la coronilla. O eso creo. ¡Sí, sí quiere empujar! Oiga, ¿no tiene videollamada?

Ahí ella no se resistió más y se echó a reír a carcajadas. Tapó la base del teléfono. —Nena, se van a pensar que es broma.

—Uy, perdón. ¿Empujo?

—Me pregunta que si empuja. —Asintió con vehemencia. —Sí, sí.

Se cogió el interior de las rodillas y tomó aire empujando con fuerzas. Matt perdió todo el color de la cara. —¡Está saliendo la cabeza! ¡Nena, empuja está a la mitad! ¡Le estás presionando el cerebro!

—No me apures —dijo respirando hondo antes de empezar de nuevo. Sintió como salía y el dolor la estaba matando. Gritó del esfuerzo y dejó caer la cabeza sobre la almohada respirando agitadamente.

—¿Dónde coño está la ambulancia? —gritó histérico—. ¡Mi hija está a la mitad!

Otra cosa que poner en la lista. No iba a estar en el siguiente parto.

Se volvió a coger las piernas y él pareció aliviado. —Empuja, nena. Ya casi está.

—Sujétale la cabeza para que no se haga daño.

Matt tiró el teléfono a su lado y sin dudar cogió la cabeza de su hija con delicadeza. Ella empujó con fuerza queriendo acabar de una vez y gritó roja del esfuerzo. Matt cogió a su hija sacándole las piernas de su interior y nervioso la cogió de las piernas colocándola boca abajo antes de darle una palmada en el trasero. Ella levantó la vista agotada y vio cómo su hija abría su boquita antes de llorar. Fue el sonido más bonito del mundo y sin poder evitarlo se echó a llorar. Matt la miró emocionado. —Lo hemos conseguido.

—Sí. Has estado fantástico.

Él le colocó a la niña sobre su pecho y la besó en los labios. —Tú sí que has estado maravillosa. —Volvió a besarla antes de coger el móvil. —¿Qué tengo que hacer ahora? Miró a la niña entre sus brazos. —¿El cordón? ¿Unas pinzas de cierre hermético?

—Hay en la cocina. En el tercer cajón al lado de la nevera.

Él salió de la habitación corriendo y volvió en tiempo récord. Siguió las instrucciones a través del manos libres y le observó orgullosa al terminar porque hasta había ido a por unas toallas para cubrirlas y que no tuvieran frío.

Limpio a la niña con cuidado y susurró —Es preciosa como la madre.

—Está algo roja, ¿no? —preguntó preocupada.

—Es que se acaba de esforzar mucho para fastidiarnos la reconciliación.

Enamorada le miró a los ojos. —Querrás decir el secuestro.

—Es lo mismo. —La besó suavemente. —Nena, cada día te quiero más.

—Te amo y volvería a embaucarte para que te enamoras de mí.

—Y yo volvería a seducirte para que me enseñaras de nuevo cómo hacerte feliz.

—Vas por buen camino.

Epílogo

—¡Bárbara Butler, espero que eso que tienes en la mano no sea el ratón de mi ordenador!

Su niña de tres años, sentada en la alfombra de su despacho, se volvió moviendo sus rizos morenos para mirarla con sus ojos grises bien grandes. — Mami, mi ratón no va.

Ella miró el ordenador de juguete que tenía delante y se agachó para cogerla en brazos. —Así que no va. Pero es que este es el de mamá.

—¡Este es mío!

—Noooo es míoooo. —La niña se echó a reír cuando la besó en el cuello y su carísimo ratón cayó al suelo abriéndose por la mitad. Hizo una mueca pensando que era el tercero ese mes. Tendría que empezar a pensar en esconderlo en otro sitio. Pero la niña siempre lo encontraba. —Hora del baño.

—¡Sí! ¿Y papá?

—Papá me va a oír cuando llegue. Es el segundo baño que se pierde en una semana y se le van a caer las orejas escuchando mis quejas.

Barbara soltó una risita y cuando la dejó en el suelo, corrió hasta su dormitorio empujando la puerta con fuerza, para recorrer su desastre de habitación antes de entrar en el baño alicatado de rosa. Ella misma abrió el agua caliente y Patricia se acercó para comprobar la temperatura. Cuando puso el tapón se volvió para verla sentada sobre la alfombrilla del baño quitándose las zapatillas de deporte. —¿Te ayudo?

Negó con la cabeza y ella sonrió sentándose en el canto de la bañera. Cada día la sorprendía más porque era igualita que su padre. Cuando algo se le metía en la cabeza, no paraba hasta conseguirlo.

Consiguió desatarse los cordones ella sola y se quitó las zapatillas muy concentrada en lo que hacía, antes de levantarse y quitarse los leggins rosas

que llevaba. La camiseta le costó algo más, pero sonrió triunfante cuando lo consiguió.

—Eres una niña muy lista.

—El primo Stevie dice que soy más lista que él.

—¿Ah, sí? —Comprobó el agua de nuevo y tiró dentro todos los juguetes que había por allí.

—Y que soy más rica.

Se detuvo volviéndose a la niña que ya sin braguitas levantaba una pierna para entrar en la bañera, pero ella no pensaba dejar que lo hiciera sola. La cogió metiéndola en el agua pensando en lo que le había dicho su primo. —¿Y qué más te ha contado?

—Que cuando sea mayor trabajaré en la empresa de papá y él se casará conmigo y se quedará con todo. —Cogió su submarino rosa y le dio cuerda para que se moviera la hélice. Después siguió con el barquito amarillo. —Yo le he dicho que era mentira, pero me ha dicho que no. ¿A que no, mamá?

—No, cariño. No se quedará con todo. —Cogió su esponja y el gel para empezar a enjabonarla. Lo hizo mecánicamente —¿Se lo escuchó a su madre?

—Sí, se lo dijo la tía Elisa. También me ha dicho que él no tiene papá por tu culpa. Que se fue porque le odiabas.

Sintió a Matt tras ella, pero no se volvió. —¿Le dijo eso a Stevie la tía Elisa?

—Sí, que eras mala y que su mamá no te quiere. Que si no fuera por papá no te veía más.

—¿No me digas? —Se volvió para mirar a su marido que estaba muy tenso tras ella.

—¡Papi! —Bárbara sonrió radiante y Matt se arrodilló a su lado.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal el día?

—He ido a merendar a casa de la tía Elisa y me ha regalado un cuaderno de dibujo.

—Me lo tienes que enseñar. —Cogió la esponja de su mano y besó a su mujer en los labios. —Siento llegar tarde.

Ella sonrió. —La tía Elisa dice que trabajas mucho porque tienes que mantenernos a todos. —Patricia se tensó. —Y que mamá lleva una vida de lujo mientras que ella no tiene nada. Papá, ¿le darás dinero? Dice que no tiene. —La niña miraba sus juguetes mientras que sus padres estaban en shock.

—Yo le he dicho que tenía que querer a mamá y la tía me ha dicho que si así conseguía que papá le diera dinero la querría mucho. ¿Le darás dinero para que quiera a mamá?

—El cariño no se compra, cielo —dijo Matt pálido enjabonándole la espalda—. Nena, estarás cansada. Has trabajado toda la noche y te has ocupado de la niña desde las cinco.

—He dormido al medio día. —Se levantó y salió del baño con ganas de matar a esa zorra. Fue hasta su habitación y se sentó en la cama apretando el edredón de seda beige entre sus manos.

Media hora después Matt entraba en la habitación y suspiró al ver que estaba furiosa. —No me mires así.

—Es mi hermana y su marido la abandonó hace dos años, dejándola desamparada. ¿Qué quieres que haga?

—¿Has escuchado lo que le dice a tu hija? ¡A tu hija! —Se levantó furiosa. —¡Stevie le ha dicho que cuando sea mayor se casará con ella y se quedará con todo! ¡No tiene vergüenza! Está envenenando al niño contra nosotros. ¡Contra tu hija!

—Hablaré con ella.

—¡No! —Le señaló con el dedo. —Dejarás de mantenerla, ¿me has entendido? ¡Es una desagradecida y no voy a tolerar más que me mire por encima del hombro como si yo fuera de segunda solo porque es tu hermana! ¡He sido paciente, pero esto se acabó! ¡Y sabes que descubriré que le das dinero, así que no me engañes sobre esto!

—No pensaba engañarte. —Se sentó en la cama y vio que estaba agotado. Se acercó a él y le acarició el cuello. Él apoyó la cabeza en su vientre y susurró —Ya se mueve.

—Si. —Sonrió mirándole con amor y su marido levantó la mirada para verla sonreír. —Así me gusta. Olvídate de Elisa. Yo me encargaré. Tu preocúpate de traer a mi hijo al mundo y relajarte. Y quiero que le digas a

White que vas a trabajar menos.

—No, si yo se lo digo, pero no me hace caso. —Se agachó para besar sus labios y susurró —Arréglalo o lo arreglaré yo.

—En cuanto te ve, se echa a temblar después de la última vez.

—No tenía que haber dicho que ese cabrón se fue por mi culpa. Estaba histérica y le di un bofetón para que se relajara.

—Disfrutaste, ¿verdad?

—No sabes cuánto.

Matt se echó a reír y ella acarició su cabello. —Hoy me he encontrado con Marisa y me ha dicho que te llamaría para el cumpleaños del niño.

—Ay... —gimió porque se le había olvidado que era ese fin de semana —. No le he comprado el regalo.

—Patricia, tienes que descansar.

—Después de que cenemos nos acostamos. —Le miró maliciosa haciéndole reír.

A la mañana siguiente por curiosidad revisó las cuentas de Elisa porque consideraba que el dinero que Matt le pasaba era más que suficiente para llevar una buena vida. Revisó los extractos y cuando vio que todos los meses depositaba dos mil dólares en una cuenta en Méjico se quedó helada.

Su asistente se acercó a su despacho y metió la cabeza. —Me voy a la compra.

—Sí, ¿puedes traer natillas?

—Ya están en la lista.

Su asistente entró mirando los ordenadores y Patricia minimizó la página que estaba estudiando. —¿Algo más? —Giró la silla mirando a su asistente, que llevaba con ellos desde que había nacido la niña. —¿Qué ocurre, Isabel?

—Me preguntaba si usted puede darme una solución a un problema que tengo —dijo avergonzada.

—¿De qué se trata?

—Mi hijo ...

—Dime, no me voy a asustar. —Sonrió interesada. —Te lo aseguro. Me han pedido de todo.

—Mi hijo tenía un amigo y... está en el instituto, ¿sabe?

Asintió empezando a entender. —Pues tenía un amigo especial y le hizo unas fotos. —La pobre mujer estaba de lo más avergonzada.

—¿Su amante le sacó unas fotos desnudo? ¿Me estás diciendo eso?

Isabel asintió. —Las ha colgado en la red.

—¿Sabe ese amiguito, que tu hijo es un menor y que puede ir a la cárcel por lo que ha hecho?

La mujer le miró sorprendida. —¿De verdad? Se burlan de él en el instituto y el pobre no quiere salir de casa. Estoy aterrorizada porque haga una tontería.

Patricia apretó los labios. —Puedo conseguir la información sobre el responsable de haber colgado las fotos de un menor. Puedo conseguir que desaparezcan después de la red, pero no puedo solucionar el dolor de tu hijo.

Isabel se echó a llorar y se levantó para abrazarla. —Haré lo que pueda para que este episodio se olvide, pero él no lo va a olvidar. —Se alejó para ir a su mesa para buscar una tarjeta. —Vas a enviarle a este psicólogo y él le ayudara. No te preocupes por la factura.

—Pero no puedo permitirlo. Usted ya va a hacer mucho.

—No te preocupes por nada. Me debe mil favores. Dile que vas de mi parte.

Isabel se limpió las lágrimas asintiendo antes de coger la tarjeta. —Gracias, es usted muy buena.

—Intentaremos hacer lo posible para que ese tipo no repita su comportamiento con otra persona.

—Gracias.

Suspiró mirando a aquella buena mujer y volvió hacia la pantalla del ordenador furiosa por lo desagradecida que era su cuñada. Eso se merecía una visita.

Estaba sentada en el sofá tomando un zumo que le había preparado una de las dos doncellas que tenía y cruzó las piernas pensando que se iba a tirar de los pelos cuando terminara con ella.

La puerta se abrió y ella estiró el cuello para verla atravesar el hall. Elisa se detuvo sorprendida al verla allí. —Sorpresa.

—Estás aquí —dijo nerviosa acercándose y dejando las bolsas que llevaba sobre el sillón que acababa de tapizar.

—Sí, he decidido hacerte una visita ya que te acuerdas tanto de mí. — La miró sin comprender y se levantó simulando estar feliz. —¿Sabes? Me preguntaba cómo era posible que se te pasara tan rápido el abandono de tu marido. Es cierto que lloraste mucho esa semana, pero si le amabas tanto como para importarte una mierda si mataba a tu hermano o no, era para llorar al menos un mes con lo exagerada que eres.

Elisa levantó la barbilla. —No sé de qué me hablas.

—Debe vivir a cuerpo de rey en Méjico. ¿Qué ocurrió? ¿Metió la pata con alguna paciente y tuvo que salir corriendo? —Su cuñada se apretó las manos nerviosa y ella sonrió. —Puedo averiguarlo. Lo sabes. Si no lo he hecho antes, es porque me importaba una mierda por qué te había dejado. Pero una conversación con mi hija ayer noche, me abrió los ojos.

—¡No sé qué te ha dicho esa mimada! ¡Pero seguro que es mentira porque miente más que habla! Pregúntale a mi hijo.

Eso la sacó de sus casillas, pero no se movió del sitio mientras se abría la puerta de la cocina dando paso a Matt, que furioso se acercó a su hermana con grandes zancadas y se detuvo ante aquella zorra controlándose. Patricia sonrió orgullosa de él y más aún cuando siseó —Lárgate de mi casa.

Elisa le miró asombrada. —¿De qué hablas? ¿Vas a creer sus mentiras?

—¡La única que miente eres tú! —le gritó a la cara asustándola—. ¡Estoy harto de que me tomes el pelo! ¿Te he protegido siempre y me pagas así? ¡Lárgate de mi casa antes de que te eche y disfruta del dinero que me has timado!

Los ojos de Elisa se llenaron de lágrimas. Ahora venía el chantaje

emocional y Patricia le dijo a su marido —Cariño, espérame en el coche.

Su hermana asustada le cogió del brazo. —¡No me dejes con ella! ¡No me dejes! ¡Me matará!

—Tenía que haber seguido su consejo hace años. —Soltó su brazo como si le diera asco. —Vuelve a acercarte a mi hija, vuelve a mirarla siquiera y dejaré que Patricia haga lo que quiera con los dos. —Elisa palideció dando un paso atrás. —Y me parece que sabes de que es capaz mi mujer, ¿verdad?

Matt salió del piso dejándola temblando y Elisa la miró desamparada. —Por favor, no me hagas daño.

Sonrió con ironía. —Que no te haga daño... —Se acercó lentamente y la cogió por su melena tirando de su cabello hacia atrás. —Debería despellejarte por portarte así con mi marido, pero lo que has dicho de mi hija... —Le pegó un puñetazo en el estómago que la dobló, pero volvió a tirar de su cabello para incorporarla. —Escúchame. Como vuelva a saber de vosotros, como volváis a acercaros a nosotros, no tendrás desierto en Méjico para correr. Te romperé cada hueso de tu cuerpo y a tu marido le cortaré la garganta para que veas cómo se desangra hasta morir. —Elisa se echó a llorar. —¿Me has entendido?

—¡Sí!

—Si algún día a Matt le ocurre algo, iré a por vosotros. Si a mí me ocurre algo, unos amigos míos irán a por vosotros. Como nos pase algo a los dos, no os quedareis con mis hijos y esos amigos irán por vosotros. ¡Así que reza porque tengamos una vida larga y ponte a trabajar de una puta vez, asquerosa sanguijuela! —La miró a los ojos. —Ahora asiente con la cabeza para que vea que me has entendido.

Asintió rápidamente y ella le puso un cuchillo bajo la barbilla haciéndola gritar de miedo. —¿Tengo que cortarte una oreja para que lo recuerdes cada vez que te mires al espejo? —Le clavó la punta del cuchillo y lloriqueó como una niña. —¿No?

—Por favor.

—¿Sabes? Me das asco. En lugar de ser una buena madre para tu hijo, le echas la culpa a los demás de haber destrozado tu vida con ese cerdo.

—¿Y si le dejo?

Increíble. El desprecio de su mirada le dio la respuesta. La soltó haciéndola caer al suelo y pasó sobre ella mientras temblaba de miedo sin quitarle ojo. —Vete de inmediato.

—Sí, sí.

Cerró la puerta tras ella. Vio a su marido esperándola al lado del ascensor y le abrazó por la cintura entrando con él. —Sigue viva, ¿no?

—¿Y dejar a mi sobrino sin madre por muy bruja que sea? —Miró sus ojos. —Lo siento, mi amor.

—Tenías razón. Debí hacerte caso desde el principio. ¿Les controlarás?

—Por supuesto.

Se echó a reír porque sabía que no les quitaría ojo por si se pasaban de la raya, pero ella sabía que estaba dolido porque su hermana le hubiera traicionado de nuevo, manteniendo a ese sinvergüenza.

Esa misma noche le esperó en el salón después de acostar a la niña. Escuchó como se abría la puerta y cuando entró, dejando el maletín, sonrió al verla mirar por la ventana. Se volvió mostrando el vestido negro de lentejuelas que había llevado en su primer aniversario. Él se quitó la chaqueta mirándola de arriba abajo. —Sigues tan preciosa como hace cuatro años.

—Gracias, mi amor. —Se acercó con la copa de champán en la mano y él la cogió antes de besarla en los labios. —Feliz aniversario.

—¿Es nuestro aniversario? —Bebió de su copa. —¿Y qué aniversario es?

—Hoy hace cuatro años que me viste en ese restaurante. ¿No lo recuerdas?

—Mmm. —La abrazó por la cintura con el brazo libre. —Así que celebremos mi buena suerte.

—Y la mía. Seguro que el maître todavía se acuerda de nosotros.

—Eso me recuerda que no te llevé en su momento.

—Por eso tengo mesa para dentro de una hora. —Le miró maliciosa y él se echó a reír.

—¿Y vas a ir así?

—Y tú te vas a poner el smoking de la boda.

—Una celebración por todo lo alto —dijo comiéndosela con los ojos.

Le abrazó por el cuello pegándose a él. —No sigas por ahí, señor Butler. Tendremos tiempo después y me debes esta cena.

—Iré a cambiarme, pero antes... —Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó un paquetito envuelto en papel dorado. —Feliz aniversario.

Le miró sorprendida. —¿Lo sabías?

—Cielo, apunto cada fecha desde ese primer aniversario. ¿Te he sorprendido?

Chilló de la alegría besándole antes de coger el paquete para abrirlo a toda prisa. Dentro había una pulsera de oro con un corazón que decía “No podría vivir sin tu amor”. Se emocionó mirándole a los ojos y se acercó para abrazarle con fuerza. —Eso no pasará mi vida. Te necesito más que tú a mí.

—Cada día te quiero más.

—Lo sé, mi amor.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Lady Corianne” y “Róbame el corazón”. Próximamente publicará “Barreras del pasado” o “Cada día más”.

Si quieres conocer todas sus obras publicadas en formato Kindle, sólo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon. Tienes más de noventa para elegir.

También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.